
HARLEQUIN
Deseo
Una amante inesperada
Kristi Gold

Una amante inesperada

Kristi Gold

1º O'Brien

Una amante inesperada (2007)
Título Original: The pregnancy negotiation (2006)
Serie: 1º O'Brien
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1501
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Whit Manning y Mallory O'Brien

Argumento:

Era una mujer que tenía todo lo que necesitaba…

Mallory O'Brien deseaba tener un hijo más que nada en el mundo. Y el inteligente e increíblemente sexy Whit Manning era el hombre perfecto con el que hacer realidad el deseo. Seducirlo sería un placer… para ambos.

Pero Whit no era de los que buscaban algo permanente y Mallory no tardó en darse cuenta de que dejarse llevar por la atracción que siempre había sentido hacia él conllevaba un precio que no sabía si estaba dispuesta a pagar. Porque, una vez que acabara el romance y ella estuviera embarazada, ¿cómo podría volver a estar con él?

Capítulo Uno

—¿Qué te parece si tenemos un bebé, Whit?

La mayoría de los hombres habrían sufrido un infarto ante una pregunta como ésa, pero Whitfield Manning no era como el resto. Gracias a su posición social y económica, se había acostumbrado a recibir proposiciones de todo tipo de mujeres, aunque ésa era la primera vez que se la hacían. Casi todas las féminas con las que salía estaban interesadas en los beneficios de la consumación en sí, sin consecuencias.

Pero Mallory O'Brien, abogada y hermana de su mejor amigo, era distinta. Había sido su compañera de piso durante cuatro meses y no lo adulaba constantemente, ni le importaba cuánto dinero tuviese. Lo único que le gustaba, casi a diario, era quejarse. Se imaginó que la sugerencia no era sino otra estratagema más para conseguir su atención.

Whit siguió mirando la sección de deportes del periódico.

—Sí, me encantaría un poco más de té. Con azúcar, por favor —murmuró él.

—No he dicho té, sino bebé.

Whit podía hacer varias cosas a la vez sin problemas, estaba acostumbrado. Podía leer los resultados de la liga de béisbol y seguirle la corriente.

—Ya, claro. Pero es que mi agenda está bastante llena ahora mismo —dijo mirando un momento al techo como si estuviera pensando—. Veamos… Sí, creo que podríamos hacerlo durante el almuerzo del martes, sobre la mesa de conferencias, justo después de que firme el acuerdo para el diseño de la central de Barclay. Le diré a mi secretaria que lo anote en el calendario.

Y con esas palabras, dirigió de nuevo su atención al periódico, intentando eludir las tórridas imágenes que comenzaban a llenarle la cabeza. Pero Mallory agarró el diario, lo arrugó y lanzó al otro extremo de la habitación.

—Whit Manning, ¿no puedes escucharme aunque sólo sea un segundo?

Alzó la mirada y se encontró con ella de pie. Se encontró con una mujer de metro setenta y cinco de altura, llena de curvas, pelo castaño rojizo que le llegaba hasta los hombros y una mirada transparente y verde que lo apuntalaba con dureza en ese instante. Llevaba sus anchos pijamas de corazones. La parte de arriba era breve y los pantalones le caían alrededor de la cadera, dando a Whit un plano inmejorable de su ombligo.

Se arrepintió de haberle regalado esa prenda por su cumpleaños. No pudo evitar recordar lo ocurrido la semana anterior. Sabía que no debería haber entrado como lo hizo, sin llamar a la puerta, pero se justificó pensando que era imposible que él supiera que a Mallory le gustaba echarse loción corporal mientras se sentaba desnuda en la cama.

Había sido un error, sobre todo porque llevaba meses sin salir con una mujer. Por algún motivo, no había tenido la necesidad de ver a otras féminas desde que Mallory se trasladó a su casa. Lo achacó a que quería establecer una buena relación con su compañera de piso, porque no tenía ningún interés en ser célibe ni tampoco en que su relación con ella fuera más allá de una amistad. Al menos, eso creía. Intentaba no pensar mucho en ello. No más de dos veces al día.

Sabía que tenía que terminar con su sequía de conquistas o terminaría por hacer algo estúpido, como intentar seducirla. Lo que acabaría con su amistad, otro posible error.

Y ese posible error siguió mirándolo como si fuera un criminal, lo que no le extrañaba dado lo primitivo de sus pensamientos.

Whit la miró con el ceño fruncido. No le costó. Estaba más enfadado con él mismo que con ella, por no poder dejar de mirarle al gran corazón rojo dibujado entre sus pechos. Decidió que al año siguiente le compraría una batidora, que era un regalo mucho más seguro para los dos.

—Muy bien, O'Brien. Tienes mi atención. ¿Es que se me ha olvidado fregar mi jarra de cerveza?

Ella se dejó caer en el sofá frente a él, se abrazó a las piernas y

apoyó la barbilla en sus rodillas.

—No has hecho nada malo. Hoy. Pero hablo en serio. Quiero tener un bebé. Contigo.

Por fin entendió el sentido de sus palabras y la conmoción le dio de lleno. De no haber estado sentado, se habría caído al suelo en ese instante.

—¿Te has vuelto loca?

—No, estoy decidida —repuso ella bajando las piernas y mirándolo.

—Pero, ¿por qué demonios ibas a querer tener un bebé conmigo?

—Porque confío en ti, Whit. Porque eres mi amigo. Y me das seguridad.

—A lo mejor soy un poco lento, Mallory, pero aún no me has explicado de dónde sale esta idea tuya tan descalabrada.

Ella se estremeció, tomó un cojín y lo abrazó. Su pecho quedó así cubierto y Whit pudo concentrarse mejor en ella.

—Tengo treinta años. Ha llegado el momento. Mi reloj biológico está sonando…

—Pues apágalo. Yo tengo treinta y tres y no he pensado ni por un segundo en ser padre.

—Los hombres sois distintos. Podéis concebir hasta los ochenta. Nosotras no nos podemos permitir ese lujo. Mis óvulos están envejeciendo, tu esperma seguirá joven durante muchos años.

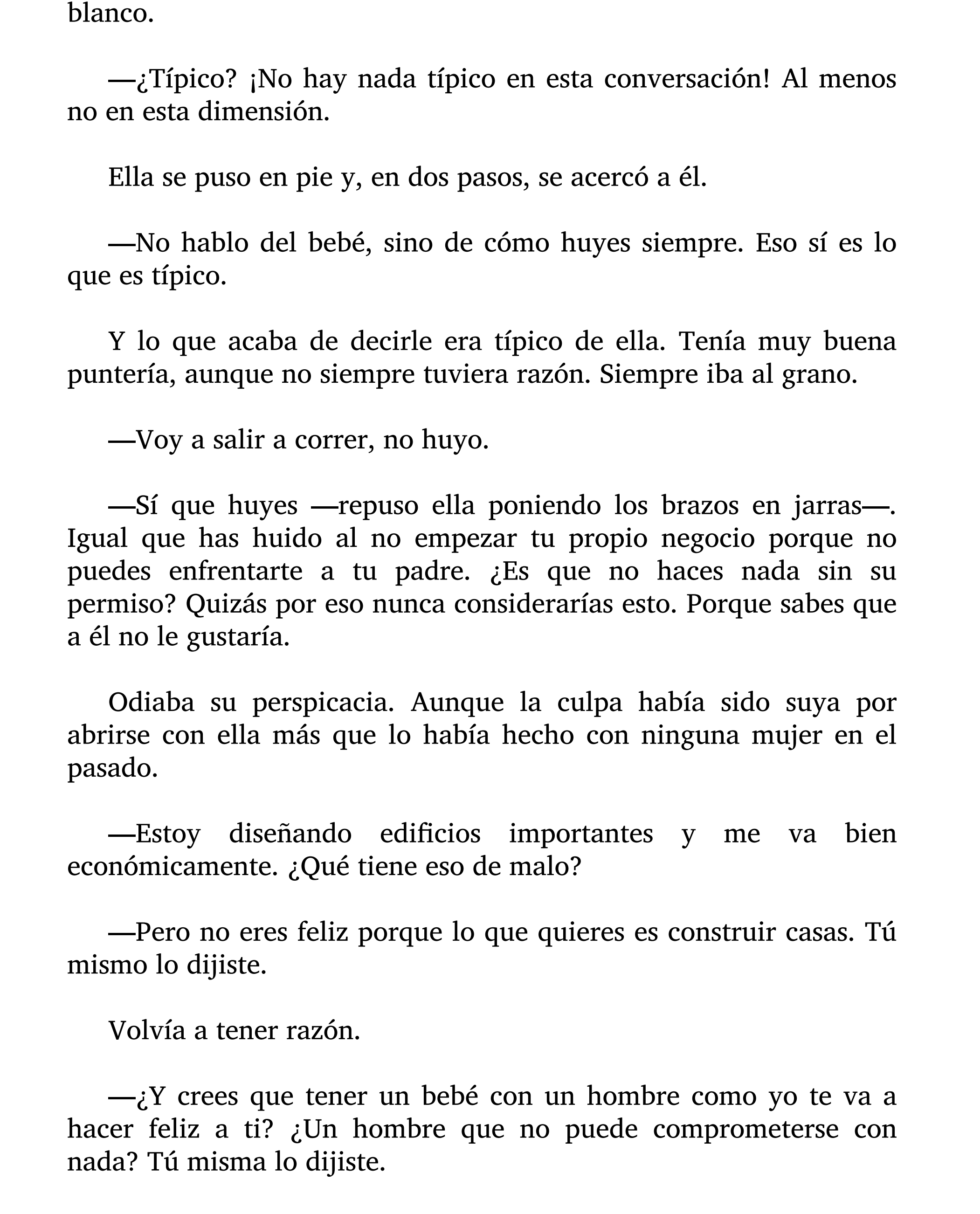
Era extraño oírle decir palabras como óvulos y esperma, en vez de su habitual jerga legal. Pero la mera posibilidad de unir sus órganos reproductores a los de ella, le parecía tentador. Pero era una locura y tenía que salir de allí antes de que se dejara llevar por sus instintos.

Sin contestarle, se puso sus zapatillas de deporte. Normalmente, se habría puesto algo más apropiado para correr, pero ese día no

tenía ni un minuto que perder.

—¿Adónde vas, Whit?

—Voy a salir a correr. Así que tú vuelve a tu planeta y devuélveme a la Mallory que conozco.



—¡Típico! —exclamó ella soltando el cojín y dejando los ojos en blanco.

—¿Típico? ¡No hay nada típico en esta conversación! Al menos no en esta dimensión.

Ella se puso en pie y, en dos pasos, se acercó a él.

—No hablo del bebé, sino de cómo huyes siempre. Eso sí es lo que es típico.

Y lo que acaba de decirle era típico de ella. Tenía muy buena puntería, aunque no siempre tuviera razón. Siempre iba al grano.

—Voy a salir a correr, no huyo.

—Sí que huyes —repuso ella poniendo los brazos en jarras—. Igual que has huido al no empezar tu propio negocio porque no puedes enfrentarte a tu padre. ¿Es que no haces nada sin su permiso? Quizás por eso nunca considerarías esto. Porque sabes que a él no le gustaría.

Odiaba su perspicacia. Aunque la culpa había sido suya por abrirse con ella más que lo había hecho con ninguna mujer en el pasado.

—Estoy diseñando edificios importantes y me va bien económicamente. ¿Qué tiene eso de malo?

—Pero no eres feliz porque lo que quieres es construir casas. Tú mismo lo dijiste.

Volvía a tener razón.

—¿Y crees que tener un bebé con un hombre como yo te va a hacer feliz a ti? ¿Un hombre que no puede comprometerse con nada? Tú misma lo dijiste.

Parecía frustrada. Él se sentía igual.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, ¡por Dios! Sólo quiero tener un bebé. Después puedes seguir tu camino y yo el mío. Sin complicaciones.

—Sin compromiso alguno, ¿verdad? Se supone que tengo que abandonar a mi hijo y dejar que seas madre soltera.

Eso era algo que nunca podría hacer, aunque su propia madre lo había hecho con él.

—No, no es lo que quiero. Deberías estar involucrado. Cada día veo a parejas luchar por la custodia de sus hijos, sufrir penosos divorcios y pelear por manutenciones. Creo que podemos evitar todo eso porque somos buenos amigos. Nosotros no dejaríamos que nuestro hijo pasara por todo eso.

No podía creer que estuviera hablando así. Él también iba a volverse loco.

—¡Olvídate de todo eso! Porque no va a pasar.

Ella lo miró suplicante.

—Pero prométeme que lo pensarás, Whit. Podrías ser mi única esperanza.

Whit abrió la puerta del piso y la cerró de un portazo antes de que pudiera decir algo de lo que fuera a arrepentirse toda su vida, algo como estar de acuerdo con su plan. Pasó del ascensor y bajó saltando los nueve pisos de escaleras hasta la calle. Siguió corriendo por la acera a buen paso, esquivando a la gente que paseaba por la calle ese domingo con cochecitos de niños. Mientras disfrutaba del ejercicio, comenzó a pensar que su compañera de piso debía de haber perdido la cabeza, para pasar después a pensar en cómo sería tener un bebé con Mallory. O mejor dicho, en cómo sería hacer un bebé con Mallory.

Se paró de repente y se pasó la mano por su frente sudorosa. El sol de mediodía calentaba con fuerza. No estaba preparado para ser padre. De hecho, siempre había tenido mucho cuidado en sus relaciones para que eso no ocurriera, y había tenido muchas

relaciones. Además, tenía claro que aunque estuviera listo, no podría abandonar a su hijo sin más, aunque sabía que Mallory sería una gran madre. Su padre nunca se cansaba de criticarle, diciendo que era un irresponsable en lo referente a su relación con las mujeres. Como si él pudiera hablar, con tres matrimonios a sus espaldas.

Pero su progenitor tendría que morderse la lengua si Whit aceptaba el plan de Mallory. Tenía que reconocer que le encantaría ver la cara de su padre si le decía algo así. Pero, era una locura, no podía hacerlo, de lo que no podía librarse era de las imágenes tentadoras de él y Mallory haciendo el amor. Pero eso tampoco era posible, porque su hermano lo torturaría.

Lo que necesitaba era correr. Quizás después estuviera demasiado cansado como para actuar dejándose llevar por sus instintos. A lo mejor cuando volviera, ella le diría que todo había sido una broma de mal gusto. Y al día siguiente, cuando fuera a trabajar, descubriría que su padre por fin se retiraba, dándole su tan ansiada libertad.

Se dio cuenta de que no era muy probable que sucediera ninguna de esas tres cosas, así que dio media vuelta y volvió a casa, decidido a hablar con su compañera de piso como dos adultos, pero sin poder aún librarse de las imágenes de ella desnuda en su cama ni tampoco ignorar la mirada suplicante que había visto en sus ojos.

Recordó sus últimas palabras. Le había dicho que él podría ser su última esperanza.

Tenía que saber por qué había dicho eso y lo quería saber ya. Pero antes corrió un poco más por el parque.

***

Sabía que no debería habérselo soltado como lo hizo. Pero para Mallory parecía ser la única manera de lidiar con sus asuntos. Le gustaba ser sincera y directa con la gente.

Cuando quería mucho algo, no paraba hasta conseguirlo, como había hecho para conseguir ser socia del bufete donde trabajaba, una posición que había conseguido mucho más rápidamente que sus

colegas. Había vivido con cinco hermanos mayores, todos chicos, y eso le había enseñado a pelear por lo que quería.

Ahora lo que quería era Whit Manning, el perfecto candidato a ser padre de su hijo. Un ejemplar de metro ochenta y cinco de la mejor testosterona del mercado. Tenía un cuerpo perfecto, sentido del humor, ojos marrones como el chocolate y una ternura que normalmente intentaba enmascarar con una fachada machista. Y lo que era más importante, tenía un gran cerebro que usaba en su trabajo de arquitecto con gran talento.

También le gustaba jugar y era mujeriego. Eso le había dicho su hermano Logan tiempo atrás, en la época en la que Whit solía ir por su casa cuando estaban todos en el instituto. Pero cuando Mallory decidió mudarse para vivir más cerca del bufete, Logan había confiado lo suficiente en Whit como para sugerir que vivieran juntos hasta que ella encontrara su propio piso. Eso había sido hacía ya cuatro meses y aún seguía viviendo con él en el exclusivo *loft* que Whit había recibido de su padre como regalo de fin de doctorado. Estaba en pleno centro de Houston, en un edificio restaurado con una piscina en la azotea. El *loft* era espacioso, tenía dos pisos y una hermosa vista de la ciudad desde los múltiples ventanales del salón.

El arreglo estaba funcionando muy bien, mucho mejor de lo que ella había esperado. Él no la presionaba para que encontrara su propio apartamento y Mallory hacía unas tres semanas que ya no buscaba. No podía encontrar nada que le gustase y estuviera por esa zona. Al menos, nada que pudiera pagarse de momento. Sabía que, con el tiempo, querría mudarse a una casita pequeña en las afueras, algo más apropiado para un niño. Un niño que tendría si Whit Manning se decidía a cooperar. Y si Whit Manning volvía a casa de nuevo.

Ya casi pensaba que nunca volvería a verlo, cuando se abrió la puerta y entró Whit, con un aspecto demasiado *sexy* para un hombre que lo que necesitaba en ese momento más que nada en el mundo era una ducha. Tenía su pelo moreno pegado a la nuca y el sudor hacía que le brillara la frente. La camiseta, también húmeda, se le adhería al torso, no dejando lugar a ninguna duda. Estaba claro que ese hombre estaba en buena forma física. Las hormonas de Mallory, que llevaban un tiempo olvidadas, se revolucionaron cuando Whit se acercó adonde estaba y se sentó en el sofá que tenía delante de ella, donde se estaba pintando las uñas de los pies.

—¿Qué te parece? —le preguntó Mallory interrumpiendo la pedicura hasta otro momento.

Él la miró de arriba abajo y se paró en los dedos de sus pies.

—Ese rosa fuerte te queda bien. Hace que tus pies parezcan muy *sexys* —le dijo él.

—No te pedía consejo sobre el esmalte de uñas, quería saber si has pensado en lo que te dije.

—No he pensado en otra cosa. Y también creo que no me has contado todo. Así que desembucha.

Mallory se llevó una mano al pecho y fingió confusión e inocencia.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Sí que lo sabes, lo veo en tus ojos.

Tenía que reconocer que era muy bueno. Se imaginaba que sería así de bueno en todo, seguro que podía encontrar un montón de mujeres que se lo confirmaran. Para ello sólo tendría que encontrar su agenda negra. Pero lo que menos debía importarle eran sus capacidades amatorias, sólo quería que hiciera lo que tenía que hacer y la dejara embarazada. Si podía llegar a convencerlo, claro.

Levantó la barbilla, se recompuso y comenzó a contarle todas sus razones, menos la principal.

—Para empezar, mis padres tienen más de setenta años, yo soy la pequeña y única chica. No sé cuánto tiempo los tendré conmigo y quiero que mi hijo los conozca.

—Hoy en día, con los avances de la medicina, puede que vivan otros veinte o treinta años.

—Eso si tengo suerte, pero no sé si en ese tiempo encontraré al hombre adecuado. Además, no tengo tiempo para salir con hombres.

—¿Y si tienes tiempo para cuidar de un hijo?

—Haré tiempo.

—¿Y qué pasa con tus objetivos en el bufete? Querías llegar a ser socia de pleno derecho.

Algo fastidiada, se quitó los algodones que tenía entre los dedos de los pies y los hizo una bola.

—Aún puedo conseguirlo. Si tengo ahora un hijo, puedo concentrarme de nuevo en mi carrera cuando empiece a ir al colegio.

—¿Y no has pensado en inseminación artificial? Parece ser lo habitual hoy en día cuando una mujer no quiere tener pareja.

Mallory tiró el algodón.

—Lo he considerado, pero no quiero que un extraño sea el padre de mi hijo. Además, para eso tengo que inyectarme una vez al mes y tratarme con hormonas. Puede ser costoso. Desde mi punto de vista, creo que la forma natural es la mejor manera de encargarse de esta situación, a no ser que eso no funcione. Entonces, pensaría en las otras opciones.

—¿Quieres decir que, si estoy de acuerdo con tu plan, quieres conseguirlo de forma natural? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Eso o siempre puedo comprarme una jeringuilla gigante… —contestó ella con una mueca.

Él no le devolvió la sonrisa. Se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—¿No quieres antes casarte y tener una casita en el campo, con perro y todo eso? —le dijo.

—Eso suena muy bien, pero ya me he casado una vez, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo. Gary.

—Jerry.

Ella lo recordaba en su cabeza como el sinvergüenza de Jerry.

—¡Ah, sí! Nunca me gustó ese tipo —dijo él mirándola y pasándose una mano por el pelo.

—Bueno, luego resultó que a mí tampoco. Pensé que duraría más que un año. Pero sólo obtuve eso del matrimonio, doce meses con un hombre inmaduro que no hacía otra cosa que intentar salir de la situación en la que estábamos inmersos.

—Aún no entiendo por qué te casaste con él. ¿Poiqué tanta prisa?

Todos pensaban igual, que se había casado con él por culpa de un embarazo no deseado, pero ése no llegó hasta después.

—Si es que tanto te importa, me criaron para que no tuviera relaciones prematrimoniales.

—¿Quieres decir que eras virgen?

—Sí, pura y virgen. Mi madre estaba muy orgullosa.

Pero para ella no había sido agradable, su vida sexual había sido muy poco gratificante.

—¿Y no crees que tus padres, siendo tan conservadores, no entenderán que tengas un hijo sin casarte?

—Quizás, pero no voy a decírselo.

—¿Es que vas a esconder el embarazo y después aparecer un día a una cena familiar con un bebé? —preguntó perplejo—. Papá, mamá, mirad lo que me he encontrado a la puerta de mi casa…

—Claro que no. No se lo diré hasta que esté embarazada, si es que me quedo embarazada… Podría tardar un tiempo.

—¿Por qué dices eso? Eres joven y saludable.

Había llegado el momento de decirle la verdad, al menos casi toda la verdad. No tenía fuerzas para contarle lo del bebé que había perdido cuando llevaba cinco meses casada. Ni su familia lo sabía. Porque ni siquiera podría encontrar las palabras para hacerle

entender la pena que había arrastrado desde entonces, a pesar de que en ese momento no estaba lista para ser madre. Ahora sí que lo estaba. Más que lista.

—Ven y siéntate aquí —le dijo ella indicándole un sitio a su lado.

Él hizo lo que le decía, sentándose en el mismo sofá que ella, pero manteniendo las distancias. Inspiró profundamente.

—Fui a mi médico de cabecera para que me hiciera un reconocimiento general hace un par de semanas. Cuando le dije que estaba considerando quedarme embarazada, me mandó a un especialista en fertilidad.

—¿Por qué? —preguntó él con cara de preocupación.

—Porque de adolescente tuve una pequeña infección que cree que dañó uno de mis ovarios y una trompa de Falopio. Así que, mi sistema reproductor funciona sólo al cincuenta por ciento.

—Lo siento, Mallory —dijo con sinceridad—. ¿Te produce molestias?

—No, pero hará más difícil encontrar el tiempo apropiado para la concepción. Soy propensa a tener reglas muy irregulares.

—Ya —repuso él algo incómodo.

—Vamos, Manning —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo es que te resulta embarazoso hablar del periodo conmigo?

—Bueno, no es un tema que salga a menudo en nuestras conversaciones…

—Ahora no, pero lo era cuando solías salir con mis hermanos. ¿No te acuerdas de cómo se solían meter conmigo? «Mallory estás de un humor de perros, no estarás con el mes, ¿verdad?»

—¡Es verdad! También recuerdo lo que solías responderles —dijo él sonriendo—. «¡Cállate o te daré un rodillazo en tus partes!» Recuerdo que me asustabas de verdad —añadió ya sin sonrisa en el rostro—. La verdad es que también estás asustándome un poco ahora.

—No quiero asustarte, Whit. Estoy bien. Sólo tengo esos problemas que te he comentado. Si piensas en ello con lógica, sólo se trata de un simple acuerdo entre los dos.

—¿Simple? —repitió atónito—. Hablas de tener un hijo, no de unirte a un nuevo gimnasio, Mallory.

—Lo sé. Pero no tiene por qué ser tan complicado. Intentamos tener un bebé y si no funciona, al menos podemos decir que lo intentamos, que hicimos todo lo posible.

Él sonrió de nuevo. Una sonrisa que la tenía haciendo equilibrios entre escalofríos y sudores.

—Te garantizo que funcionaría —replicó él con seguridad.

—Supongo que sí —asintió ella sin poder dejar de imaginarse algunas escenas con gran claridad—. ¿Quiere eso decir que lo harás?

Se quedó callado durante unos minutos, después Mallory vio algo en sus ojos que le pareció comprensión.

—¿Es esto tan importante para ti?

—Sí, lo es.

—Y si estoy de acuerdo en hacerlo, ¿estarás tú de acuerdo con que no me desentienda del niño y siga involucrado en su vida después de que nosotros sigamos con las nuestras?

—Como ya te dije antes, es así como lo quiero. Criar a un hijo es un compromiso para toda la vida.

—Si vivo para contarlo —repuso él pasándose las manos por la cara y mirando luego de frente.

—¿Qué quieres decir?

—Que a Logan no le va a gustar esto.

Mallory se había imaginado que la lealtad entre su hermano y Whit podía ser un factor negativo.

—Deja que yo me ocupe de Logan cuando llegue el momento.

Si llegaba el momento.

—No estoy seguro de que esto sea buena idea.

Mallory se acercó a él, usando un último as que se guardaba en la manga para intentar convencerlo.

—Bueno, el proceso creo que podría ser muy divertido… —le dijo—. A no ser que no te atraiga en absoluto la idea de acostarte conmigo.

Whit siguió con la vista los dedos de Mallory mientras ésta dibujaba el contorno de sus musculosos bíceps.

—¿Estás intentando seducirme para que te diga que sí, O'Brien?

—¿A ti qué te parece?

Él la miró directamente a los ojos.

—Creo que deberías tener en cuenta que estás desafiando a un hombre que hace mucho que no está con una mujer.

—Eso no tiene por qué ser algo malo…

Antes de que Mallory pudiera prepararse, Whit la tumbó en el sofá y se echó encima de ella. Había sido una estupidez por su parte pensar que él no respondería inmediatamente a sus palabras.

—¿Estás segura de que aún quieres seguir adelante con esto, Mallory?

—Eso depende de lo que estés a punto de hacer —contestó ella con un nudo en la garganta.

—Voy a besarte.

—Nada de besos hasta que me des una contestación —le dijo.

No iba a permitir que siguiera por ese camino, creía que Whit estaba intentando asustarla para que cambiara de opinión.

—¿Y si no te gusta cómo beso? ¿Me querrías aún en tu cama? —le preguntó mientras le apartaba el pelo a Mallory de la cara.

Ella inhaló con dificultad, casi estaba temblando.

—No me preocupa cómo beses, sino si estás dispuesto a asumir el reto de la consumación.

—¿A ti qué te parece? —preguntó él con una sonrisa que estuvo a punto de derretirla cuando notó que algo se había movido bajo la cintura de Whit.

—Me parece que eres un hombre normal. Y que basta con hablar de sexo para que ocurra lo que… Lo que te ha ocurrido.

Lo miró a los ojos y Whit se acercó hasta quedar a un centímetro de su boca.

—Quizás debería ducharme antes de darte una respuesta. Me siento bastante sucio ahora mismo.

Lo único sucio en la mente de Mallory eran sus pensamientos.

—Ya. Me recuerda a cuando tú y Logan volvíais a casa después del entrenamiento de fútbol americano. Era un auténtico festival de feromonas. Y esos pantalones no escondían nada…

Whit le acarició la mandíbula con el pulgar.

—Si encuentro unos de ésos, ¿tendré más posibilidades de meterme en tu cama?

—¿Es que no me has estado escuchando? Me tienes segura. Lista y preparada.

Él se apartó de ella y se dejó caer en el sofá, tan lejos de ella como pudo. Pasaron los segundos, después minutos y Whit siguió en silencio, parecía muy pensativo. Mallory se quedó también callada, dándole tiempo para reflexionar. Pero la espera le pareció agónica.

Él suspiró de repente, interrumpiendo sus pensamientos.

—Muy bien. Lo haré.

—¿Lo harás?

Levantó la vista y la miró.

—Sí, lo haré. Seguramente esté loco por aceptar hacerlo, pero si es lo que de verdad quieres, estoy dispuesto a dártelo.

Dejándose llevar por la más pura alegría y la adrenalina, Mallory se echó a sus brazos, sentándose a horcajadas sobre su regazo. Tomó la cara de Whit entre las manos y cubrió de húmedos besos sus mejillas. Se echó hacia atrás, estaba a punto de decirle que nunca se arrepentiría de su decisión, cuando la mirada de Whit hizo que se quedara sin habla. Llevaba algún tiempo sin salir con nadie, pero podía reconocer a la perfección la mirada de deseo que había en sus ojos. La única diferencia estribaba en que él nunca la había mirado así. Nunca.

Sin decir una palabra, Whit rodeó su nuca con la mano y atrajo la boca de Mallory hacia la suya. Ella pensó que si aquel beso era como una especie de presentación o currículo, iba a tener que contratarlo. Sus lenguas comenzaron rozándose con suavidad, para incrementar después un ritmo que hizo que ella reaccionara como no lo había hecho en mucho tiempo. Se dio cuenta entonces de que iba a llegar a disfrutar con la consumación. Pero no podía dejar que ocurriera en ese momento. No podía suceder entonces.

Él profundizó en su beso y Mallory no pudo protestar. ¿Cómo iba a hacerlo cuando tenía la boca ocupada con una tarea tan placentera? Él estaba consiguiendo con su destreza que no pudiera pensar con claridad. Y, aunque ella no quería en realidad que aquello terminase, fue él el que le puso punto final.

—¿Ha sido satisfactorio, O'Brien? —le preguntó él.

Pensó que había sido mucho más que eso, de haber sido un poco mejor, en ese instante estaría ya completamente desnuda, con su ropa y su voluntad por el suelo.

—Como te he dicho, aquí no estamos calificando tus habilidades, Manning. Tenemos que llegar a este acuerdo sabiendo los dos que sólo lo hacemos con el objetivo de la procreación. No tienes que probarme nada en cuanto a tus destrezas amatorias. Y no tienes que…

«Besarme de nuevo, maldición», añadió sin decirlo en voz alta. Pero él no debió de leerle el pensamiento, porque la interrumpió cubriendo de nuevo su boca. Esta vez lo hizo lentamente. Se le daba muy bien el juego de la seducción, sus besos estaban siendo muy persuasivos. Esa vez, fue ella la que se apartó, aunque con gran dificultad.

—Me estoy dando cuenta de que vas a ser problemático —le dijo.

—Y yo de que sólo me quieres para que sea tu semental —contestó él con una sonrisa devastadoramente *sexy*.

—Es que es así, al menos de cierto modo —repuso ella poniéndose de pie y comprobando que sus temblorosas piernas apenas la sujetaban—. Ahora, ve y dúchate, mi dulce semental —añadió mientras se giraba para salir de la habitación.

Él aprovechó ese movimiento para darle un azote en el trasero.

—Lo que tú digas, mi pequeña yegua de cría.

—Creo que no me gusta que se me llame yegua de cría, ¿sabes?

—Bueno, si yo soy un semental, tú eres una yegua de cría —repuso él colocando las manos tras su nuca—. Una pregunta más…

—¿Sí, Whit?

No sabía por qué sonaba tan aguda, en el tribunal, siempre tenía todo bajo control, claro que allí nunca había tenido que enfrentarse con Whit Manning y toda su arrogancia masculina. Iba a tener que vérselas con él en el dormitorio y no creía que fuera a tener la fuerza necesaria como para oponerse a nada que le pidiera.

—¿Empezamos con el proceso de reproducción esta noche? —preguntó él con voz baja y seductora.

—No. Dentro de tres días.

Aquello hizo que se incorporara y se le borrara la sonrisa de la cara.

—¿En tres días? ¿Por qué?

—Porque entonces estaré ovulando.

Al menos así sería si tenía suerte. Mallory tomó el esmalte de uñas y se encaminó a la puerta antes de que él decidiera besarla de nuevo.

—Voy a terminar de pintarme las uñas y después trabajaré un rato en mi dormitorio —le dijo.

Pero él se acercó rápidamente a ella, tomándola por el brazo y forzándola a girarse.

—Me arriesgo, acepto tu loca idea y ahora, ¿vas y me dices que tengo que esperar? ¿Y qué se supone que tengo que hacer mientras tanto?

—Acumular esperma.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó él con los ojos entrecerrados.

—No, la verdad es que no. En otras circunstancias, te diría que te las apañaras como pudieras, pero no es una opción en esta ocasión. Estoy segura que conseguirás hacerlo. Piensa en ello como una preparación, como el boxeador que se entrena para la pelea de su vida.

—Vale. Pero te advierto que me verás andando con dificultad durante los próximos días.

Mallory subió escaleras arriba, hacia donde estaban los dormitorios, sin poder reprimir las carcajadas, pero su risa era más nerviosa que divertida. Una pequeña parte de ella sentía miedo por lo que acababan de decidir.

Iba a tener un bebé con su compañero de piso, al menos iba a intentarlo. Y esa parte, la de intentarlo, era la que más la excitaba y asustaba al mismo tiempo.

Whit Manning no era un hombre que hiciera las cosas a medias. Si ese beso era un indicio, sospechaba que en la cama debía de ser fantástico. Sólo tenía que recordar una cosa, el amor quedaba en todo momento fuera de esa ecuación. Sólo podía haber amor

fraternal entre ellos, el amor que se tienen dos amigos. Se acostarían porque era necesario y no más de tres días seguidos cada mes. Sin grandes expectativas, sin líos emocionales más allá de la amistad. De otro modo, empezaría a querer más de él que el bebé.

Por otro lado, había algo en lo que no podía dejar de pensar. Mientras que a ella le había costado semanas decidirse en planteárselo, Whit sólo había tardado una hora en decirle que sí. Y, aunque se lo conocía por su espontaneidad, le preocupaba que cambiara de opinión a la mañana siguiente.

Capítulo Dos

Debía de haberse vuelto loco. No sabía nada de criar niños, no tenía ni idea.

Por el momento, trató de evadirse concentrándose en lo que le resultaba familiar, su trabajo como arquitecto principal y vicepresidente de Construcciones Manning. Pero apenas podía concentrarse, así que simplemente se quedó sentado en el cómodo sillón de su lujoso despacho, con la cabeza entre las manos. Tenía una reunión con el equipo de diseñadores en veinte minutos, pero un punzante dolor de cabeza le martilleaba incesantemente como si hubiera estado de juerga durante cuatro días. Pero no había tocado ni una gota de alcohol. Se había pasado la noche entera sin poder dormir, dando vueltas y pensando en las consecuencias de su decisión. Creía que había sido un error decirle que sí.

Y lo único que tenía claro en ese instante era que Mallory tenía razón sobre él, era alérgico al compromiso. Pero tampoco había tenido muy buenos ejemplos a su alrededor. Su padre tenía dos matrimonios fallidos a sus espaldas y un tercero que parecía ir por el mismo camino. Y su madre lo había dejado siendo niño, había abandonado a su único hijo. Julia Manning se fue con la excusa de que tenía que encontrarse a sí misma. Entonces fue cuando se fue a vivir con su padre y comenzó a frecuentar la casa de los O'Brien. Ellos lo habían acogido con los brazos abiertos, pero nunca llegó a superar el abandono de su madre ni el hecho de que no quisiera siquiera comunicarse con él, más allá que una tarjeta de cumpleaños de vez en cuando. Ni siquiera llamó para felicitarlo cuando terminó en el instituto y después en la universidad.

Por una parte, había culpado a su padre y su necesidad de controlarla del hecho de que ella hubiera acabado por irse. Pero, por otro lado, él había sido el que le había pasado todo lo que sabía de arquitectura, aunque tuviera un temperamento de mil demonios. Le había enseñado todas las fases de la edificación, desde el diseño de los planos hasta la construcción. Desde entonces, sentía que estaba en deuda con él. Pero esa deuda estaba acabando con él y estaba hipotecando sus sueños. Tendría que acabar pronto.

Cuando vio a Field entrar en el despacho, deseó que hubiera llegado ya ese día. Tenía un aspecto impecable, con su piel

bronceada y su pelo canoso pero impoluto. Se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la mesa de su hijo. Whit se preparó para recibir la charla semanal.

—Has metido la pata, hijo —le dijo a modo de saludo.

No era la primera vez que lo oía.

—Buenos días para ti también, papá. ¿Qué es lo que he hecho esta vez?

—Barclay me dijo la semana pasada que sólo has incorporado tres salas de conferencias en el diseño, en vez de cuatro. Ese tipo de error es inaceptable.

Whit comenzó a exasperarse, pero trató de mantener la calma.

—De hecho, el bueno de Barclay cambió de opinión después de que terminara el diseño inicial. Y lo arreglé mientras tú estabas fuera de viaje de fin de semana con tu nueva esposa —le dijo él.

Rebecca, su nueva madrastra, sólo era seis años mayor que él.

A Whit le encantaban esos momentos, cuando Field Manning se daba cuenta de que lo estaba poniendo a prueba. Pero, como siempre, su padre se recuperó rápidamente.

—Tienes un aspecto horrible, Whit. Está claro que has estado toda la noche en vela, sin duda con alguna de tus amiguitas. Son una distracción que no puedes permitirte, sobre todo durante este proyecto en particular.

—¿Sabes qué, papá? Lo que hago en mi vida privada es sólo asunto mío. Además, no estoy saliendo con nadie ahora mismo. Y si esa situación cambia, serás el último en saberlo.

—Me alegro de que no estés con nadie porque no estás preparado para sentar la cabeza.

—Tienes razón, no estoy preparado para sentar la cabeza —dijo Whit—. Y, teniendo en cuenta el ejemplo que he tenido, puede que nunca lo esté.

—Ni siquiera voy a contestar ese comentario —respondió

enojado Field—. Tuve razones muy buenas para terminar con mis matrimonios anteriores, lo que pasa es que no he querido nunca darte los detalles.

—¿Detalles como tu necesidad de controlar a todo el mundo? ¿Como si el hecho de que te lleven la contraria en algo pueda ser motivo de alejarlos de tu vida?

—Al menos yo tengo relaciones que duran más que unas cuantas semanas.

Su padre siempre negaba su responsabilidad. Whit miró con exagerada intensidad el reloj antes de levantar la vista.

—¿Alguna otra crítica, papá? Mi agenda está hoy repleta, pero podría hacerte un hueco mañana. A lo mejor te gustaría venir con una lista completa de todos mis defectos.

—Quizá haya cometido errores, pero me merezco más respeto, teniendo en cuenta todo lo que he hecho por ti desde que tu madre se fue.

—Sí, papá. Sé lo que has hecho por mí. Me lo recuerdas muy a menudo. Pero a mí me parece que eso es lo que se hace por los hijos, ayudarlos.

—Así es, pero esperaría que fueras agradecido. Y estaría bien que te portaras como un adulto.

Field salió del despacho con movimientos arrogantes y cerró la puerta dando un portazo. Whit reflexionó un segundo sobre las palabras de su padre y llegó a una conclusión sorprendente. Era muy capaz de ser responsable y se le acababa de presentar la oportunidad perfecta para demostrarlo. Y para demostrárselo a sí mismo. Él podría ser un padre mucho mejor que él.

Le iba a dar a Mallory el bebé que tanto deseaba y así además enfrentarse a las continuas críticas de su progenitor. Estaría al lado de su hijo para ayudar a criarlo, no lo abandonaría como lo hizo su madre. Y tenía intención de disfrutar de cada momento, haciendo que todo el proceso fuera placentero tanto para él como para ella. Creía que esa idea iba a darle la fuerza para sobrevivir a un día que se le estaba haciendo cuesta arriba.

Mallory estaba nerviosa, muerta de hambre y agotada. Para colmo de males, tenía a un hombre muy atractivo y medio desnudo en su cocina. En realidad era la cocina de él. Se preguntaba por qué tenía que pasearse por el piso llevando sólo una breve toalla negra rodeando sus estrechas caderas. Lo raro era que no era la primera vez que lo veía así, pero hasta entonces no había estado sobre la mesa el tema del embarazo. Eso hacía que sintiera curiosidad sobre ciertos aspectos, como por ejemplo lo que escondía no muy pudorosamente la toalla. Sólo pensar en ello le hizo sentir como si tuviera sus manos masculinas acariciando todo su cuerpo. Parecía que su libido, que llevaba tiempo hibernando, comenzaba a despertarse.

Se distrajo como pudo, prestando atención a las verduras que estaba salteando en la sartén. Pero no le sirvió de mucho. Whit se acercó por detrás y apoyó una mano en su hombro, dejando que su cuerpo presionara el de ella.

—Huele fenomenal —le dijo.

«Y tú también», pensó ella. Whit olía a jabón e irradiaba calor como el sol de media tarde. Mallory tapó de nuevo la sartén, pero no se atrevió a darse la vuelta.

—Son zanahorias, guisantes y patatas.

—¿Y qué hay en el horno?

—Merluza.

Él se separó de pronto, dándole por fin la oportunidad de respirar de nuevo.

—Sabes que odio el pescado.

Mallory se volvió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me dijiste que no lo probabas desde que ibas a primaria. Me pareció que había llegado el momento de intentarlo de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque es bueno para ti. Te conviene tomarlo.

Mallory pensó que si ella supiera también lo que le convenía no estaría mirándolo como lo hacía, concentrada en el vello que crecía en mitad de su pecho, en su estómago, en el ombligo y en el borde de la toalla misma. Tenía que dejar de preguntarse qué había más allá.

—¿Qué es esto?

Mientras sus ojos vagaban por la anatomía de Whit, éste había encontrado su lista. Intentó arrebatarle el papel, pero él lo levantó por encima de su cabeza. Mallory era más alta que la mayoría de las mujeres, pero él era más alto que la media de hombres. También era fuerte y rápido, se dio cuenta de ello cuando asió sus muñecas con una mano para poder tener la otra mano libre y leer el papel.

—«Cómo decidir el sexo de tu bebé a la antigua usanza» —leyó mientras una sonrisa asomaba poco a poco en su cara.

Cuando le soltó la mano, ella aprovechó la ocasión para arrebatarle el papel.

—Sólo son algunos consejos —se defendió mientras doblaba la hoja y se la metía en el bolsillo del vaquero—. Cosas que me parecieron interesantes.

—Lo has buscado en *Internet* —acusó él apoyándose contra la encimera de la cocina.

—Así es. ¿Tienes algún problema? —dijo mientras comenzaba a remover las verduras que no lo necesitaban.

—No, ninguno. Pero me sorprende.

—¿Por qué? Está bien estar preparado —repuso ella mirándolo un segundo.

—Estoy de acuerdo. Pero pensé que te comprarías un manual o algo así. Eso va más con tu personalidad. Me sorprende que hagas caso de esos cuentos de viejas. Yo no me creo nada.

—A veces, los métodos naturales y antiguos son los mejores. Además, tienes que tener claro que no lo sabes todo de mí.

—Pero tengo intención de hacerlo.

Levantó la vista. Una perfecta sonrisa se dibujaba en el rostro de Whit.

—Una mujer siempre tiene que tener sus secretos, Whit.

—Y un hombre siempre tiene la manera de descubrirlos. Uno a uno.

Mallory se estremeció al oírlo.

—Ya te gustaría.

—Es verdad.

Tenía que cambiar de tema, estaban en terreno peligroso.

—Por cierto, hablando de hacer bebés, vete a mi habitación. Te he comprado algo, está encima de mi cama.

—Si es algo para mejorar mi rendimiento, no lo necesito.

Mallory pensó que quizás ella sí que fuera a necesitar algo, de otra forma no sabía cómo podría enfrentarse a él cuando llegara el momento.

—Te he comprado unos *boxers*.

—Prefiero los slips que uso —repuso él ya sin sonrisa.

—Sólo es algo temporal. Puedes volver a usar lo que prefieras después de que… Ya sabes…

—¿De que procreemos? —le preguntó acercándose un poco más.

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué es necesario?

—Se supone que es mejor si estás… Si estás suelto —repuso ella encogiéndose de hombros.

—¿Y si no llevo nada de nada? —preguntó sonriendo de nuevo —. Ya sabes lo que dicen. Si los quieres, déjalos en libertad.

Mallory rió, pero su risa se heló cuando vio que Whit echaba mano al nudo de su toalla.

—¡No te atrevas!

—¿Por qué no? Podría estar por casa desnudo y… ¿Cómo lo has llamado? Suelto.

Ella no pudo evitar pensar en lo atractivo de la imagen, justo antes de volver a la realidad.

—No es una buena idea, Whit.

«Al menos no de momento», pensó.

—¿Tiene todo esto algo que ver con esa lista? —le preguntó él cruzándose de brazos.

—Sí.

—¿De si llevo *boxers* o no puede depender el sexo del bebé?

—Eso dicen.

—¿Quiénes?

—Los que han escrito la lista.

—Una pregunta más —dijo él frotándose la barbilla—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Niño o niña?

—La verdad es que una niña.

—¿Y si yo quiero un niño?

A Mallory no le sorprendió su actitud machista.

—Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades.

—Pero estás acumulando ventajas contra mi opción si seguimos todos esos consejos, ¿no?

Ella sonrió.

—Pensé que no creías en esos cuentos de viejas.

—No lo hago, pero prefiero no arriesgarme, por si acaso.

Mallory decidió usar la única cosa con la que los hombres siempre parecían identificarse, el acto mismo de la procreación.

—Yo me pongo arriba.

—Bueno, entonces supongo que tendremos una niña —repuso él.

Intercambiaron una breve sonrisa. Antes de que el ambiente se cargara de tensión y deseo. Un deseo peligroso y poderoso.

Él le tomó la mano y se la pasó por su propia y masculina barbilla.

—Después de la cena, ¿te interesaría poner a punto la maquinaria?

—¿La tuya o la mía? —le preguntó sin apartar la vista de sus ojos.

—Las dos.

Mallory se zafó de él y devolvió su atención a las verduras.

—Ve a probarte los *boxers* mientras termino la cena. He pensado que podíamos cenar en el balcón. Hace una noche estupenda.

Whit salió de allí, no sin antes darle una palmadita en el trasero. Ella siguió preparándolo todo y puso la mesa en el balcón. La vista de la ciudad era espectacular. Pero esa noche todo parecía distinto porque las cosas habían cambiado entre ellos. Se preparaba para acostarse con él. Pero tenía que mantener la perspectiva, recordar que se trataba de Whit, su compañero de piso, su amigo. Nada más podía haber entre ellos.

Era un tipo estupendo, pero también era un jugador. Ya había cometido el error de casarse con uno de ellos, no iba a enamorarse de otro, por muy tentador que fuera Whit Manning. Aunque se

dejara ir adonde él quisiera llevarla en la cama, no podía ir más allá.

Se sentó a esperarle. Minutos después apareció y no pudo reprimir una sonrisa al verlo con los *boxers* rojos de tela y la cara de un monigote feliz en medio de la bragueta.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó él.

—¿No te gustan?

—Parezco un payaso.

A ella en cambio le parecía un sueño hecho realidad.

—¿Quién va a verlos?

—Mis colegas cuando vaya al servicio en el trabajo.

—Tienes tu propio lavabo, Whit. Además, no debería preocuparte tanto lo que piensa la gente. Creo que son preciosos.

—No me gusta que mi ropa interior sea «preciosa». Y no me gustan los *boxers*.

—Relájate. También te he comprado otros de colores lisos. Y unos azul marino, tu color favorito, de seda para cuando te sientas *sexy* —dijo sin poder evitar estremecerse al pensar en ésos.

—¿Y dónde están ésos? —le preguntó él misterioso mientras se sentaba.

—En el cuarto de la plancha. Iba a lavarlos antes de que los usaras, para que no te irriten la piel.

Él parecía bastante irritado en ese momento.

—Piensas en todo —dijo mirándose—. ¿Pero por qué has escogido un monigote feliz?

—Una cara feliz para el señor Feliz.

—El señor Feliz no lo está ahora mismo —repuso él con media sonrisa—. Pero, ¿sabes lo que le pondría muy contento?

—Es hora de comer —dijo ella señalando los platos sobre la mesa.

—Al señor Feliz le encantaría salir a jugar.

A Mallory le estaba costando muchísimo ignorar las continuas sugerencias de Whit.

—Se te va a enfriar la comida.

Los ojos oscuros de Whit la miraron con intensidad. Parecían estar en llamas.

—No tengo mucho apetito ahora mismo. Por lo menos no de esta clase de comida.

—Dos días más, Whit —le recordó ella algo frustrada—. Reserva tus fuerzas. Las necesitarás.

—¿En serio?

—En serio. Hacer bebés no es tarea fácil, puede agotar a un hombre.

—Estoy dispuesto a ello.

Si la mesa no hubiera estado entre ellos, a Mallory le habría encantado confirmar lo que acababa de decirle.

—Me alegro. Ahora, es hora de cenar, por favor.

—No me va a gustar —repuso él mirando su plato con desdén.

—No lo sabrás hasta que lo pruebes.

Él levanto la vista para mirarla.

—Eso es así con algunas cosas. Pero tengo buenos instintos con esto. Algunas veces sabes que algo te va a gustar…

Quería preguntarle a qué se refería, pero su mirada era demoledora y su voz sugerente. No necesitaba respuestas, sabía perfectamente a qué se refería.

—Sólo prueba un bocado. Si lo odias, puedes hacerte un bocadillo de jamón.

Cuando él alargó la mano para tomar el salero, ella se lo arrebató.

—No, mejor no.

—¿Por qué?

—Ya lo he sazonado. Y no es bueno que consumas demasiada sal.

Según la lista, una dieta salada en el varón tendía a favorecer la concepción de niños, más que de niñas. Pero prefirió no desvelarle ese detalle.

Whit probó un poco del pescado, se quejó, después otro y, cuando quiso darse cuenta, el plato estaba vacío. Ella, en cambio, apenas pudo tragar su comida.

—Supongo que no estaba tan mal… —indicó ella con una sonrisa.

—No, nada mal. ¿Qué tenemos de postre? —preguntó él reclinándose hacia atrás en la silla.

Mallory podía pensar en algunos dulces, hasta le hubiera gustado ofrecerse en bandeja.

—Hay helado en el congelador.

—¿Nos queda de menta y chocolate?

—Sí, pero no compré mucho de ese sabor, como no sueles tomarlo…

—Tampoco suelo imaginarme a mi compañera de piso desnuda. Y la menta viene bien si después piensas ocupar la boca con otra cosa que no sea helado.

Mallory no pudo evitar estremecerse.

—Sólo quedan dos días, Whit —le recordó de nuevo.

—Dos días hasta que consumemos. Pero nadie dice que no podamos llegarnos a conocernos un poco mejor mientras tanto.

El sentido común le decía que estaba en terreno resbaladizo. Él le estaba poniendo a prueba.

—Creo que deberíamos esperar hasta el momento apropiado.

—Claro, si crees que puedes —repuso él poniéndose en pie y yendo hacia donde estaba ella.

Separó la silla de Mallory de la mesa y se inclinó sobre ella sujetándose en los reposabrazos.

—Ven al salón.

—Tengo que ducharme.

Él se pasó la mano sobre la ingle.

—¿Puedo acompañarte?

Mallory se puso en pie de un salto y lo apartó de un codazo para comenzar a quitar los platos.

—No entiendo cómo puedes seducir a las mujeres, Whit. ¿Qué les dices? Hola, soy Whit, ¿por qué no cenamos y después te presento al señor Feliz?

—A veces empiezo llevándoles un ramo de flores —repuso él sonriendo.

Jerry siempre solía llevarle flores después de pasarse toda la noche de juerga. Era la única cosa que le había dado durante su año de matrimonio. Además del bebé que nunca llegó a nacer.

—¿Y eso consigue que te las lleves a la cama?

—Sólo bromeo, Mallory. No soy un grosero ni un zafio. Además, todo esto es idea tuya.

—Sé que estás de broma. Siempre me has tomado el pelo de

forma implacable.

—Eso es porque me parecía que eras uno más, uno de los… —dijo sin terminar la frase.

—¿Uno de los chicos? —concluyó ella—. Lo sé. Pero no vas a tener un hijo con uno de los chicos.

—¿Crees que no me doy cuenta de eso? Cuando pienso en lo que va a pasar dentro de dos días, los chicos son lo último en lo que pienso —le dijo acercándose a ella—. Y, ¿sabes qué? Va a ser una de esas cosas que sabes de antemano que te va a gustar. Te lo garantizo. Lo quieras o no.

—Eso no importa. Lo único que quiero es que me dejes embarazada —repuso ella.

Envidiaba la seguridad que tenía Whit. Ella también la poseía, pero no en el dormitorio.

—Y me aseguraré de que te gusta —dijo aproximándose hasta quedar frente a ella—. Si lo pruebas una vez, querrás más.

—Quiero un bebé, Whit. Eso es todo —repuso ella sin aliento.

—Ya lo sé, Mallory. Y tendrás eso y más.

Whit tomó su propio plato de las manos de Mallory y salió de allí, dejándola confundida y sumida en sus pensamientos.

Se estaba dando cuenta de que ese hombre iba a ser un desafío mucho más peliagudo de lo que había imaginado. Sólo esperaba poder sobrevivir.

Capítulo Tres

El partido de béisbol iba ya por el tercer tiempo y Whit aún no se había podido concentrar en él. Estaba nervioso, intentando combatir su libido y sin poder dejar de pensar en la baja concepción que Mallory tenía de él. Era cierto que había salido con bastantes mujeres, pero no se había acostado con todas, a pesar de lo que todos creían. Había intentado mantener un par de relaciones más serias, pero no habían resultado bien. Creía que nadie conocía al verdadero Whit Manning, quizás sólo Mallory.

Y eso era lo que le molestaba, ella lo conocía mejor que ninguna mujer. Por eso le hería el concepto que tenía de él. Parecía que no podía tomarse nada en serio, sólo su trabajo. Había sido así desde que su madre lo abandonó. Había mantenido una fachada feliz que escondía su dolor.

Pero eso era parte del pasado y ahí quería mantenerlo.

Se había decidido a ser el padre del hijo de Mallory y lo haría a conciencia, probando que podría ser mucho mejor padre de lo que el suyo había sido con él. Decidió también que no la seguiría presionando. Podía esperar otros dos días, mantener las manos apartadas y las hormonas a raya.

Estaba decidido hasta que ella entró en el salón oliendo a gardenias y luciendo el pijama más breve, rosa y sedoso que había visto en su vida. Se preguntó si estaría intentando torturarlo.

—Aquí tienes tu helado —dijo ella dándole un cuenco.

—Gracias.

Esperaba que volviera a su cuarto, pero se sentó a su lado en el suelo. Con su hombro tocando su pierna desnuda.

—¿Quién va ganando? —preguntó ella.

En ese momento, olvidó sus buenas intenciones, sólo quería rodar con ella sobre la alfombra.

—No estoy seguro, acabo de encenderlo —tuvo que decirle.

Lo cierto era que no sabía y que, aunque miraba a la pantalla, sólo la tenía a ella en mente. Se tomó deprisa el helado, dejó el cuenco sobre la mesa y se relajó de nuevo en el sofá, concentrando su atención en el perfil de Mallory mientras contemplaba el partido. Se había metido el pelo tras las orejas, dejando al aire sus lóbulos. Sólo podía pensar en morderlos. Dibujó con la mirada la línea de su hombro y su espalda, bajando hasta donde terminaba y se encontraba con el sofá. Incapaz de resistirse, apoyó la mano en la nuca de Mallory, pero cuando vio cómo se tensaba ella, decidió apartar la mano.

—Esto no va a funcionar.

—Lo sé. El lanzamiento de Morton tiene velocidad, pero no tiene control.

—No hablo del partido, O'Brien, y lo sabes.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que hablas —aseguró sin apartar los ojos del televisor.

—Mírame, Mallory.

Ella cambió de postura e hizo lo que le decía.

—Vale, te miro. ¿Qué pasa?

—Tú y yo. No va a funcionar si te pones tan tensa cada vez que te toco.

—Lo siento, sólo estoy algo nerviosa —repuso ella apartando la vista—. Hace mucho que no tengo relaciones con nadie…

—Yo tampoco.

Eso atrajo la atención de Mallory.

—Seguro que te gano.

—Casi cinco meses.

—Yo tres años.

No podía creérselo. No podía imaginarse a ningún adulto sano pasando tanto tiempo sin sexo.

—Me estás tomando el pelo.

Pero su expresión le dijo que no bromeaba.

—Salí con un tipo de la oficina un tiempo y después decidí en ir más allá. Fue horrible.

—¿Y antes de él?

—Seis años.

Whit no entendía nada, era insólito.

—¿Me estás contando que sólo te has costado con alguien una vez en nueve años?

—Sólo he estado con dos hombres en toda mi vida. El tipo ése del que te he hablado y mi exmarido. Que estaba muy concentrado en serme infiel.

Whit tuvo entonces la ocasión de preguntarle algo que siempre había querido saber.

—¿Y cómo te fue con Barry?

—Se llamaba Jerry. Y estuvo más o menos bien.

—¿Sólo más o menos bien? —repitió él casi sintiéndose feliz.

—Creo que guardaba lo mejor de sí para las otras.

Debía de haber sido un imbécil.

—Y durante todos esos años, ¿no echaste de menos el sexo?

—No pensé mucho en ello —repuso ella encogiéndose de hombros—. Estaba terminando la universidad y después empecé a trabajar. Concentré toda mi energía en mi carrera. El sexo no era prioritario.

—Te voy a preguntar algo muy personal, pero ¿no te ocupaste

de satisfacerte tú misma?

Ella, con cómico dramatismo, plantó una mano sobre su pecho.

—¿Qué? ¿Es que no sabes que eso produce ceguera?

—Si fuera verdad, la mayor parte de los hombres irían con bastón y perro guía por la calle.

—¿Te incluyes tú en esa clasificación?

—No contestaré sin que esté delante mi abogado —contestó él sonriendo—. A lo mejor no has encontrado al hombre adecuado, que se ocupe de tu placer antes que en nada más.

Ella le sonrió con ironía.

—¿Qué me vas a decir ahora? ¿Que tú eres ese hombre?

—Así es.

—Tienes un ego que no te cabe en el cuerpo.

—No, lo único que he tenido han sido buenos instructores.

—Ya. Alguna mujer mayor que te lo ha enseñado todo, ¿no? En ambos sentidos.

—No, me refería a mi padre. Él me educó en ese terreno cuando aún era virgen.

Mallory se puso en pie y se sentó en el sofá.

—¡No me lo puedo creer! Whit Manning recibiendo la típica charla sobre el sexo…

—Sobre el sexo, el alcohol… La verdad es que siempre fue muy abierto y comunicativo.

Por primera vez en mucho tiempo, Whit pensó en los años en los que se había llevado bien con su padre.

—Una vez, cuando tenía catorce años, nos pilló a Logan y a mí sacando una cerveza del frigorífico. Él tomó la caja de seis botellas,

nos sentó en el sofá y nos obligó a beberías todas.

—¿Lo hicisteis? —exclamó ella con los ojos como platos.

—Sí. Bebimos unas cuantas, pero no pudimos con todas. Después, mi padre nos pidió que fuéramos al garaje a hacer una cosa con su sierra de calar. Le dijimos que estaba loco, que no estábamos en condiciones de hacerlo. Entonces nos dijo que era peor aún ponerse en nuestro estado tras un volante. Algo peligroso y estúpido. Nunca lo he olvidado y nunca he conducido después de beber alcohol.

Tenía que reconocer que había sido una manera radical de enseñarles algo, pero funcionó.

—Entonces, ¿abordó de igual manera el tema del sexo? ¿Te invitó a estar con una prostituta?

—No. Cuando supo que salía con alguien más en serio me dio algunas lecciones de anatomía femenina y otros consejos sobre las mujeres, consejos muy explícitos. Insistió mucho en que no siempre significa no. Y, que si me decidía a dar el paso, siempre debía usar un preservativo. Tardé un momento en darme cuenta de que hablaba de condones.

Ella no pudo evitar reír.

—También aprendí a no atragantar a una mujer con mi lengua.

—¿Te lo enseñó también tu padre? —preguntó atónita.

—No, lo leí en una revista cuando tenía once años.

—¿Y practicabas con la almohada?

—No, preferí hacerlo con un modelo de verdad.

Ella suspiró.

—Yo no besé a un chico hasta que cumplí los quince, durante mi primer baile de Primavera.

Era otro recuerdo más del tiempo que había pasado, que habían dejado atrás los dos. El rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo

hacia sí. Esa vez, parecía un poco más relajada.

—Recuerdo esa noche —dijo él—. Logan y yo terminamos ese año el instituto. Estábamos en el salón cuando bajaste por las escaleras con un vestido color melocotón. Fue la primera vez que me di cuenta de que tenías pechos.

—¡Los tuve desde los trece! —protestó ella dándole un codazo.

—A lo mejor, pero yo no me di cuenta hasta esa noche. A lo mejor por el escote del vestido.

—Era un vestido muy recatado, apenas tenía escote.

—Fuera como fuera, estabas preciosa. Aunque también parecías asustada.

—Bobby sí que estaba asustado. Tuvo que enfrentarse con todos cuando me fue a buscar.

—Bueno, creo que casi echa a correr cuando Aidan… No, espera, creo que fue Kevin…

—No, Kevin no fue, nunca estaba en casa. Y Aidan aún estaba en la universidad.

—Entonces a lo mejor fue Logan, Devin o Kieran. No lo recuerdo, sólo me acuerdo de las palabras. «Si le tocas un pecho, Bobby Hiller, te cortaré la mano y te la meteré en la boca».

Mallory se echó a reír.

—¡Es verdad! ¡Ahora me acuerdo! Fue Kieran. Casi lo mato.

—La verdad es que yo estaba pensando lo mismo.

—¿También querías matar a Kieran?

—No, quería tocarte el pecho, pero pensé que no estaría bien visto. Era el mejor amigo de Logan.

Ella dejó de sonreír y lo miró seductoramente.

—Y, ¿aún quieres hacerlo?

—¿Me vas a cortar la mano si digo que sí?

—No, para nada.

—Bueno, entonces sí, admito que he pensado en ello.

—Pues yo no me opondría.

Whit nunca habría rechazado una oferta como ésa viniendo de cualquier mujer. Pero la que tenía a su lado no era cualquier mujer, era su amiga Mallory. Era distinta a todas y podía llegar a ser la madre de su hijo. Tenía que tener cuidado, aunque su cuerpo deseara otra cosa.

—Creo que será mejor que simplemente nos acostumbremos a estar uno cerca del otro mientras vemos el partido —dijo mientras la abrazaba.

Mallory apoyó su cabeza en el hombro de Whit y una de sus manos descansaba muy por debajo de su ombligo. Para empeorar las cosas, apareció en televisión el anuncio de unas pastillas que prometían incrementar la libido de las mujeres.

—Me pregunto si de verdad funcionan —comentó ella—. A lo mejor debería probarlas.

Whit le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo.

—No las necesitarás conmigo.

—¿Y qué pasa si me ocurre algo malo, Whit? No puede ser normal pasarse tanto tiempo sin sexo.

—No te pasa nada —repuso él acariciándole el brazo—. Pero te gusta tener todo bajo control, tu vida privada y tu carrera. Tienes que aprender que, en la cama, es mejor estar fuera de control.

—Gracias, doctor Manning —repuso ella fingiendo más seguridad de la que sentía.

—De nada —contestó él dándole un beso en la mejilla—. Puedes pagarme después.

—Ya me imagino cómo esperas que te pague.

—No me importaría que fuera con un beso o dos —confesó él.

Ella lo miró a los ojos.

—Creo que eso puedo hacerlo.

Whit comenzó apenas rozando sus labios, sin casi presionar su boca. Se apartó y deslizó entonces sus labios sobre los de Mallory, hasta que la boca de ella se relajó y abrió bajo su contacto. Fue sólo entonces cuando él se aprovechó de la situación para intensificar el beso. Primero más despacio, después con más profundidad, dejando que su lengua resbalase rítmicamente contra la de ella.

Se besaron durante un buen rato. Los minutos pasaron y el deseo fue creciendo. Antes de que Whit pudiera darse cuenta, Mallory estaba cayendo en el sofá y él la seguía. Se movió un poco para quedar frente a ella, que era mucho más seguro que estar encima.

Siguieron besándose como dos adolescentes que acaban de descubrir la fase de los besos, igual que Whit estaba descubriendo lo bien que se sentía besando a su compañera de piso. Lo difícil iba a ser dejarlo y que no pasara nada más esa noche, sobre todo cuando ella no dejaba de acariciarle la espalda, aproximándose cada vez más a su trasero.

Whit intentó mantener el control, a pesar de tener los pechos de Mallory aplastados contra su torso y su pelvis contra la suya. Con el piloto automático puesto, le separó las piernas con la rodilla, pero ordenó a su muslo que no fuera más allá y a sus manos a no bajar de su espalda. El señor Feliz era un problema aparte, sobre todo cuando recordaba lo fácil que sería deslizar la mano bajo los breves pantalones del pijama de Mallory y descubrir si ella estaba tan excitada como él. Sospechaba que sí. Decidió dirigir sus esfuerzos hacia la camiseta. Le rozó el estómago y movió después la mano hacia su pecho. Comenzó a acariciarlo mientras jugaba con su pezón en pequeños movimientos circulares.

Desde el televisor, se oía al comentarista anunciar una carrera más para su equipo favorito, pero estaba demasiado concentrado con lo que tenía entre manos como para prestarle atención, sobre todo cuando un gemido escapó de los labios de Mallory. Se separó de ella y la miró a los ojos.

—¿Ves? No te pasa nada malo.

Estaba sonrojada y tenía los labios rojos y abultados por culpa de la larga sesión de besos.

—Si tú lo dices —repuso con escepticismo.

Pero le faltaba el aliento, no podía engañarlo.

—Tu cuerpo no miente, Mallory —repuso él levantando su camiseta mientras seguía acariciando sus pezones—. Estás excitada y lo sabes.

—De acuerdo, pero sólo un poco —admitió ella suspirando—. ¿Estás ya satisfecho?

—No estaré completamente satisfecho hasta que te demuestre que puedes estar más que «sólo un poco» excitada.

Se dispuso a hacer algo que nunca había hecho antes. Esperó un minuto más. No podía separarse de ella. Pero sabía que lo hacía en ese instante o nunca.

—Me voy a la cama —le dijo bajándole la camiseta y poniéndose en pie.

Tenía que salir de allí antes de que perdiera por completo el sentido común. Porque lo que de verdad quería era quitarse los ridículos *boxers* que le había comprado, bajarle a Mallory sus breves pantaloncitos, y hundirse dentro de ella. Pero ella quería esperar otros dos días e iba a concedérselos. Estaba también decidido a darle a la noche siguiente otra muestra de lo que la esperaba en la cama, quería que lo deseara más que a nadie antes. Porque desde luego Whit la deseaba más que había deseado a una mujer en mucho tiempo, quizás a nadie en su vida.

—Sólo son las nueve de la noche —le dijo ella con voz temblorosa—. ¿Desde cuándo te acuestas antes de que termine el partido?

—Desde que me he dado cuenta de que si sigo aquí treinta segundos más, corres peligro…

—Muy bien, vete entonces a la cama. Yo voy a verlo —repuso ella acomodándose en el sofá.

—Buena idea —dijo él despidiéndose con un beso en la boca—. Y cuando te vayas a la cama, acuérdate de cómo te has sentido esta noche. Multiplícalo por diez porque así te sentirás dentro de dos días.

—Eso sólo son promesas.

—Puedes contar con ello, Mallory. Así que prepárate.

Mallory no había estado preparada para esa noche. Ni para no ser capaz de dormir después ni el hecho de que no pudo dejar de pensar en el cuerpo y la boca de Whit durante horas.

Tampoco olvidaba lo último que le había dicho Jerry cuando ella lo acusó de adulterio.

—Acéptalo, Mallory, eres muy mala en la cama —le había dicho.

Tenía que recordar que sólo tenía entonces veinte años y él había sido su único compañero de cama. Pero la lógica no le servía de mucho cuando tenía que afrontar sus continuas inseguridades. En su trabajo, era segura y tenía todo bajo control. Todo cambiaba en el dormitorio.

Pensó que quizás Whit tuviera razón y sólo necesitara encontrar al hombre adecuado. Él podía serlo, pero había un problema. Whit era un seductor y, al parecer, un experto amante. Se suponía que sólo harían el amor para que se quedase embarazada pero, aun así, le molestaba no estar a la altura de él, defraudarlo y defraudarse a sí misma. De nuevo.

Se abrió la puerta de repente, sacándola de sus pensamientos, y entró Rosalyn Johnson, la secretaria legal de Mallory. Tenía cincuenta y tantos años y lleva mucho tiempo en el bufete. La quería mucho, a pesar de que era aficionada a lanzarle indirectas y comentarios sin parar.

—La propuesta del acuerdo para el divorcio de los McMillan —le dijo entregándole una carpeta—. No te va a gustar Todo está

correcto menos lo referente a su hijo.

—¿Él quiere la custodia? —preguntó atónita tras leer el documento—. Es absurdo. Según ella, al principio ni siquiera quería tener hijos.

—Parece que ahora sí.

—¿Lo sabe Anna McMillan? —preguntó preparándose para batallar con el marido.

—He pensado que sería mejor que se lo dijeras tú —repuso Rosalyn señalando el teléfono.

—No, iba a estar fuera con su hijo un par de semanas. Esto va a ser un duro golpe, será mejor que se lo diga en persona cuando la vea. Porque el bastardo de su marido podría ganar la custodia.

—¡Modere su lenguaje, abogada! Eres buena, puedes ganar el caso.

—Tienes razón. Puedo hacerlo y lo haré —dijo resuelta a mantener juntos a madre e hijo.

—Creo que los jefes preferirían que representáramos al marido. Ya sabes quién es…

—¿Un sinvergüenza con dinero?

—Un hombre con muchos contactos en la política.

—Pues lo siento, porque representamos a la que será su exmujer y tengo intención de trabajar duro para defender sus intereses. Estoy incluso pensando en contratar a un detective.

—Ahora mismo me encargo de ello —repuso Rosalyn entusiasmada con la idea.

—No, aún no. Antes tengo que hablar con Anna McMillan.

El teléfono comenzó a sonar y Rosalyn descolgó de inmediato.

—Despacho de la señorita O'Brien.

Rosalyn se quedó unos segundos callada, escuchando.

—Soy demasiada mujer para ti, Logan O'Brien —replicó la mujer sonriente—. Sí, está aquí.

Mallory también sonrió mientras su secretaria le pasaba el auricular.

—Tu hermano.

—Ya me lo había imaginado —respondió ella—. ¿Qué quieres, Logan, además de seducir a Rosalyn? —añadió cuando la secretaria hubo salido del despacho.

—Lo siento, ya sabes cuánto me gusto tomarle el pelo.

—Y, ¿para eso has llamado?

—No, para decirte que estés mañana a las siete en casa de nuestros padres. Dan una barbacoa.

—¿Un miércoles? ¿De qué se trata, Logan?

Peor aún, era la noche que tenía señalada en su calendario. La noche que iba a pasar con Whit.

—Es una sorpresa y no quiero que te la pierdas.

—¿Vas a traer a Helena? —preguntó ella suponiéndose de qué se trataba.

—Así es.

—¡Fenomenal! —exclamó ella con tono sarcástico.

—¿No podrías intentar llevarte bien con ella? Por favor.

—Llámame cínica, pero es que creo que lo que más le gusta de ti es tu talonario, Logan.

—¡Cínica! Sólo porque tratas a diario con gente que se divorcia no quiere decir que todas las mujeres anden detrás del dinero de sus maridos.

—Muy bien. Si me lo pides tú, seré agradable con ella —le prometió finalmente.

—Fenomenal. Y tráete a Whit, por favor, hace mucho que no lo veo.

—Se lo comentaré esta noche.

—Muy bien. Entonces os veo mañana. Bueno, una cosa más… ¿No sales con nadie?

«Sí, con mi compañero de piso. Aunque no salimos mucho…», pensó ella.

—No. ¿Por qué?

—Tienes que empezar a salir con gente, Mallory. Quizás encuentres al tipo adecuado y cambies de opinión sobre las relaciones.

Parecía tan poco probable que lo encontrase como que Whit sentase la cabeza con alguien.

—Tendré en cuenta tu consejo, pero no esperes demasiado.

—Y si no te gustan las relaciones al menos podrías intentar conseguir un poco de acción en el dormitorio de vez en cuando. No quiero que acabes en un convento, Mallory.

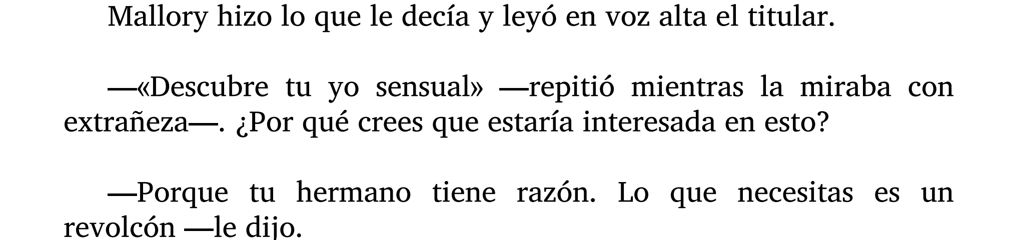
—Muy gracioso, pero tengo mucho que hacer, Logan. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —repuso él riendo.

Mallory pensó en la conversación después de colgar. Estaba segura de que iba a anunciar su compromiso con Helena. Creía que se equivocaba, pero él parecía muy seguro. Lo que le habían molestado eran los comentarios sobre su vida privada.

Rosalyn entró de nuevo en el despacho y plantó una revista sobre la mesa.

—Página cincuenta y cuatro. Lee.



Mallory hizo lo que le decía y leyó en voz alta el titular.

—«Descubre tu yo sensual» —repitió mientras la miraba con extrañeza—. ¿Por qué crees que estaría interesada en esto?

—Porque tu hermano tiene razón. Lo que necesitas es un revolcón —le dijo.

—¿Has estado escuchando nuestra conversación? —le preguntó intrigada.

—Presioné el botón equivocado cuando iba a hacer una llamada…

Estaba segura de que no había sido un accidente.

—¿Qué pasa hoy? ¿Es que todo el mundo me va a aconsejar sobre mi vida sexual?

Rosalyn se apoyó en el borde del escritorio de Mallory.

—Ese artículo dice, y es verdad, que tu parte profesional está en guerra con tu parte sexual. Y, ¿sabes quién va ganando? —le dijo de manera acusatoria.

—Y, ¿qué me vas a decir? ¿Que llevas casada treinta y tantos años porque has leído esto?

—No, algunos simplemente nacemos para amar.

—¿Qué quieres decir, entonces? ¿Que estoy mal hecha?

—No, creo que está dentro de ti, pero no dejas que salga. Suéltate el pelo o lo que sea que te tienes que soltar —dijo señalando la revista—. Es una lista muy simple, unas cuantas cosas para recordarte esa parte de ti. Aviva el fuego y recarga tus hormonas. Después sólo tienes que encontrar a un buen hombre.

Mallory ya lo había encontrado. Era Whit. Pero no confiaba en un artículo de revista. Claro que, recordó que él había aprendido a besar con un reportaje similar.

—Muy bien. Si te hace feliz, le echaré un vistazo, pero seguro que no estoy interesada.

—Merece la pena intentarlo —repuso su secretaria encogiéndose de hombros—. O si no, espero que te quede bien el hábito de monja —añadió saliendo del despacho y dejándola sola con sus pensamientos.

No necesitaba una lista para relajarse lo suficiente como para poder engendrar, no tenía por qué estar completamente desconcertada durante el proceso. Todo lo que necesitaba era una contribución biológica de Whit. Aunque sabía que él no iba a conformarse con eso, sobre todo después de lo que le había dicho la noche anterior.

Lo que le hacía preguntarse qué iba a pasar esa noche cuando volviera a casa.

Capítulo Cuatro

—¡Whit Manning! ¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella con un gesto de desdén en la cara.

—Me tomo un aperitivo —repuso él sin llegar a meterse en la boca las patatas fritas que tenía en la mano mientras veía la televisión en el salón.

—Ya lo veo. Pero ese tipo de comida no es nutritiva —dijo quitándole la bolsa de patatas.

—Tenía que comer algo, son casi las nueve. Estoy muerto de hambre.

—¿Sabes cuánta sal llevan estas cosas?

—¡Ah! Se trata de eso. De lo que leíste. Más sal puede implicar que engendremos un niño.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella intrigada.

—He leído sobre el tema —dijo él señalando unos papeles que tenía sobre la mesa de centro.

—¿Cómo lo has conseguido? Tengo mi copia conmigo.

—Sí, pero también tienes la página *web* marcada entre los favoritos de *Internet* en tu ordenador.

Parecía tan enfadada como *sexy* con su traje gris.

—¿Has estado mirando todas las páginas que tengo marcadas?

—No. Al menos aún no —dijo él sonriendo con picardía.

—No puedo creer que hayas conseguido introducirte en mi ordenador.

—¡Ni que fuera un pirata informático! Ni siquiera tienes contraseña de entrada.

—Y tú tienes mucha cara.

Lo que tenía eran ganas de relajarla y hacer que se le pasara el enfado con un beso.

—Lo que pasa es que, si voy a hacer esto, voy a necesitar algunas directrices. También es mi bebé y tengo derecho a determinar el sexo que prefiero con los medios a mi alcance. Aún no he leído la parte en la que habla de las mejores posiciones para concebir un niño, pero me encargaré de estudiarlas antes de mañana por la noche. Mi parte favorita es que debo comer carne en vez de pescado —dijo él mientras miraba lo que había impreso.

—Ahora mismo, lo que te vas a comer es ese papel.

—Preferiría pedir algo de comida china. ¿Qué quieres? ¿Lo mismo de siempre?

—No —repuso ella mientras se desabotonaba parte de la chaqueta revelando el borde de su sujetador negro—. Yo me he comprado un bocadillo de pollo de camino para aquí.

—No recuerdo que eso estuviera en la lista —repuso él ensimismado con la vista.

La verdad era que no recordaba nada. Sólo quería agarrarla allí mismo. Se moría de ganas.

—No está en la lista, pero no me apetecía pensar en cocinar.

—Es obvio que lo que te apetece es algo más interesante —dijo Whit mirándole el revelador escote.

—¿Como qué?

Whit se percató de que era totalmente inconsciente de lo que había hecho. Algo le preocupaba.

—Siéntate aquí —le dijo él dando una palmadita al asiento del sofá.

—Antes quiero ducharme.

«¿Puedo acompañarte?», pensó en él. Pero se contuvo y no se lo

preguntó.

—Podrás hacerlo enseguida. Ven.

Se sentó en el sofá y Whit tuvo cuidado de mantener las distancias. Miró su escote e hizo algo que nunca había hecho. Se acercó y abotonó su chaqueta para ocultar su tentadora lencería.

—Lo siento —dijo ella ruborizada al ver lo que hacía—. No me di cuenta…

—No pasa nada. Ahora dime qué pasa.

—Mis padres han organizado una fiesta en casa mañana por la noche.

—¿Un miércoles? —preguntó él.

Aunque lo que estaba pensando era por qué habían elegido la noche en la que iban a empezar a concebir un bebé.

—Ya lo sé, le dije lo mismo a Logan cuando me llamó. Pero me ha dicho que es importante —dijo mirándolo por fin a la cara—. Tú también estás invitado.

Normalmente, eso le habría encantado. Quería a los O'Brien, eran como su familia. Pero tenía planes para esa noche.

—¿Logan no te comentó de qué se trataba?

—No, pero creo que tiene algo que ver con su novia… —repuso ella con un largo suspiro.

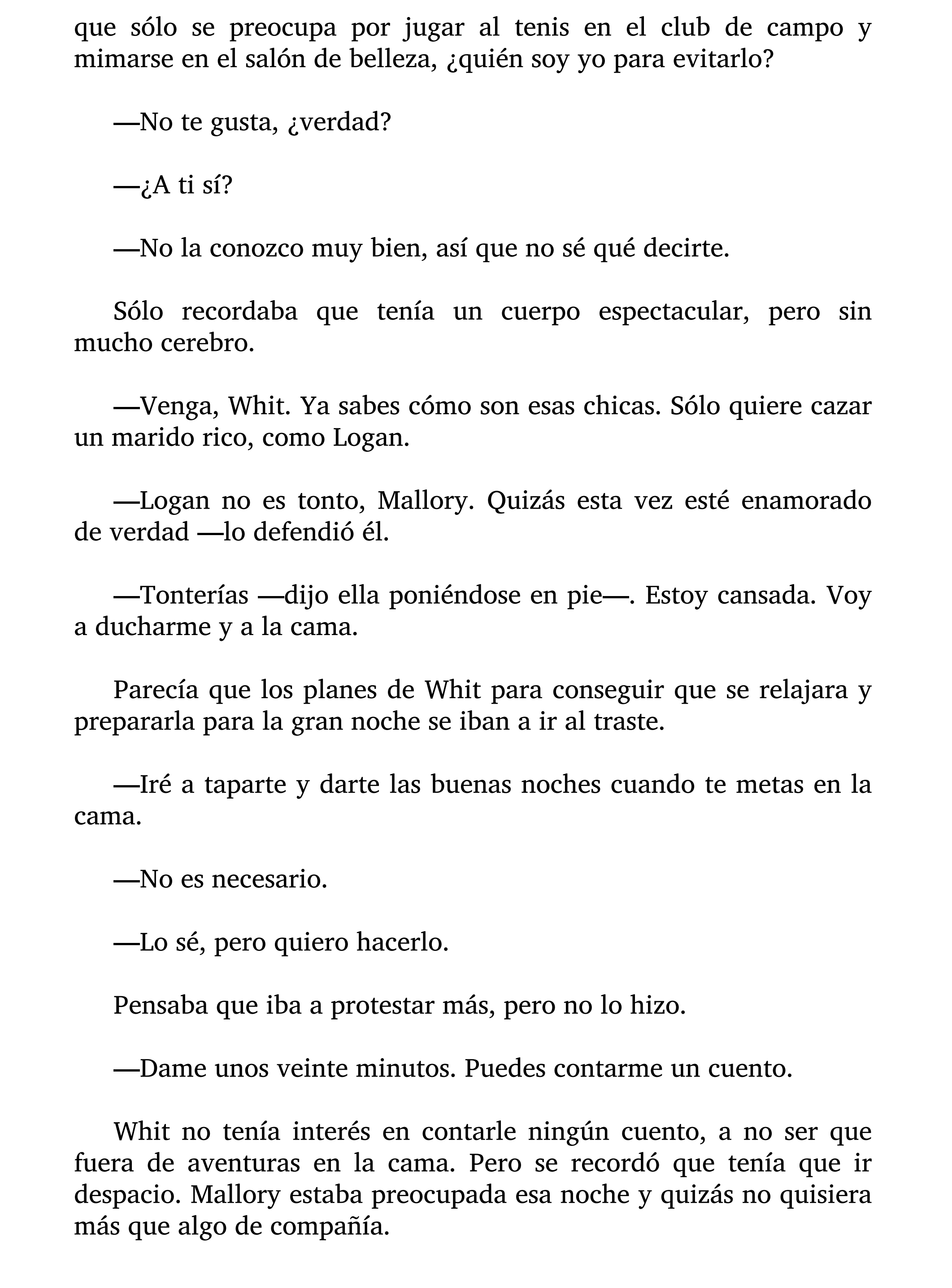
Hablaba de Helena Brennan, la culpable de que ya no viera a Logan tan a menudo como antes.

—¿Crees que van anunciar…?

—¿Que se casan? —terminó Mallory—. Yo tampoco me lo creía, pero él está completamente enamorado. Aunque no sé por qué.

—¿Cómo te sentirías si se prometen?

—Si quiere casarse con una chica artificial de la alta sociedad



que sólo se preocupa por jugar al tenis en el club de campo y mimarse en el salón de belleza, ¿quién soy yo para evitarlo?

—No te gusta, ¿verdad?

—¿A ti sí?

—No la conozco muy bien, así que no sé qué decirte.

Sólo recordaba que tenía un cuerpo espectacular, pero sin mucho cerebro.

—Venga, Whit. Ya sabes cómo son esas chicas. Sólo quiere cazar un marido rico, como Logan.

—Logan no es tonto, Mallory. Quizás esta vez esté enamorado de verdad —lo defendió él.

—Tonterías —dijo ella poniéndose en pie—. Estoy cansada. Voy a ducharme y a la cama.

Parecía que los planes de Whit para conseguir que se relajara y prepararla para la gran noche se iban a ir al traste.

—Iré a taparte y darte las buenas noches cuando te metas en la cama.

—No es necesario.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Pensaba que iba a protestar más, pero no lo hizo.

—Dame unos veinte minutos. Puedes contarme un cuento.

Whit no tenía interés en contarle ningún cuento, a no ser que fuera de aventuras en la cama. Pero se recordó que tenía que ir despacio. Mallory estaba preocupada esa noche y quizás no quisiera más que algo de compañía.

Había sido tonta al dejar que Whit se acercara a su cama. Cuando salió del baño, vestida con un relativamente modesto

camisón que le llegaba por medio muslo, se encontró con Whit. Él también acababa de ducharse y se había puesto uno de los conjuntos de *boxers* de seda y camiseta de algodón blanco que le había regalado ella. Su pulso se aceleró sólo con verlo, pero no podía flaquear y dejar que pasara allí toda la noche. El día siguiente sería distinto, después de la cena familiar, volverían a casa y le daría la bienvenida en su cama para poder procrear un hijo. Ese pensamiento hizo que se estremeciera.

Se paró en la cómoda para tomar su cepillo y comenzar a desenredarse la melena. De vez en cuando miraba a Whit que se había tumbado cómodamente en la cama y tenía las manos bajo la nuca. Sus ojos se iban sin remedio a la zona de su bragueta, tratando de imaginarse lo que había debajo de la seda azul marino.

—Creo que es suficiente —anunció dejando el cepillo.

—Hueles bien —le dijo él cuando Mallory se acercó a la cama.

—Gracias, me siento mejor.

Whit se puso de pie para dejar que se acostara. Era mejor así que tener que hacerlo con él tumbado en la cama.

—Échate a un lado —le dijo él una vez se metió en la cama.

—Whit, creo que no es…

—No pongas esa cara, Mallory, no voy a echarme encima de ti. Sólo pensé que podíamos charlar un rato, así podrás decirme qué más te tiene tan preocupada.

Hizo lo que le decía, sorprendida de que fuera tan transparente para él.

—Fue un día duro en el trabajo. Recibí malas noticias sobre un caso de divorcio que llevo. Yo represento a la mujer y el marido ha decidido intentar conseguir lo que más le dolería a ella.

—¿Su carpeta de acciones?

—Su hijo. Quiere la custodia del niño.

—¿Crees que ganará?

—Podría. Tiene dinero y muchos contactos. Lo peor es que él nunca quiso tener el niño y creo que ahora sólo quiere castigarla por divorciarse de él. Ella fue la que pidió el divorcio. Porque él la agredía verbalmente y era muy controlador. Después de diez años, decidió que no podía más.

—Parece que se casó con el tipo equivocado.

—Sí, supongo que el amor es ciego —repuso ella con conocimiento de causa—. Pero voy a luchar por ella. Me imagino que lo peor que le puede pasar a una mujer es perder a un hijo —añadió desde su propia experiencia—. Será duro, pero creo que podemos hacerlo.

—Tiene suerte de que seas su abogada y estés a su lado —dijo él con una tierna sonrisa.

Y ella se sentía con suerte de tener a Whit a su lado, escuchándola como un amigo. Aunque le costaba ver más allá de su fabuloso cuerpo medio desnudo. De pronto, bostezó.

—¡Vaya! Realmente estás cansada.

—Sí, pero creo que es más emocional que físico. Es muy duro tratar con gente que se divorcia.

—No sé cómo puedes con ello.

—Sólo es una parte de lo que hago. También llevo adopciones. Así que a veces ayudo a construir una familia en vez de a destruirla.

Él se acercó y la besó en la frente.

—Cualquier día de éstos, empezaré a construir casas para familias, si alguna vez puedo deshacerme de mi padre…

—Espero que sea pronto.

—Sí, quizás dentro de un año seré mi propio jefe.

—Y, si tenemos suerte, también serás padre.

—Si es que podemos empezar a intentarlo un día de éstos…

—No tenemos por qué quedarnos mucho tiempo mañana —le dijo ella tocándole la barbilla—. Podemos comer algo e irnos.

—Como que tu madre te va a dejar.

—Le diré que quiero acostarme pronto.

—¿Estás segura de que no quieres empezar a practicar esta noche? Sería como una fase previa.

Una ola de calor le recorrió todo el cuerpo, pero se contuvo.

—Vamos, Whit. Seguro que puedes esperar otras veinticuatro horas.

Él le dirigió una de sus demoledoras sonrisas.

—¿Puedo al menos recibir un beso de buenas noches? —sugirió él.

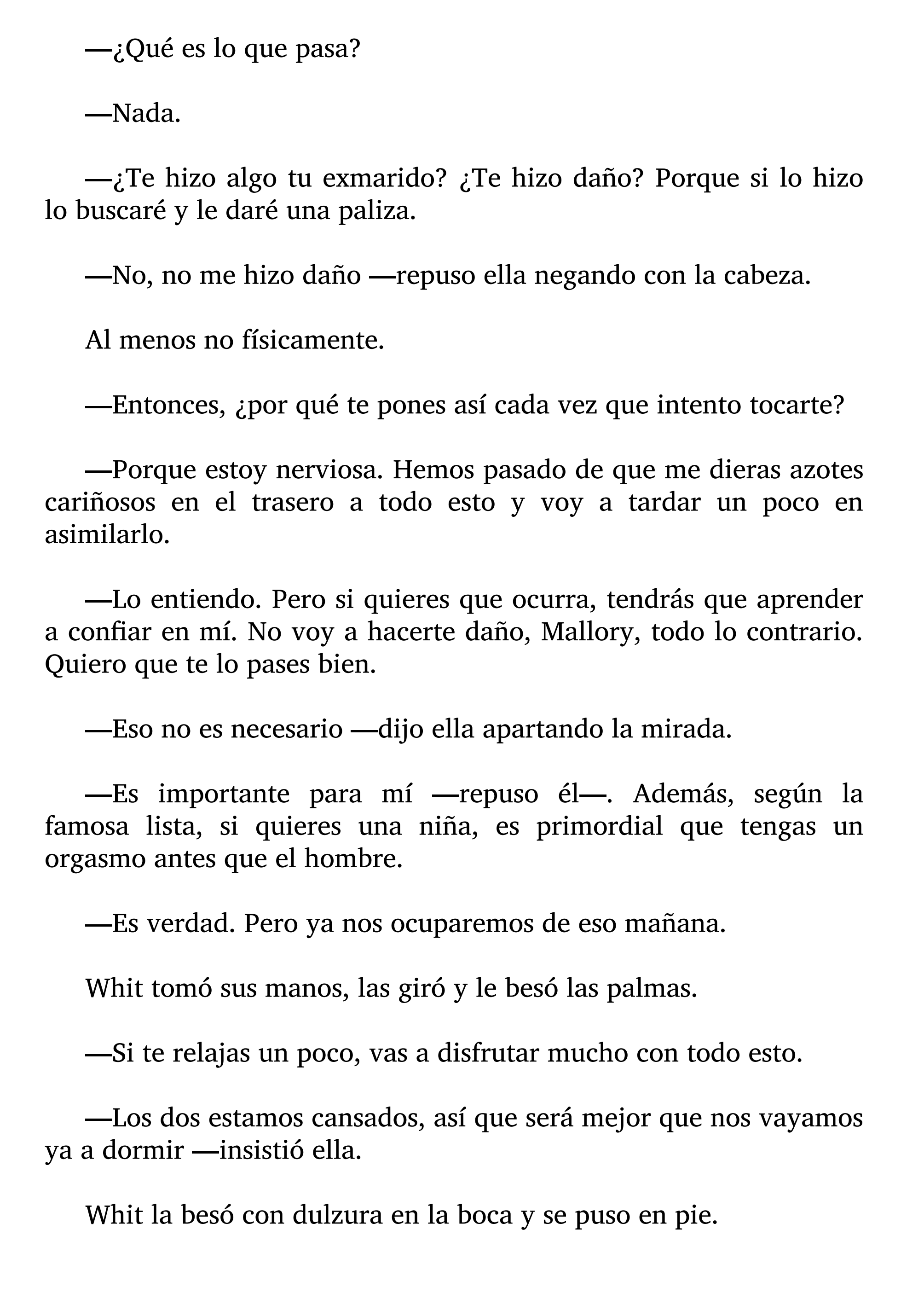
Ella lo tomó por la barbilla y le dio un pudoroso beso en la mejilla.

—Creo que podemos hacerlo mejor.

Estaba claro que él lo podía hacer mejor. Fundió su boca con la de Mallory en un beso suave pero provocativo. Ella se quedó sin fuerzas y se dejó caer sobre la almohada. Whit la siguió, mientras que con su mano comenzaba a acariciarle la cintura, para bajar después por la cadera. Mientras lo hacía, su lengua se abría camino en la boca de Mallory. Con su mano deshizo el camino andado, esta vez llevándose consigo el camisón.

Sus cuerpos estaban fundidos en uno. No le costó mucho darse cuenta de que Whit estaba excitado, y tanto o más lo estaba ella. Muy excitada, sobre todo cuando Whit comenzó a acariciarle con las nudillos por debajo del ombligo. Habría sido muy fácil dejarse llevar, dejar que sucediera en ese instante y la llevara adonde quisiera. Quizás esa vez funcionaría.

Pero cuando él deslizó los dedos bajo la goma de sus braguitas y comenzó a descender más y más abajo, volvió a sentir la misma inseguridad de siempre y tuvo que retirarle la mano, sentándose en


la cama de manera abrupta, con la cabeza entre las manos.

—Mallory…

—¿Qué?

—¿Qué es lo que pasa?

—Nada.

—¿Te hizo algo tu exmarido? ¿Te hizo daño? Porque si lo hizo lo buscaré y le daré una paliza.

—No, no me hizo daño —repuso ella negando con la cabeza.

Al menos no físicamente.

—Entonces, ¿por qué te pones así cada vez que intento tocarte?

—Porque estoy nerviosa. Hemos pasado de que me dieras azotes cariñosos en el trasero a todo esto y voy a tardar un poco en asimilarlo.

—Lo entiendo. Pero si quieres que ocurra, tendrás que aprender a confiar en mí. No voy a hacerte daño, Mallory, todo lo contrario. Quiero que te lo pases bien.

—Eso no es necesario —dijo ella apartando la mirada.

—Es importante para mí —repuso él—. Además, según la famosa lista, si quieres una niña, es primordial que tengas un orgasmo antes que el hombre.

—Es verdad. Pero ya nos ocuparemos de eso mañana.

Whit tomó sus manos, las giró y le besó las palmas.

—Si te relajas un poco, vas a disfrutar mucho con todo esto.

—Los dos estamos cansados, así que será mejor que nos vayamos ya a dormir —insistió ella.

Whit la besó con dulzura en la boca y se puso en pie.

—Que tengas felices sueños eróticos. Yo seguro que los tendré contigo —le dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Pero, antes de que saliera, Mallory decidió que debía ser sincera.

—Me dijo que era mala en la cama.

—¿Quién? —preguntó él girándose con el picaporte ya en la mano.

—Me lo dijo Jerry —respondió ella—. Cuando le pedí el divorcio, me dijo que me había sido infiel porque yo no era una buena amante.

Se sentía muy vulnerable, se agarró a la almohada buscando fuerza. Whit volvió a su lado en la cama y la tomó de nuevo de las manos.

—Mallory, cuando un hombre dice algo así, él es el que no es un buen amante. Tú eras joven y me imagino que no tenías mucha experiencia.

—Por decir algo. Mis padres no eran como el tuyo. Cuando mi madre me habló de sexo lo único que me dijo fue que nunca dejara que un chico me tocara. Crecí completamente ignorante. Ahora sé más, pero no tengo experiencia. Y ahora que sabes lo que hay, será mejor que reconsideres tus expectativas sobre lo que va a pasar mañana, aparte de concebir un bebé.

Él la miró enfadado.

—Escucha lo que te digo, O'Brien. Nunca le he hecho el amor a una mujer sin tener en cuenta sus necesidades. No voy a empezar contigo. Contigo menos que con nadie. Y si tú esperas menos de mí, entonces eres tú la que tienes que reconsiderar esto, porque no voy a darte menos.

—Lo que puedes intentar darme y lo que podrás darme son dos cosas distintas.

—No te entiendo.

Lo que Mallory tenía que decirle era el secreto más doloroso que se guardaba, a excepción del bebé perdido. Pero tenía claro que

Whit merecía saber la verdad. Respiró profundamente.

—Nunca he tenido un orgasmo.

—¿Durante el acto sexual?

—Durante, antes ni después. Nunca. No estoy segura de poder.

Él la estudió durante un tiempo sin dejar de mirarla a los ojos ni un instante.

—Estoy seguro de que sí puedes —le dijo con firmeza.

Pero claro, le hablaba Whit, que era el hombre con más seguridad del mundo en el dormitorio.

—Eso está bien, pero existe la posibilidad de que estés equivocado.

—¿Hay alguna razón médica por la que no sea posible?

—No que yo sepa. Aunque el año pasado, estuve yendo a terapia para tratar el tema.

—¿Y qué te dijeron?

—La terapeuta me sugirió hacerme con un amigo a pilas y experimentar. Ya sabes lo que dicen, el sexo más seguro se da cuando estás tú solo en la habitación.

—Pero, no lo hiciste, ¿verdad?

—No tenía tiempo, a no ser que me lo llevara al bufete, claro. Cuando volvía a casa estaba cansada. Lo último que quería hacer era concentrarme en algo que no fuera dormir.

—Ese es tu problema, Mallory.

—¿Cuál? ¿Que no quería llevarme al bufete un chisme de ésos en vez de un bocadillo?

—Que piensas que tienes que concentrarte. De hecho, piensas demasiado —dijo apoyando sus manos en los muslos de Mallory—. Dime una cosa. ¿Larry se ocupaba de acariciarte y jugar contigo

antes de hacer el amor?

—Se llamaba Jerry. Y no. Los juegos previos al sexo consistía en él bebiéndose un par de cervezas y diciéndome algo sugerente como «Mallory, desnúdate y métete en la cama».

—¿Nunca intentó estimularte?

—No.

—¿Nunca usó sus manos?

—No.

—¿Ni su boca?

—¡No!

—Eso lo prueba.

—¿El qué?

—Que no has estado con el hombre adecuado.

—¿Vuelves a contarme lo mismo de antes?

Él acarició su cara con dulzura y la miró. Había compresión en sus ojos. Ella tenía ganas de llorar, algo que hacía mucho que no le ocurría.

—Mañana por la noche quiero que me prometas algo.

—Depende de lo que sea.

—Quiero que no pienses en nada. Ni en el bebé, ni en el pasado. Sólo quiero que intentes relajarte y dejar que la naturaleza tome las riendas, no tu cerebro.

—Lo intentaré —le dijo con convencimiento.

—Muy bien —repuso—. Ahora duerme y descansa porque vas a necesitarlo.

—Eso está claro. Porque si vas a intentar lo que vas a intentar,

necesitarás toda la noche, y puede que el resto de la semana.

—No creas —dijo él acercándose a su oído—. Cuando te he tocado esta noche, estabas caliente. Si me hubieras dado un minuto más, habrías estado fuera de control. Eso es lo que pasará mañana.

Whit salió entonces de la habitación. No podía negarlo, era verdad que se había sentido excitada, incluso en ese momento la inundaba otra ola de calor recordando en su cabeza las palabras de Whit. Creía que si alguien podía lograrlo, sería él, pero decidió estudiar. Se levantó y fue hasta su maletín, sacó la revista de Rosalyn y volvió a la cama.

Whit Manning nunca se había sentido inseguro con las mujeres. Pero la noche anterior, hablando con Mallory, había temido poder fallarla esa noche, sexual y emocionalmente. Estaba claro que lo había pasado fatal en su primera relación y quería que superara eso. Pero, para que ocurriera, ella iba a tener que relajarse, abandonarse a él para que le demostrase que no tenía todo perdido en la cama, que podía experimentar mucho placer.

Pero estaba muy nervioso, ni siquiera su carrera matutina de tres kilómetros había conseguido relajarle. Así que condujo hasta un tranquilo barrio al norte de Houston. En esa zona, las calles eran anchas y bien planificadas, había muchos parques, zonas peatonales con arboledas y casas unifamiliares con amplios jardines.

Llegó al final de una de esas calles y aparcó el coche frente a una casa inacabada de dos plantas. Era su casa. Cuatro dormitorios, cuatro baños y un enorme jardín. Nadie sabía nada de esa casa, ni siquiera su padre. Menos que nadie su padre.

La estructura básica estaba casi terminada. Ese día iban a poner ladrillos. En cuanto secaran, podrían empezar los trabajos de fontanería y electricidad, entonces pasaría más tiempo allí, asegurándose de que se hiciera todo tal y como lo quería. Después tendría que contratar a un diseñador de interiores. Quería que estuviese lista en otoño, para poder enseñársela como casa piloto a las familias. Sería el comienzo de su carrera como constructor de hogares eficientes y bellos para familias. Se le daba bien la parte arquitectónica, pero no tenía ojo para amueblar una casa y combinar colores.

A Mallory, en cambio, se le daba muy bien. Había mejorado mucho su piso, convenciéndolo para que comprara un par de mesas y unos cuantos accesorios que habían hecho de su casa un sitio mucho más cómodo y confortable. Lo único que no le gustaba era la alfombra roja que había comprado para el salón. Desde su punto de vista, parecía una llama muerta. A ella le encantaba, pero él la odiaba.

Pero Mallory tenía su propia carrera y dudaba mucho que quisiera hacer de decoradora de interiores para él. Le bastaba con que le siguiera la corriente esa noche en su cama. Esperaba que no cambiara de opinión. No sólo porque quería hacerle el amor, sino porque le empezaba a hacer mucha ilusión la idea de ser padre. Y, aunque le había dicho que quería un niño, en realidad no le importaba el sexo. De momento, iba a concentrarse en que la futura mamá disfrutase con la concepción.

Se quitó las gafas de sol y pasó las manos por la cara. No podía quitarse de la mente las imágenes de Mallory y él haciendo el amor. Por eso no pudo salir aún del coche. No quería que ningún vecino lo viera merodear por la casa en su estado de excitación. No quería exponerse a que llamaran a la policía.

Dio marcha atrás y giró para ir de nuevo al despacho. Era una suerte que no tuviera reuniones ese día, porque temía que, debido a su estado, tendría que estar escondido detrás de las mesas todo el día.

Pensó en cómo iba a manejar esa noche el encuentro. Creía que lo mejor era que ella tuviera la sensación de estar en control de la situación. Y él no tenía problema en dejar que fuera así, hasta cierto punto. No quería presionarla. Sería paciente, amable y concienzudo. Antes de que terminara la noche, iba a saber lo que era estar completamente perdida a las demandas de su propio cuerpo. Y él iba a usar todo su repertorio para que eso sucediera. Necesitara lo que necesitase.

Capítulo Cinco

Mallory tuvo muchos problemas arreglándose para la cena familiar, y después para la noche con Whit. Se le corrió dos veces el rímel, se olvidó de ponerse polvos y también tuvo problemas acertando con el perfilador de labios en su sitio. Se había estudiado a conciencia cómo hacer un bebé y cómo sacar a la vampiresa que había dentro de ella. Por desgracia, sendos artículos omitían consejos sobre cómo maquillarse cuando los nervios atenazaban su estómago.

Si no podía hacer algo tan simple, no creía que fuera a poder seducir a Whit. Pero lo pensó mejor y decidió que, como hacía en el trabajo, sólo tenía que pensar en ello como en un medio para conseguir un fin, el bebé que tanto deseaba. Sabía que si estaba relajada durante el acto, tendría más posibilidades de quedarse embarazada. Y, si seguía las instrucciones del artículo sobre seducción, podría después soltarse y dejarse llevar. Según la lista de *Internet*, era mejor que ella estuviese encima, así estaría además más en control.

Pero era difícil pensar en control cuando salió de la habitación y se encontró con el futuro padre, arreglado y más apuesto que nunca para la cena. Su pelo, recién peinado, húmedo y oscuro parecía estar gritándole para que lo despeinara con sus dedos. Sólo podía pensar en quitarle la ropa y olvidarse de la reunión familiar. El suspense estaba acabando con ella.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Es ese conjunto nuevo? —le preguntó.

Ella se miró. Llevaba una blusa negra sin mangas y una minifalda vaquera que había comprado durante su hora de la comida. Según el segundo punto de la lista, había que vestirse de manera *sexy* y distinta a la habitual.

—Sí. Me apetecía ponerme algo que no fueran los típicos trajes que llevo al trabajo —dijo alzando la vista—. ¿Parece que me he vestido como una ídolo de adolescentes?

—No, estás genial. Y muy *sexy*. Demasiado. ¿Seguro que

tenemos que ir a esa fiesta?

—Sí, seguro —repuso ella.

Necesitaba más tiempo para llevar a cabo su plan y ganar confianza en sí misma. Él suspiró.

—Bueno, si de verdad tenemos que hacerlo… ¿Estás lista?

—Sí. ¿En mi coche o en el tuyo?

—Tengo mi furgoneta en el taller así que estoy conduciendo el coche de la compañíа. El Cadillac favorito de papá. Normalmente prefiero algo más compacto, pero los coches grandes tienen sus ventajas… —dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

Ella siguió con su mirada hasta esa zona de la anatomía de Whit.

—Grande está bien —dijo—. Quiero decir, que es más grande que el mío —añadió volviendo a la realidad—. Es más cómodo y tiene muchos accesorios, como el equipo de música, el navegador…

—También tiene un asiento trasero muy amplio, por si nos quedamos más tiempo de lo que pensamos —le dijo él con una sonrisa.

Mallory, al borde de un ataque de nervios, agarró su bolso deprisa y recordó el sexto consejo. Ella tenía que ser la instigadora del acto sexual, se suponía que eso le encantaría al hombre.

Respiró profundamente y se recordó que esa noche ella iba a ser la seductora, la *femme fatale*. Lo miró de nuevo, sacudiendo la cabeza y agitando con ello su melena, mientras deslizaba un dedo de arriba abajo en el torso de Whit.

—Estaremos como mucho hasta las nueve. Y si nos quedamos retenidos por algún motivo, siempre podemos usar mi dormitorio de soltera. Siempre quise meter a algún chico allí.

Él le agarró la mano y se la llevó a los labios, plantándole un beso en la palma.

—Sí, seguro que a Dermot y a Lucy les encanta tenernos copulando bajo su techo.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —repuso ella.

Sabía que les dolería que tuviera un hijo sin casarse, pero no tendrían que saberlo a no ser que se quedara embarazada. De momento, prefería que creyeran que ella y Whit eran simplemente amigos. Él fue hasta la puerta y la sostuvo abierta para ella.

—Vámonos, O'Brien —dijo dándole una palmadita en el trasero cuando ella pasó a su lado.

La observó sin perder ni un detalle mientras iban hacia el ascensor y ella estaba abrumada por su aroma masculino y su sonrisa. Tenía que calmarse o no iba a sobrevivir a la velada.

Cuando se sentaron en el coche, Whit comenzó inmediatamente con los preliminares. Levantó el reposabrazos que separaba sus asientos y no dejó de acariciarle la pierna mientras conducía, trazando círculos en el interior de su rodilla. Pensó en cruzar sus piernas, pero no encontró la voluntad para hacerlo. Si no subía su mano más arriba, iba simplemente a relajarse y disfrutar del contacto. Sólo esperaba no arder por combustión espontánea y quemar la tapicería.

Estaban va cerca de la casa, cuando él se detuvo en un semáforo. Aprovechó para darle un beso.

—¿Que llevas debajo de esa falda?

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Voy a saberlo antes de que amanezca, así que puedes decírmelo.

—Un tanga negro de encaje.

—¡No deberías habérmelo dicho! —exclamó él echando la cabeza hacia atrás.

—Bueno, tú me has preguntado.

—Es verdad.

El sonido de un claxon los devolvió a la realidad. Y él tuvo que

concentrarse de nuevo en la conducción.

—Ahora me voy a pasar toda la cena pensando en ese tanga. Tendré que encontrar un arbusto tras el que esconderme.

—Tengo una idea —dijo ella.

Pero era una idea muy arriesgada y traviesa. No creía que pudiera hacerlo.

«No, no puedo hacerlo. Sí, puedo. No soy mala amante, soy una máquina de seducción», pensó.

Tenía que hacerlo entonces o nunca. Se subió un poco la falda, deslizó su ropa interior hacia abajo y se sacó el tanga, sosteniéndolo con un dedo para que lo viera él.

—Ahora ya no tienes que imaginártelo.

Whit miró de reojo al oírla y perdió un segundo el control del coche, haciendo eses para evitar darse contra un buzón. Aparcó tras el coche de Logan, miró un segundo por el parabrisas y después a ella.

—Mallory O'Brien, voy a decirte algo que nunca he dicho a una mujer. Vuelve a ponerte esas braguitas y sal del coche ahora mismo.

—¿Estás seguro? —preguntó ella riendo y nerviosa por todo lo que sentía en ese momento.

—No, pero tienes que hacerlo de todos modos.

—De acuerdo, si tengo que hacerlo… —dijo poniéndose la ropa interior muy despacio.

De reojo, pudo ver lo excitado que estaba Whit que, antes de que saliera del coche, se inclinó sobre ella para besarla de forma seductora.

—Recuerda que la próxima vez que estés sin esas braguitas, será porque yo te las he quitado.

—¿Lo prometes? —preguntó ella con una sonrisa.

—Desde luego. En cuanto termine esta fiesta, empieza la nuestra, la fiesta de verdad.

—¡Whit, qué alegría verte!

Abrazó con cariño a la madre de Mallory y le dio un beso en la mejilla.

—Yo también me alegro de verte, Lucy. Tienes un aspecto estupendo ¿Cuándo vas a dejar a Dermot y salir conmigo?

—Sabes que mi marido no puede sobrevivir sin mí —dijo ella mirando por primera vez a su hija—. ¡Mallory! ¡Esa blusa es transparente! —añadió mirando a Whit de pronto—. ¿A que se le ve el sostén?

«Sí y hace sólo unos minutos también he visto su tanga», se dijo él sin querer pensar en ello.

—Es lo que está de moda, Lucy —repuso él quitándole importancia—. La verdad es que ni me había dado cuenta. Quiero decir, Mallory es Mallory, como una hermana para mí… —mintió Whit.

—¡Mi sujetador no se nota tanto, mamá! Además, es negro como la blusa.

«Como el tanga», reflexionó él intentando apartarlo de sus pensamientos.

—Pero, ¿no eres mayor para llevar algo así? Ya tienes treinta años, no eres una quinceañera.

—Gracias por recordármelo, mamá.

—¡Vaya! ¡Ha llegado la hija pródiga! —dijo una voz estruendosa detrás de Whit.

Se giró y vio a Dermot O'Brien acercándose a ellos. Abrazó a su hija y saludó a Whit.

—¿Qué tal la jubilación, Dermot?

—No está nada mal, pero pregúntale a mi mujer.

—Yo no estoy tan conforme —murmuró ella con una sonrisa.

—Vamos cariño, confiesa que te gusta tenerme cerca en esas tardes lluviosas…

—¡Papá, por favor! —exclamó Mallory—. No queremos detalles de vuestra vida privada.

La verdad es que no quería pensar en nada relacionado con el sexo en ese momento.

—No te pongas así hija, sólo porque soy viejo no quiere decir que he renunciado a todo lo que merece la pena en la vida… —dijo frunciendo el ceño al verla—. Ese conjunto es nuevo, ¿no?

—Sí, papá.

—¿Y dónde está lo que falta?

—Creo que voy a tomarme una copa de vino, hasta luego.

—Que sean dos —le dijo Whit—. Ya estoy deseando comerme una hamburguesa, una de ternera.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—Dime, Whit. ¿Es que Mallory intenta hacerte vegetariano? —le preguntó Lucy.

—No, pero ya sabes cómo es. Ahora está obsesionada con el pescado y las verduras.

—No le hagas caso. Eres un chico grande y necesitas proteínas.

—Se lo diré.

—Ahora, ven conmigo. Los chicos estarán encantados de verte.

Entraron en el salón y fue como volver a años atrás. Nada había cambiado en la decoración.

Miró a su alrededor. Kevin hablaba en un rincón con Helena. Su prometida, Corinna, estaba en el sofá hablando con Aidan, el segundo hermano. Ella era guapa e inteligente y merecía algo mejor que Kevin. Otra prueba de que el amor, como decía Mallory, era ciego y a veces sordo.

Faltaban dos hermanos. Por un lado Kieran, el hermano gemelo de Kevin y por otro Devin, el hermano mayor.

—Kieran no ha podido venir, está trabajando —le explicó Lucy —. Y Devin está en casa con Stacey y el bebé, que está un poco malo.

—Creo que voy a ir a ver a Logan, que está luchando con la barbacoa en el jardín —dijo Whit al ver a su amigo a través de las puertas de cristal.

Lucy le plantó un beso en la mejilla antes de que saliera del salón.

—Whit, estamos tan agradecidos de que cuides de nuestra hija…

Si los hermanos supieran lo que tenía planeado hacerle a Mallory esa noche, no creía que fueran a agradecerle nada. En todo caso, le darían una paliza.

Salió al jardín en dirección a Logan. Estaba atardeciendo y el olor de la barbacoa le trajo memorias de su niñez y muchas tardes de verano pasadas allí.

Vio a Logan, Dermot y otro hombre al que no reconoció alrededor de la parrilla.

—En serio, fue el furúnculo más grande y con más pus que había visto en mi vida. Me costó dos horas limpiarlo y… —contaba el desconocido.

A Whit le desapareció el apetito y se le quitaron las ganas de acercarse, pero Logan lo vio.

—Whit, te presento al médico de la familia, Stanley Grote. Doc, te presento a Whit Manning, gran amigo de la casa.

—Encantado de conocerlo —dijo el hombre—. ¿Ha visto alguna

vez un quiste del tamaño de una pelota de golf en el culo de un hombre?

—La verdad es que no —repuso él divertido.

—¿Por qué no entramos en la casa y se lo cuentas también a Lucy? —sugirió Dermot.

Whit dudaba de que a Lucy fuera a gustarle la historia, pero se alegró de poder quedarse con Logan a solas.

—Bueno, ¿qué tal el negocio de los transportes internacionales?

—Emocionante. Acabo de obtener tres empresas más en Europa y diez ciudades más en América.

—¡Qué bien, Logan! ¿Es por eso por lo que nos reunimos hoy, para celebrar tu éxito?

Logan sonrió. Su sonrisa le recordaba a Mallory, aunque ahí se acababa el parecido. Seguro que a las mujeres les parecía el más guapo de los hermanos, aunque ninguno era feo.

—¿Es que necesito una razón para reunir a la familia?

—Es miércoles, así que me imagino que pasa algo.

—Sí que pasa, pero no se trata de mi empresa —dijo tomando una cerveza y ofreciéndole otra.

—No, gracias. Hoy tengo que conducir.

Uno de los dos tenía que mantenerse sobrio. Mallory podía estar en la casa emborrachándose, nunca bebía vino y nunca más de una copa. Esperaba que no se bebiera toda la botella. Quería que estuviera sobria después, quería que pudiera recordar cada detalle de la noche.

—El pasado fin de semana, le pedí a Helena que se casara conmigo, y ha dicho que sí —dijo Logan.

Era justo lo que Mallory se había temido. Se dominó para no contarle que Kevin y su prometida estaban coqueteando en el salón.

—¡Felicidades! ¿Cuándo es la boda?

Logan se quedó parado y entonces se dio cuenta de que había quemado la última hamburguesa.

—¿Qué pasa, Logan? ¿He dicho la palabra «boda» y te has puesto nervioso? ¿Seguro que quieres hacerlo?

—Claro que sí.

—¿Seguro?

—Helena está embarazada.

Eso explicaba muchas cosas.

—Bueno, entonces felicidades por duplicado.

—Pero no digas nada. Nadie lo sabe, incluida Mallory —le dijo Logan.

—Seré una tumba —repuso él.

Prefería que fuera Logan el que se lo dijera. Teniendo en cuenta la opinión que tenía de Helena y que ella misma estaba intentando quedarse embarazada, se imaginaba que no iba a estar muy contenta con las noticias. Tampoco Logan reaccionaría bien si sabía que estaba intentando dejar embarazada a su hermana.

—Parece que esto ya está listo —anunció Logan colocando las hamburguesas de mala manera.

—Deja que sostenga yo la fuente, no quiero que se caigan al suelo.

—¿Te está tratando bien mi hermana? —le preguntó Logan quitándose el delantal.

Entonces fue Whit el que casi tiró la bandeja con las hamburguesas.

—Claro, ya conoces a Mallory. Es una chica fácil.

—¿Sí? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Ya sabes a qué me refiero. Es fácil convivir con ella.

—¿Hablas de mi hermana, que tiene que estar en control de todo, que no es nada espontánea?

—Sí, no es muy espontánea —dijo él recordando cómo se había quitado las braguitas en su coche—. Pero nos complementamos bien. Yo soy un guarro y ella muy limpia. Ya sabes.

—Entonces, ¿no va a buscar otro piso pronto?

—Parece que de momento, no. Es difícil encontrar *lofts* por el centro.

Además, hacer un bebé podía llevar su tiempo. Logan lo miraba con suspicacia.

—¿Me lo estás contando todo?

«Tu hermana me está matando, la deseo con todas mis fuerzas», pensó él.

—¿A qué te refieres?

—Mira, si Mallory te pone los nervios de punta, dímelo. Hablaré con ella e incluso la ayudaré a encontrar otro sitio —le dijo Logan.

—No me pone los nervios de punta —repuso él.

—No me extrañaría que estuviera volviéndote loco. Siempre está tan tensa… Necesita un hombre con el que acostarse de vez en cuando. Estoy seguro de que no lo ha hecho en mucho tiempo.

—En unos tres años —soltó Whit sin pensar.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Y te lo ha contado ella?

—Sí —confesó él—. Dice que no tiene tiempo para salir con gente.

—Lo que pasa es que tiene miedo. Y no me extraña. Se casó con un sinvergüenza. Pero no tiene que ser nada serio, sólo tiene que soltarse la melena y divertirse un poco con algún chico. Quizás tú

podrías ayudarla.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieres que me acueste con tu hermana?

—¡No, hombre! Pero pensaba que a lo mejor puedes presentarle a algún amigo tuyo.

Whit no quería ni pensar en Mallory con otro hombre, sobre todo en la cama.

—Sí, claro. Les presento a mi compañera de piso para que le den un revolcón que la ayude a relajarse. Creo que Mallory se merece más que eso.

—Supongo que tienes razón, ya le han hecho bastante daño. No necesita que le hagan más.

—Bueno, será mejor que entremos con las hamburguesas antes de que se enfríen.

—Sí, supongo que mi madre ya estará harta de las historias del doctor Grote.

Entraron en la casa y Whit agradeció que no siguieran hablando de Mallory, aunque no dejaba de pensar que quizás la acabara hiriendo si seguían adelante con su plan. Y decidió entonces que no podía pasar, le importaba demasiado. Ninguno de los dos esperaba nada más de esa noche que engendrar un hijo. Esa noche, haría además que se sintiera especial, tal y como se merecía.

Mallory se sentía fatal. Tuvo que tolerar críticas sobre su atuendo durante toda la cena. Sólo Helena, su futura cuñada, había halagado su conjunto. En general, la noche iba bien, pero tenía muchas ganas de volver a casa con Whit, aunque ese pensamiento hacía que temblara como una hoja. Lo único que deseaba era buscarlo y llevárselo a su habitación de soltera. Ese pensamiento la condujo hasta allí. No pudo evitar sonreír al entrar, el dormitorio estaba tal y como ella lo tenía de pequeña. Sus muñecos, sus libros y, sobre el edredón floreado de la cama, un hombre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó cerrando la puerta tras ella y apoyándose en ella.

Whit no se movió de donde estaba, estirado cómodamente en una cama que parecía muy pequeña con él encima. Se acaloró sólo con verlo allí.

—Pensé que podría encontrarte aquí. Apenas te he visto en toda la noche.

—Lo mismo te digo. Pensé que te habrías ido sin mí.

—Ni lo sueñes —dijo poniéndose en pie y yendo hacia ella—. ¿Me has echado de menos?

—Quizás un poco —repuso ella.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Te has bebido ya una botella entera?

El consejo número ocho recordaba que el alcohol ayudaba a desinhibirse, pero también podía limitar las sensaciones, había que controlar.

—Sólo he tomado una copa. He pasado el rato hablando con la gente. ¿Y tú?

—He tenido una conversación bastante interesante con tu hermano.

—¿Con cuál? —preguntó ella.

Le costaba respirar teniéndolo tan cerca.

—Con Logan. Le preocupa que no nos llevemos bien.

—¿En serio?

—Sí. También piensa que deberías tener una vida sexual más activa y quiere que yo te ayude.

—¿Te ha dicho que te acuestes conmigo?

—Eso es lo que creí que me decía, pero se refería a que te

arreglara una cita con algún amigo mío. Le dije que no lo haría, que no iba a ayudarte a quedar con un tipo para que tuvieras con él algo de sexo casual —dijo con seriedad—. Le dije que no quería que te hicieran daño.

—Eres muy considerado, Whit.

Él le acarició la mejilla.

—No quiero hacerte daño, Mallory.

—No lo vas a hacer. Lo supe desde el principio, cuando acordamos tener este bebé. Y me lo confirmaste anoche.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Muy segura. ¿Y tú? —preguntó ella conteniendo la respiración cuando él tardó en responderle.

—¿Todavía llevas puestas esas braguitas que me enseñaste? —le dijo con una sonrisa seductora.

—La verdad es que pensé en regalárselas al doctor para que se distrajera y dejara de hablar…

—Pero no lo hiciste, ¿verdad? —repuso él riendo con ganas.

—No, pero puedes verificarlo si no me crees.

La atrajo entre sus brazos con fuerza.

—Lo haré, lo haré. Estoy listo cuando tú lo estés.

Mallory sabía que estaba lista. Lo notaba en sus pechos, en su estómago y más abajo.

—Me encantaría irme ahora mismo, pero nos han reunido en el jardín trasero.

—Entonces supongo que tendremos que conformarnos con esto por ahora —dijo él besándola.

Comenzó con ternura y fue ganando pasión mientras profundizaba en el beso. La lengua de Whit, suave como la seda,

jugaba con la de ella. No dejó ni un momento de tocarla, acariciando su espalda arriba y abajo hasta su trasero. Mallory podía sentir la excitación de Whit, parecía estar tan caliente como ella. No podía dejar de pensar en lo que sería tener sus manos por todo su cuerpo y cómo sería tenerlo finalmente dentro de ella.

Whit se separó de ella, besándole el cuello y acercando los labios al oído de Mallory.

—Lo has conseguido, estoy tan excitado que voy a tener que buscar el arbusto del que hablamos.

Ella, aún estremecida por lo que acababa de pasar, se acercó a la puerta sonriente.

—Ve a lavarte la cara. Te veo en unos minutos. Será mejor que no nos acerquemos el uno al otro.

—Supongo que puedo sufrirlo un poco más.

—Helena y yo vamos a casarnos.

Tal y como se habían imaginado, Logan anunció su compromiso. La familia aplaudió, pero Whit sintió que había tensión en el ambiente. Esperó a que todos felicitaran a la pareja antes de hacerlo él. Mallory se le acercó entonces.

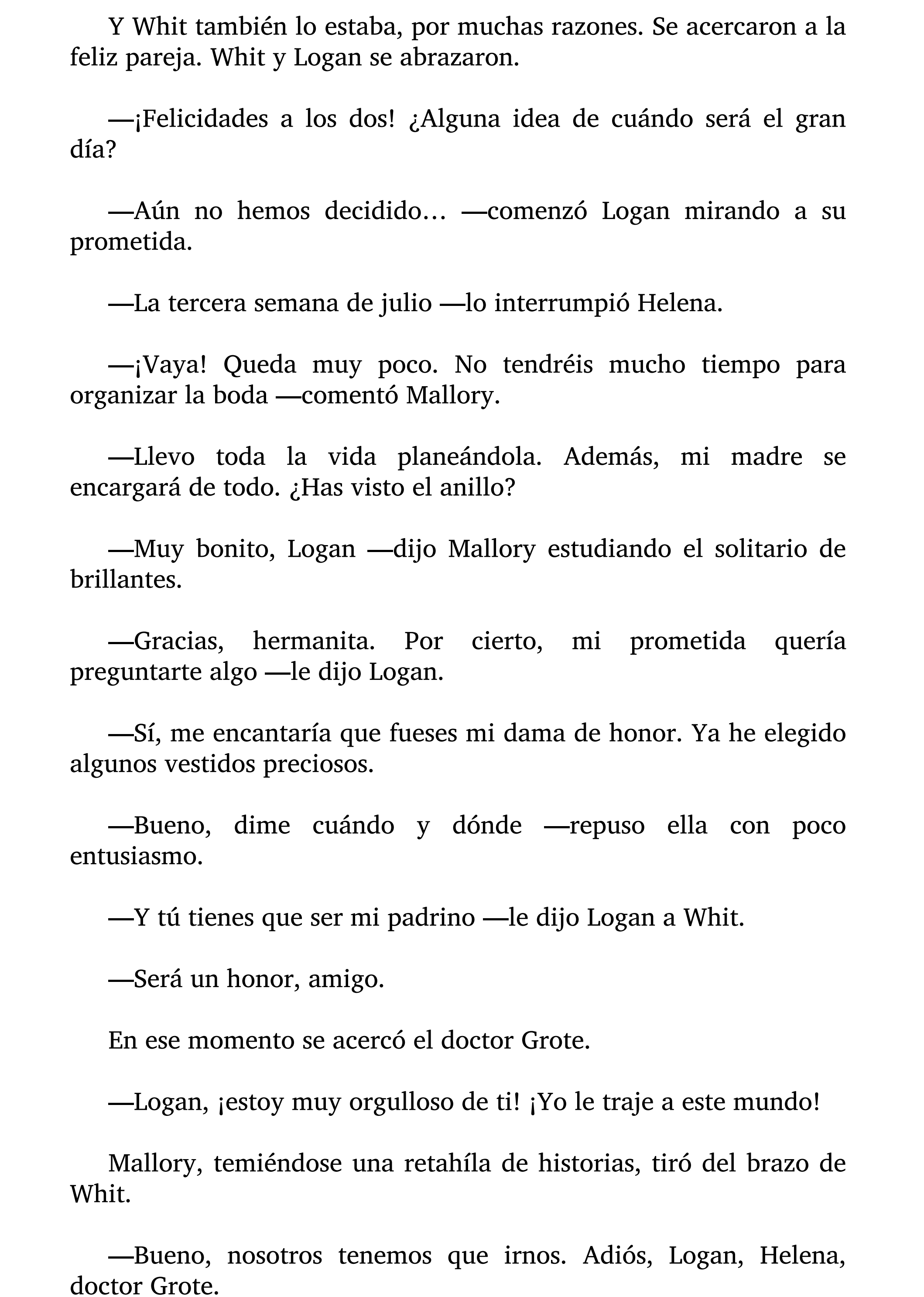
—Tenía razón, después de todo. Espero que sean felices, pero tengo mis dudas —le susurró.

—Logan sabe lo que hace, Mallory —dijo Whit.

—No estoy tan segura. Me ha parecido que ella se llevaba mejor con Kevin que con él esta noche.

—Yo también lo he visto —admitió él—. Pero ya sabes cómo es Kevin.

—Sí, un depredador. La pobre Corinna debería decirle que cambiara o romper con él —le dijo—. Bueno, será mejor que acabemos con esto cuanto antes. Estoy lista para irme.



Y Whit también lo estaba, por muchas razones. Se acercaron a la feliz pareja. Whit y Logan se abrazaron.

—¡Felicidades a los dos! ¿Alguna idea de cuándo será el gran día?

—Aún no hemos decidido… —comenzó Logan mirando a su prometida.

—La tercera semana de julio —lo interrumpió Helena.

—¡Vaya! Queda muy poco. No tendréis mucho tiempo para organizar la boda —comentó Mallory.

—Llevo toda la vida planeándola. Además, mi madre se encargará de todo. ¿Has visto el anillo?

—Muy bonito, Logan —dijo Mallory estudiando el solitario de brillantes.

—Gracias, hermanita. Por cierto, mi prometida quería preguntarte algo —le dijo Logan.

—Sí, me encantaría que fueses mi dama de honor. Ya he elegido algunos vestidos preciosos.

—Bueno, dime cuándo y dónde —repuso ella con poco entusiasmo.

—Y tú tienes que ser mi padrino —le dijo Logan a Whit.

—Será un honor, amigo.

En ese momento se acercó el doctor Grote.

—Logan, ¡estoy muy orgulloso de ti! ¡Yo le traje a este mundo!

Mallory, temiéndose una retahíla de historias, tiró del brazo de Whit.

—Bueno, nosotros tenemos que irnos. Adiós, Logan, Helena, doctor Grote.

—Espera, jovencita. Quería hablar un momento contigo antes de

que te fueras —le dijo el médico.

—Es que tenemos que irnos, de verdad. Mañana tenemos que madrugar para ir al trabajo…

Mallory comenzó a andar como si la persiguiera el diablo. Whit también tenía prisa, pero sólo porque tenía en mente lo que iba a pasar esa noche. Justo cuando pensaban que habían escapado, oyeron un último comentario del confuso doctor.

—Logan, ¿es ése el joven que está intentando dejar embarazada a tu hermana?

Capítulo Seis

—No puedo creerlo —dijo Mallory quitándose las manos de la cara.

Whit seguía sin encender el motor del coche, sólo miraba por el parabrisas.

—¿Crees que lo habrá oído alguien más además de Logan y Helena? —le preguntó él.

—Creo que no, el resto de la familia estaba de vuelta en la casa.

—Tu hermano va a llamarme por la mañana e interrogarme.

—Lo sé. Dile simplemente que el médico debe de estar senil. Ojalá no hubiera ido a verlo.

—No será él quien te trate si te quedas embarazada, ¿verdad?

—No, no quiero que sea él el que traiga al mundo a mi hijo.

—Nuestro hijo —la corrigió él—. Lo que me recuerda que aún tenemos un asunto pendiente…

Whit se puso el cinturón y metió la llave en el contacto.

—¿No se te olvida algo? —le preguntó seductora—. Dijiste que la próxima vez que me quitara la ropa interior lo harías tú.

—¿Quieres que lo haga ahora?

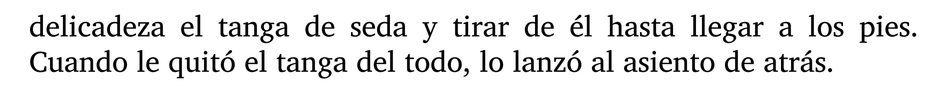
—¿Por qué no?

—¿Y si viene alguien?

Mallory descubrió que le encantaba desconcertarlo.

—Entonces será mejor que te des prisa —le dijo ella sugerente.

No pudo evitar temblar cuando él deslizó sus manos por sus muslos, levantándole levemente la falda, para después agarrar con


delicadeza el tanga de seda y tirar de él hasta llegar a los pies. Cuando le quitó el tanga del todo, lo lanzó al asiento de atrás.

—¿Alguna cosa más?

—De momento, no —repuso ella pensando en que necesitaba una bombona de oxígeno—. ¿Y tú?

—Sí, quítate también el sujetador.

—Será difícil sin quitarme la blusa.

—He visto a mujeres hacerlo sin desprenderse de sus camisetas —repuso él.

—¿Sabes qué, Manning? Nos podrían pescar haciendo esto.

—Entonces será mejor que te des prisa —dijo él repitiendo sus palabras.

—Vale… Después de todo, mi madre estuvo toda la noche quejándose porque se transparentaba.

Deslizó sus manos por la parte trasera de la blusa, se bajó los tirantes por los brazos y se lo quitó con un único y rápido movimiento, entregándoselo a Whit. Él lo tiró también al asiento de atrás.

—Necesito más espacio —dijo él echando su asiento hacia atrás.

—Haz lo que tengas que hacer para sentirte cómodo.

—En mis circunstancias, no puedo estar cómodo —le dijo él—. ¿Podemos irnos ya? —preguntó él.

—Sólo una cosa más —le dijo ella—. Quiero que me prometas que esta noche harás lo que te pida, sin preguntarme. Seguir, parar o lo que sea.

—No haré nada que no quieras que haga, Mallory.

—Lo sé —le dijo ella con plena confianza—. Ahora podemos irnos —añadió tras ponerse el cinturón.

Whit encendió el motor y aceleró para salir de allí a toda velocidad. Por fortuna, el ruido de las ruedas no alertó a su familia, que estaba dentro de la casa, ajena a su *striptease*.

Apenas hablaron. Sólo había tensión en el coche y algunas miradas. Whit no dejó de acariciarle la cara interna de los muslos. Ella colocó su brazo sobre el asiento de Whit V jugó con su pelo y su nuca. Sentía que estaba derritiéndose. Él parecía conducir más lento de lo habitual, parándose en todos los semáforos en rojo para besarla y subir la mano más arriba por su muslo. De hecho, parecía estar calculando los semáforos para tener que detenerse en todos. En el tercer semáforo, comenzó a acariciarle el pecho por encima de la sedosa tela de su blusa, consiguiendo que su pezón se endureciese bajo su contacto. Se moría de ganas de comprobar si Whit conseguiría abrirle un nuevo mundo de sensaciones, por ahora no estaba decepcionada y no podía esperar ni un minuto más para descubrir qué le deparaban los secretos de su cama. En el siguiente semáforo, Mallory le señaló una calle perpendicular que daba a un parque.

—Gira aquí —le dijo.

—Espero que no quieras que salgamos a jugar un rato al fútbol —repuso él confuso.

—Haz lo que te digo y encontrarás un sitio en la parte de atrás del parque donde podemos aparcar.

—No nos quedan más que veinte minutos antes de estar en casa y en la cama…

El consejo número diez decía que la cama podía ser aburrida e incitaba a elegir nuevas localizaciones. Su exmarido le había metido en la cabeza que era mala en la cama, pero pensó que no podía serlo si no estaba en una cama.

—Me prometiste no hacer preguntas, Whit. No pensé que fueras a negarte a hacer una parada de camino a casa para poder acariciarnos un poco más…

Sin abrir la boca, Whit giró el coche y no se detuvo hasta que encontró un apartado rincón. Aparcó y abrió el techo del coche, revelando así un cielo cubierto de estrellas.

—Muy bien, Mallory, tú estás en control de todo. ¿Qué quieres que haga?

—Quítate la camisa —le dijo con un tembloroso susurro.

Hizo lo que le decía y la tiró con la otra ropa en la parte trasera del coche.

Se moría de ganas de tocarlo. La luz de una farola y de la luna iluminaba su duro torso y todos los músculos de su abdomen. No faltaba mucho ya.

—Echa el respaldo del asiento hacia atrás —le ordenó ella.

Él lo hizo. Se tumbó y le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Es bastante cómodo, ¿quieres que haga algo más?

Podía decírselo o simplemente hacerlo. Reunió fuerzas y, subiéndose la estrecha falda, se sentó a horcajadas sobre él, tal y como había hecho el día que le dijo que aceptaba su plan para dejarla embarazada. Pero esa noche, todo era distinto. Si él estaba asombrado con su conducta, desde luego no lo mostraba, parecía más bien complacido y muy excitado, a juzgar por lo que Mallory sentía bajo su desnudo trasero. Sólo esperaba a que ella diera el siguiente paso y lo hizo intentando quitarse la blusa con temblorosos dedos hasta que él acudió en su ayuda. No se la quitó del todo, Mallory sólo dejó que cayera por sus brazos para revelar sus pechos desnudos. Pero él siguió sin hacer nada, sólo la contemplaba y ella decidió que tenía que hacer algo para conseguir ponerlo en movimiento. Comenzó a acariciar con sus dedos un pezón de Whit y vio cómo perdía la compostura y apretaba la mandíbula.

—Quiero tocarte, Mallory —le dijo casi con desesperación.

—Y yo quiero que lo hagas.

—Con la boca.

—Como quieras.

Él la atrajo hacia así y cubrió un pecho con su boca, creando una corriente de húmedo calor que se concentró en un lugar que

Mallory había ignorado durante demasiado tiempo. Con cada caricia de su lengua y cada mordisqueo de sus labios la sedujo hasta hacer que fuera perdiendo el control. Se dejó llevar por sensaciones sublimes.

Mallory se retorció en su regazo, pensó que iba a perder el conocimiento. Él la agarró por las caderas y le habló al oído.

—Para o esto va a terminar antes de que empecemos.

—Whit, necesito…

Apenas podía pensar con claridad, pero se dio cuenta de que no necesitaba decirle lo que quería. Whit dejó claro que lo sabía cuando terminó de levantarle la falda hasta que quedó siendo poco más que un cinturón. Esta vez no le dijo lo que iba hacer, simplemente lo hizo. Deslizó sus fuertes manos por sus muslos hasta que se encontraron en el centro, entre sus piernas. Usó sus pulgares como si fueran plumas, separando la piel, acariciando y avivando su fuego. Sólo sentía la humedad y un cúmulo de sensaciones.

Mallory apenas podía creerlo. Muda y maravillada, experimentaba un placer que iba creciendo dentro de ella cuando él introdujo un dedo en su interior. Sintió la urgente necesidad de resistirse, pero él se acercó a su oído y le susurró.

—No pienses, Mallory, sólo siente.

Él se había hecho dueño de sus pensamientos con sus caricias y su mirada, que mantenía fija en sus ojos. Ella no pudo controlarse. El corazón le latía cada vez con más fuerza y su cuerpo temblaba sin control. Llevaba tanto tiempo esperando que algo así le sucediera, que no quería, que acabara nunca. Quería saborear cada momento, cada segundo. Pero no iba a poder durar para siempre, sobre todo cuando él aceleró el ritmo y la empujó a un estado de absoluto caos.

La repentina arremetida de espasmos la golpeó con olas fuertes y firmes, robándole el aliento y haciendo que gimiera. Sólo oía su aliento y el latido de su corazón en los oídos. Todo pareció desaparecer a su alrededor, excepto por Whit y sus palabras de aliento. Poco a poco, volvió a ver su sonrisa frente a ella y sus ojos oscuros, bellos y enigmáticos, que parecían poder leer su alma. Por fin supo cómo era sentir placer a manos de un hombre.

Completamente agotada, se desplomó contra su pecho, intentando recuperar el aliento y sintiendo que no hubiese durado más, pero feliz de que por fin le hubiera ocurrido. Lo mejor era saber que iba a haber muchos momentos como aquél esa noche y las siguientes.

—Ya te dije que no te pasaba nada malo, ¿te acuerdas? —le dijo él acariciando su espalda.

No pudo evitar intentar bromear con él un poco.

—¿Cómo sabes que no lo estaba fingiendo? —preguntó ella mirándolo a la cara con una sonrisa.

—Porque te he sentido, cariño. Eso fue un orgasmo de campeonato.

—Supongo que es lo que pasa cuando se espera tanto a tenerlo —repuso ella estremeciéndose.

—Pero no será el último de esta noche. En cuanto lleguemos a la cama lo haremos todo de nuevo.

Mallory no estaba lista para irse aún a casa y no quería una cama. Lo deseaba entonces.

Movida por la adrenalina, echó mano del cinturón de Whit y comenzó a desabrocharlo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él agarrándole la muñeca.

Pero ella siguió a lo suyo y también le abrió los botones de la bragueta.

—Vamos a hacer un bebé.

—¿Aquí? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Sí, aquí. Las camas están sobrevaloradas.

—Pero…

—Lo prometiste, Whit —lo interrumpió ella—. Harías todo lo

que te pidiera. Y te estoy pidiendo, no, exigiendo que te quites los pantalones o lo haré yo.

—Es idea tuya, quítamelos tú —repuso él con una sonrisa pícara.

Él levantó las caderas, Mallory tiró de sus vaqueros un poco y consiguió bajárselos hasta las rodillas. Ahora los *boxers* de seda azul que ella misma le había comprado eran lo único que se interponía entre ellos. No podía dejar de mirar lo abultados que estaban, pensando que en unos segundos iba a ver una parte de Whit por primera vez.

—¿Estás lista? —preguntó él colocando sus dedos bajo la goma de los *boxers* al ver que ella no se movía.

—Yo… Sí.

Él mismo hizo los honores y se los bajó. Y el honor fue el de Mallory al contemplar lo que había dejado a la vista. Estaba completamente excitado y era impresionante. No tenía mucho con lo que compararlo, lo suficiente como para saber que estaba muy bien dotado.

—¿Estás lista para recibir un poco más de placer?

—El placer es todo mío —repuso ella con una sonrisa.

—Aún no, pero lo será.

Agarró a Mallory por las caderas y la ayudó a sentarse sobre él, guiándola. Ella sintió la presión de su erección y contuvo el aliento. Él dudó un segundo y la miró con intensidad.

—Por nuestro bebé —le dijo mientras la bajaba con cuidado y levantaba sus propias caderas al mismo tiempo.

Encontró alguna resistencia cuando los músculos de Mallory protestaron por la invasión.

—¿Te estoy haciendo daño? —le preguntó él con voz ronca.

Como respuesta, Mallory empujó para tenerlo más dentro aún. Él soltó aire entre los dientes y cerró los ojos con cara de sufrimiento.

—¿Te estoy haciendo daño yo? —le preguntó entonces ella con una sonrisa.

—Todo lo contrario —repuso él abriendo los ojos y sonriendo—. Pero nunca lo he hecho sin preservativo y es una sensación increíble.

—Bueno, yo nunca lo he hecho. Al menos no en un coche y nunca en esta postura. Creo que me gusta estar arriba.

—Creo que me gusta que lo estés.

—Espero que te guste todo —dijo ella besándolo y mordisqueando sus labios.

—¿Te gusta a ti?

—Sí, sí. Desde luego —contestó ella dándole un profundo beso para demostrárselo.

Después, dejó que fuera el instinto el que tomara el control, comenzando un baile erótico, al principio lento y sensual, después más fuerte, salvaje y rápido. Le maravillaba contemplar a un hombre apuesto como Whit mientras hacía el amor. Se fijó en su frente, brillante por el sudor, su gesto agónico, la tensión en su mandíbula y el fuego en sus ojos. Y, cuando él la agarró con más fuerza y maldijo entre dientes, Mallory disfrutó con su recién descubierto poder, al saber lo que le estaba haciendo sentir a Whit, igual que él había hecho con ella. También supo que no podría haber hecho aquello con otro que no fuera él. Sintió su clímax y su posterior rendición.

—Mallory… —susurró él entre dientes a modo de oración u homenaje.

La agarró por el pelo y la abrazó con fuerza. Su respiración era fuerte y entrecortada, pero sus caricias, mientras tocaba su pelo, eran suaves y tiernas.

Se quedaron largo rato así, en silencio, satisfechos y conectados de una forma en la que nunca habían estado, y no sólo era físicamente. Mallory estaba satisfecha y lista para repetir el proceso tan pronto como fuera posible. Jerry nunca la abrazaba después de

hacer el amor, pero eso era el pasado y esa noche quería enterrarlo para siempre entre los fuertes brazos de Whit.

—Tenías razón, O'Brien. Las camas están sobrevaloradas —dijo él interrumpiendo el silencio.

—Ya te lo dije.

—Esto es genial. Excepto por los calambres en las piernas. Deberíamos habernos estirado un poco antes de hacerlo.

Ella levantó la cabeza y lo miró con cara de compresión.

—Me quitaré de encima.

Pero él la abrazó con fuerza para que no lo hiciera.

—Esperemos un poco más para asegurarnos de que la cosa funciona.

—Bueno, ¿qué probabilidades hay de que concibamos a la primera? —preguntó ella.

—Con lo que me has hecho esperar, tenía bastante esperma para fertilizar todo el condado.

—La verdad es que espero que…

—¡Calla un momento! —la interrumpió él—. ¿Has oído eso?

Ella no pudo oír nada, sólo tráfico a lo lejos.

—¿El qué?

—Voces.

—Creo que te lo estás imaginando —dijo ella mirándolo a los ojos.

Él inclinó la cabeza y sonrió.

—Vienen de la primera carrera anual de esperma. Betsy va a la cabeza, con Bruno pisándole los talones. Betsy cree tener suficiente energía para cubrir el último kilómetro, pero Bruno es más rápido y

amenaza con ponerse en cabeza. Se acercan al óvulo, señoras y señores…

Ella le dio un cariñoso manotazo en el brazo.

—¿Bruno y Betsy?

—¿Qué pasa con Bruno Manning? Tiene nombre de delantero de fútbol.

—Yo estaba encima, así que será Betsy O'Brien-Manning, ¡listillo! No puedo creer que conviertas la concepción en un evento deportivo.

—Renunciaría ver las carreras de caballos y los partidos de fútbol por más de esto contigo —le dijo él tomando su cara entre las manos.

Ella sintió cómo se le encogía el corazón y alguien le alarmaba en su cabeza.

—Será mejor que nos vayamos a casa, antes de que pierdas total movilidad en las piernas.

Mallory se retiró y, de repente, le inundó una sensación de tristeza. Lo achacó a los desajustes hormonales de los días de la ovulación. Era buena señal. Podía haberse hecho una prueba para saber si de verdad estaba ovulando, tomarse la temperatura, anotarlo todo en una tabla… Pero prefería no obsesionarse porque, si descubría que no se quedaba embarazada, no estaba segura de poder asimilar las noticias. Al menos no de momento.

Se bajó la falda y se puso de nuevo el sujetador, para que el portero de su edificio no sospechase nada. Miró a Whit. Se había subido los *boxers*, pero nada más.

—¿A qué esperas?

—A que me vuelva la circulación a ciertas partes, que están completamente dormidas —dijo él—. ¿Has oído eso?

—¿Qué pasa? ¿Bruno ha llegado al óvulo? —preguntó ella siguiéndole la corriente.

—¡Mierda! —exclamó él mirando hacia atrás.

Mallory hizo lo mismo y vio que alguien se acercaba al coche. Whit se subió corriendo los pantalones y agarró la camisa, pero no tuvo tiempo de ponérsela antes de que un rayo de luz brillase dentro del coche.

—¿En qué puedo ayudarlo, agente? —preguntó Whit.

—Salgan del coche y mantengan las manos donde pueda verlas —les dijo el policía.

—Whit Manning, no puedo creer que te hiciera tanta gracia.

Pero sí, le parecía gracioso e irónico. Después de años de adolescente aparcando en oscuros rincones con chicas, no le habían pillado nunca hasta los treinta y tres. Lo que no le gustaba era la repentina actitud distante de Mallory. Estaba apoyada en la pared opuesta a él en el ascensor. De vuelta a casa, tampoco le había hablado en el coche.

—No ha pasado nada, Mallory. Sólo eran agentes de seguridad del parque, no policías. Lo malo hubiera sido que llegaran diez minutos antes. Eso habría sido más difícil de explicar.

—¿Explicar? Yo tuve que explicarle que no era una prostituta.

—¿Y qué le contestaste?

—Le enseñé mi carnet y mi tarjeta del bufete. Fue muy amable cuando vio que era abogada.

—¿Ves? Tu reputación está intacta —dijo él riendo—. Al menos tú no tuviste que oír sus comentarios diciendo que era demasiado viejo para estar haciendo el tonto en el coche. Le dije que no fue idea mía.

—¿No hablarás en serio?

—No, es broma. Pero, si no recuerdo mal, no fue idea mía.

—Es verdad, pero no sabía que nos iban a regañar como a dos

adolescentes excitados.

—Nos portamos como dos adolescentes excitados —dijo él acercándose a Mallory y rodeando su cuello con la mano—. Y disfrutamos mucho, por lo menos yo. Creo que tú también.

Las puertas se abrieron y ella se separó de él. Sabía que iba a tener que convencerla de que lo que habían hecho no era tan terrible. Él creía que había estado genial y quería repetir.

La siguió por el pasillo. Mallory tuvo problemas con la llave. Él la tomó de entre sus manos y abrió la puerta.

En el vestíbulo, dejaron bolso y llaves sobre la mesa de entrada, como cada noche. Aunque esa noche era distinta, habían compartido más que una película y una cena.

—Voy a ducharme e irme a la cama —anunció ella.

—Después de la ducha, ven al salón. Tenemos que hablar.

—¿No podemos hablar por la mañana? Es bastante tarde.

—No, no podemos, tenemos que aclarar algunas cosas.

—No hay nada que aclarar. Lo hicimos y estuvo bien.

—¿Bien? Sólo ¿bien?

El teléfono sonó en ese momento.

—Voy a contestar, pero aún no hemos terminado con esto —le dijo—. ¿Diga?

—¿Estás intentando dejar embarazada a mi hermana?

Era Logan. Maldición. Hubiera preferido que esperase a la mañana siguiente.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso?

—El doctor Grote dijo que Mallory quiere quedarse embarazada.

—¿Y automáticamente piensas que yo tengo algo que ver en

eso?

—Sí, así es.

Odiaba mentir a su amigo, pero tenía que hacerlo por el bien de Mallory.

—Mira, Logan, sólo porque vivimos juntos no quiere decir que…

—Os vi besándoos en el coche.

—¿Qué?

—Helena y yo estábamos en el jardín y os vimos, así que no intentes negarlo.

—Vale. Es verdad. La besé. Ocurrió sin más.

—Te conozco, Whit. Nada ocurre sin más contigo. Te conozco demasiado bien para no saber que debes de haber planeado todo esto. De hecho, me imagino que ya lleváis un tiempo, juntos.

—¿Sabes qué? No me gusta nada que supongas que voy detrás de ella sólo porque vivimos bajo el mismo techo. Además, tú me convenciste para que la aceptara en mi casa. Si no confiabas en que iba a tratarla bien, no deberías haberlo hecho.

—Confiaba en ti, Whit, y también en que Mallory se resistiría. Supongo que estaba equivocado.

—Somos adultos y lo que hagamos o nos hagamos el uno al otro no es asunto tuyo.

—Entonces, ¿no vas a negarme que estás intentando dejarla embarazada?

—No voy a decir nada más, así que ya puedes dejar de interrogarme.

—Voy a decir algo más y tendrás que escucharme. No le hagas daño o tendrás que responder ante mí. No hagas que me arrepienta de ser tu amigo —dijo antes de colgar.

Nunca había querido traicionar la confianza de su mejor amigo.

Nunca había tenido intención de acostarse con su hermana aunque, ahora que lo había hecho, no se arrepentía de nada. Tampoco se arrepentía de haber decidido ayudarla a quedarse embarazada. Pero quizás ella sí. Quería averiguarlo y convencerla de que no tenían de qué arrepentirse.

Además, él también necesitaba ducharse.

Capítulo Siete

Cuando se abrió la puerta de la ducha, Mallory intentó cubrirse. No sabía por qué. Él ya había visto prácticamente todo su cuerpo, pero había sido casi en la oscuridad.

—No puedo creer que entres sin más, invadiendo mi privacidad. ¡Encima estás desnudo!

Desnudo y comestible, desde su pelo rizoso y oscuro hasta la punta de los pies.

—La mayoría de la gente se ducha desnuda —contestó él.

—Sí, pero no recuerdo haberte invitado.

—Vamos a continuar nuestra conversación. Podemos hacerlo aquí, en el salón o en el tejado.

Sabía que no debería hacerlo, pero no pudo evitar seguir con la vista una gota de agua que se deslizaba por el torso de Whit, hasta llegar a su liso estómago y más abajo, mucho más abajo.

—No sé de qué tenemos que hablar.

—Logan ha llamado —dijo él colocándose bajo la ducha—. ¿Quieres que te dé los detalles ahora?

Los únicos detalles en los que estaba interesada eran los que formaban el cuerpo de Whit.

—Yo ya he terminado, voy a vestirme.

—Muy bien, voy a ducharme yo y te veo en el salón.

—De acuerdo.

—Vale.

Pero ella seguía mirándolo, aquel hombre era como un imán. Salió de la ducha, se secó deprisa y se puso el albornoz. Siguió observándolo, no obstante, en el reflejo del espejo mientras se

cepillaba los dientes durante más tiempo del habitual. Era difícil no distraerse mientras él se enjabonaba brazos, torso, piernas…

—¿Estás segura de que no quieres entrar de nuevo aquí conmigo? —le preguntó él.

Cometió el error de volverse. Whit tenía la puerta de la ducha abierta y podía ver su cuerpo.

—Estás mojándome el suelo del baño —le dijo ella.

—Preferiría mojarte a ti.

—Ya me he duchado.

—No me refería a eso y lo sabes.

—Me voy —dijo ella poniéndose en pie.

Pero las piernas no parecían responderle. Fue hasta el salón y colocó algunos cojines y almohadones en su alfombra favorita, una roja que le había comprado a Whit. Se dejó caer en el centro y se concentró en el techo, pensando en por qué estaba enfadada con el mundo.

Creía que era porque, para una vez en su vida que era atrevida, alguien la había pillado con la guardia baja. También estaba enfadada con Logan por meterse en su vida y con Whit por calentarla más allá de lo que podía soportar sólo con unas palabras. Pero sobre todo enfadada consigo misma. Ella había sugerido el parque, no él. Él sólo era responsable de los sentimientos que estaba comenzando a tener esa noche y no sólo eran el resultado del increíble encuentro sexual. Eran sentimientos que procedían del cambio emocional que se estaba produciendo en ella.

Se dio cuenta de que hacía tiempo que los tenía y que, durante los últimos meses, lo que sentía por él había empezado a cambiar. Siempre lo esperaba cada noche con ansiedad y, si era ella la que llegaba después, se moría de ganas de llegar al piso para hablar y bromear con él.

Pero sabía que no podía permitirse tener esos sentimientos. Whit era su amigo, el padre de su futuro hijo y nada más. Tenía que limitarse al sexo y seguir adelante con su vida. El problema era que

no tenía a nadie más a la vista, ni se imaginaba con otro hombre que no fuera él.

Tenía que superarlo. Si tenía suerte, se quedaría embarazada y las cosas volverían a la normalidad, manteniendo su amistad por el bien del niño. Intentaría no disfrutar mucho con el proceso de procreación y no involucrarse. Era fácil pensarlo, hasta que entró en el salón.

El corazón le dio un vuelco cuando él le sonrió. Sólo llevaba una toalla atada alrededor de la cadera, lo que no la ayudaba a intentar no desearlo carnalmente. Se recordó que estaban allí sólo para hablar y, cuando él se tumbó a su lado, ella se sentó, agarrando un cojín sobre su pecho.

—Bueno, ¿qué te dijo Logan?

—Quería saber si estoy intentando dejarte embarazada y le dije que no era asunto suyo.

—¿No lo negaste?

—Hubiera sido complicado negar que hay algo. Vio cómo nos besábamos en el coche.

—¿Nos vio?

—Sí, pero creo que ahora nos dejará en paz.

—¿De verdad crees eso? —le preguntó ella con incredulidad.

—Lo averiguará tarde o temprano cuando te quedes embarazada.

«Si es que me quedo embarazada», pensó ella.

—Tienes razón. Ya nos preocuparemos por eso cuando ocurra. Bueno, es hora de ir a la cama.

—Estaba pensando lo mismo. ¿Tu cama o la mía? —le preguntó quitándole el cojín que la cubría.

—Tú a tu cama y yo a la mía. Ya probaremos de nuevo mañana por la noche.

—No es tan tarde, Mallory —repuso él jugando con el cinturón de su albornoz—. Y esta vez me gustaría hacerlo mejor.

—No estoy segura de querer tentar a la suerte, intentándolo dos veces la misma noche…

—No lo sabremos hasta que lo pruebes. Te sorprendería lo que puedes lograr en una sola noche.

—Tengo que ir al bufete muy temprano —dijo ella estremeciéndose.

—Me aseguraré de que llegues a tiempo.

Quería decirle que sí, o incluso arrancarle la toalla sin decir nada, pero se sentía muy vulnerable.

—Prefiero esperar a mañana por la noche.

—Bien —repuso él besándola en la frente como un hermano y poniéndose en pie—. Como tú digas.

—¿Así, sin más? ¿No vas a seguir discutiendo?

—«No» significa «no», Mallory. Que duermas bien.

Lo observó saliendo de allí. Disfrutó con la vista de su musculosa espalda y su prieto trasero bajo la toalla, pero los aspectos físicos quedaban atrás cuando pensaba en el respeto que le tenía y que crecía por momentos. Apreciaba mucho que no la hubiera presionado esa noche y sintió la necesidad de decírselo. Ya había entrado en su dormitorio y cerrado la puerta, pero no dejó que eso la detuviera. Golpeó con los nudillos y lo llamó. Cuando no le contestó de inmediato, se imaginó que estaría enfadado con ella y la estaba ignorando. Pero abrió unos segundos después con una bata de franela azul.

—¿Sí?

—Sólo quería decirte que te agradezco mucho que hicieras esta noche exactamente lo que quería.

—No hay de qué.

—Y también que, pase lo que pase, me quede embarazada o no, siempre te estaré agradecida.

—Genial.

—Y que después de lo que ha pasado esta noche, con Logan y mis complejos, no te culparía si cambiases de opinión.

—¿Cambiar de opinión? Mallory, quiero darte ese bebé más que nada —dijo sonriendo—. Bueno, ahora mismo lo que me gustaría es verte de nuevo desnuda, pero no voy a cambiar de opinión.

—Gracias —repuso ella suspirando aliviada.

Él salió al pasillo y la tomó entre sus brazos.

—Tenemos potencial para disfrutar mucho del sexo, pero no voy a presionarte ni que te arrepientas de nada. Sobre todo de lo que ha pasado esta noche.

—No me arrepiento —le dijo con sinceridad—. Pero lo que hice en el coche… No era yo misma.

—Sí, Mallory, eras tú o una parte de ti que has escondido mucho tiempo. Y, ¿sabes qué? Me gusta mucho esa parte, me excita sólo pensar en ello.

—La verdad es que leí un artículo sobre cómo descubrir mi yo sensual, de ahí saqué las ideas, de una lista. Como lo de la ropa, lo de hacerlo en el coche y todo eso —se sinceró ella.

—Bueno, esa lista sí que me gusta. Pero la verdad es que no la necesitas. Sólo tienes que dejar que la naturaleza lidere el camino. Lo haremos a partir de ahora, ¿de acuerdo?

—Aún prefiero una niña —dijo ella sonriendo—. Pero supongo que podemos ponernos de acuerdo. Una noche una postura, otra noche otra y tendremos igualdad de oportunidades.

—No me importa, sólo quiero que lo hagamos. Y a menudo.

—Podría acabar contigo antes de que termine el proceso…

—No puedo pensar en mejor manera de morir que haciéndote el amor.

Mallory lo abrazó con fuerza y cuando se separaron, él la miró con tanta sinceridad en su mirada, que le arrebató el aliento.

—Eres una mujer preciosa, por dentro y por fuera. Y te mereces lo mejor.

—¿Quién me iba a decir que eras un hombre tan bueno? —repuso ella conteniendo las lágrimas.

—Vete de aquí ahora mismo o no respondo —dijo él besándola—. Puedo dejar mi careta de hombre bueno en un segundo y hacerte el amor contra esa pared.

—¿De pie? Esa postura favorece la concepción de un varón.

—Entonces es lo que haremos mañana. Nada mejor que una sesión de sexo de pie.

Mallory tenía que irse de allí o acabarían haciéndolo esa misma noche.

—Mantén ese pensamiento hasta mañana, hará que se te pase el día más rápido —le dijo ella.

—Y tú puedes pensar en esto.

Y, sin avisarla, la lanzó contra la pared y le dio un cálido y profundo beso que la humedeció al instante. Se separó de ella demasiado pronto y volvió hacia el dormitorio.

—Me voy a la cama —anunció—. Tengo que descansar y producir más munición.

La dejó sola en el pasillo, atónita y excitada, abrumada por la fuerza de lo que la hacía sentir y lo rápidamente que podía hacerla adicta a él. Era muy bueno, demasiado bueno para resistirlo.

Se cortó tres veces antes de decidir que había perdido la capacidad de hacer algo tan simple como afeitarse. Y, considerando

los forcejeos con Mallory, también debía de haber perdido su habilidad con las mujeres.

Había dormido fatal y se había levantado más temprano que de costumbre, a las cinco de la mañana. No podía pensar en otra cosa que no fuera en hacerle el amor a Mallory, también estaba preocupado por ella. Tan pronto aparecía una Mallory nueva y ardiente, como se mostraba distante y fría. Sabía que se guardaba algo, aunque creía conocerla mejor que nadie.

Eso le preocupaba, que un día llegara y le dijera que se había cansado de sus payasadas y lo dejara. Quizás no aún, quizás no hasta que se quedara embarazada. Pero después, pensaba que acabaría por dejarlo y no quería ni pensar en ello. Quería que siguiera siendo su compañera de piso, la mejor que había tenido. Vivir con ella era fácil, pero no era la única razón por la que quería tenerla a su lado. Prefería no examinar las otras razones, ya lo haría más adelante. De momento, se concentraría en ese día, lleno de reuniones y problemas con su proyecto principal. Pero quería regresar temprano a casa, donde estaría ella.

Se vistió y fue hacia la cocina a prepararse un café. Era tan temprano que no llamó, simplemente abrió la puerta y miró. Ella estaba dormida, tumbada de lado y con su melena castaña rojiza enmarcando caóticamente su cara. Tenía un aspecto inocente y dulce, pero también *sexy*. Tenía las sábanas enmarañadas a sus pies y estaba abrazada a la almohada, como si hubiera tenido sueños agitados. A él le había pasado igual. No comprendía los sentimientos que amenazaban con salir de un lugar en su interior que no solía explorar. Quería olvidarse del trabajo, desnudarse y meterse en la cama con ella. Quería besar todo su cuerpo, quería hacerle el amor por la mañana y no parar hasta la hora de comer. Y entonces empezar de nuevo. O al menos abrazarla unos minutos.

Pero no podía. Se acercó y la besó en la mejilla. Salió antes de que pudiera verlo allí, mirándola como un niño frente al escaparate de una pastelería.

Sabía que el proceso de procreación iba a ser más complicado de lo que había anticipado. Pero tan especial que querría que durase mucho tiempo o incluso para siempre.

***

Mallory estaba deseando que se acabara el día, pero aún no era la hora de comer. No pudo concentrarse en sus clientes en toda la mañana. Todo por culpa de Whit.

Tenía que hablar con otra pareja antes del almuerzo.

—Dile a los Latham que pasen, Rosalyn —le dijo a su secretaria por el intercomunicador.

—Ahora mismo.

Como siempre, Melinda y David Latham entraron en el despacho con amables sonrisas, a pesar de que llevaban quince años luchando contra la infertilidad. Ese día parecían más felices que de costumbre, a pesar de que estaban estudiando una limitada lista de posibles madres biológicas y enfrentándose a lo que iba a ser un duro y largo proceso de adopción.

—Buenos días, señor y señora Latham, por favor siéntense. Tengo información de una mujer en Missouri que creo que puede interesarles.

Melinda miró a su marido con una sonrisa.

—De hecho, hemos venido para darle las gracias y decirle que no vamos a necesitar sus servicios.

—¿Han cambiado de opinión? ¿Ya no quieren adoptar?

—Melinda acaba de descubrir que está embarazada —le dijo David Latham.

—Eso es fantástico —repuso Mallory con algo de envidia.

—E inesperado, pero el médico me ha dicho que es bastante normal. Muchas parejas que deciden adoptar dejan de pensar en la concepción y es entonces cuando ocurre —le dijo ella.

—Estamos tan felices. Hemos esperado mucho tiempo a que esto ocurriera —confesó David.

—Lo sé y estoy encantada por ustedes —dijo ella.

La verdad era que su fortuna le recordaba lo lejos que estaba ella de conseguir su sueño.

—Bueno, sólo queríamos darle las gracias —dijeron poniéndose en pie—. Ha sido nuestro amuleto.

—Lo dudo mucho, pero gracias. Por favor, mándeme una foto del niño cuando nazca. O, mejor aún, pásense a verme. Me encantan los bebés.

—Debería tener uno, mientras es aún joven —le dijo el marido.

«Estoy en ello», pensó ella.

—Quizás algún día de éstos —comentó.

Cuando salieron del despacho, se quedó pensando un rato. Lo tenía más claro que nunca, quería ser madre y recordó el consejo de Melinda, a veces convenía dejar de pensar en la concepción. Tenía que considerarlo. El sexo espontáneo debía de ser más favorable para concebir. Sin planes.

Pensó en que no tenía más reuniones hasta las dos. Se puso la chaqueta y tomó el bolso. Tenía una cosa en mente, ocupar su hora de la comida visitando a un hombre muy masculino y *sexy*.

—Señor Manning, tiene una llamada en la línea uno. Dice que es la señorita Conce y que es muy personal.

—¿No ha dicho lo que quiere? —le preguntó Whit a su secretaria sin saber de quién se trataba.

—No, sólo que tiene que hablar con usted ahora mismo.

Esperaba que fuera una llamada importante y no alguien intentando venderle algo.

—Whit Manning al habla —saludó algo irritado.

—¡Vaya! Parece que no te has levantado con buen pie.

Era Mallory, la última persona que esperaba que lo llamase ese día.

—¿Por qué le has dicho a mi secretaria que te llamas señorita Conce?

—Me ha sonado bien —repuso ella riendo—. Además, llevo toda la mañana pensando en concebir y lo que vamos a hacer esta noche.

—¿Para eso has llamado? ¿Para provocarme?

—No, te llamo desde mi móvil y voy al piso mientras hablamos. Pensé que querrías quedar conmigo allí para comer.

—¿Estás sugiriéndome un encuentro en mitad del día?

—Exacto. Estoy segura de que estoy ovulando, he tenido algunas molestias esta mañana.

—Me apunto. Pero tengo una reunión importante en una hora y tengo que hablar con mi padre quince minutos antes para prepararla. Eso no nos deja más de cinco minutos.

—Bueno, supongo que me pasaré el tiempo viendo la televisión. O podría ir allí…

—¿Aquí?

—Tu puerta se cierra con llave, ¿no?

—Sí, pero no tengo una cama.

—Seguro que encontramos alguna superficie suave donde aterrizar.

—Puedes usarme a mí —sugirió Whit.

—Esa es mi intención y te va a encantar.

—Me encanta el plan. Peligroso pero divertido —le dijo él.

—Es divertido vivir peligrosamente, ¿no?

—Anoche no pensabas lo mismo.

—He cambiado de opinión.

—Puedo vivir con ello, pero antes quiero saber si llevas otro tanga como el de ayer.

—No, braguitas con estampado animal.

—Siempre he querido ir de safari sin tener que salir del país.

—¿Y tú? —le preguntó ella riendo—. ¿Qué *boxers* te has puesto?

—Llevo unos slips.

—Te perdono por hoy. Siempre y cuando aceptes un encuentro en tu despacho.

—Después de esta conversación, si no lo hacemos perderé todo respeto con mis clientes. Ahora, cuelga y ven inmediatamente. Y usa tu nombre real o confundirás a Sandra.

—Muy bien, te veo en cinco minutos.

—Te estaré esperando.

Se quedó pensando en cómo lo harían sin que los pillaran y sin romper nada.

—Sandra —llamó a su secretaria por el intercomunicador—. Cuando llegue la señorita O'Brien, hazla entrar y no me pases llamadas durante los siguientes cuarenta y cinco minutos.

—Sí, señor. Pero, ¿y si su padre quiere verlo?

—Dile que estoy en una reunión y que no estoy disponible de momento.

—Lo intentaré —repuso la secretaria con pocos ánimos.

Whit, nervioso y excitado, paseó por el despacho pensando en dónde podían hacerlo. El sofá era muy pequeño y los dos sillones no eran mucho mejor, implicarían tenerla de nuevo sobre su regazo. No tenía nada que objetar, pero hubiera preferido sentirla más

cerca. Su mesa era grande, pero tendría que despejarla y era una superficie dura de roble. El suelo tenía sus ventajas, pero la moqueta no era muy cómoda, tenía poco pelo. De pie contra la puerta era su mejor opción, sobre todo cuando Mallory la cruzó llevando un conservador traje de chaqueta y pantalón negro y una tentadora sonrisa en la boca.

—Me ha dicho Sandra que te diga que se ha ido a comer.

—Muy bien —repuso él.

Cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Treinta y tres minutos, segundo arriba, segundo abajo.

—No es mucho tiempo, pero el suficiente para hacer bien el trabajo —dijo ella acercándose.

Tal y como se sentía Whit, iba a terminar en cinco minutos si no tenía cuidado. Se acercó a la puerta y la cerró por dentro. Cuando se giró, la encontró agarrando su bolso frente al pecho. Él lo agarró y tiró al sofá. Sin decir ni una palabra, la besó como había soñado hacerlo desde que la vio entrar en sus dominios, mostrándole cuánto la deseaba.

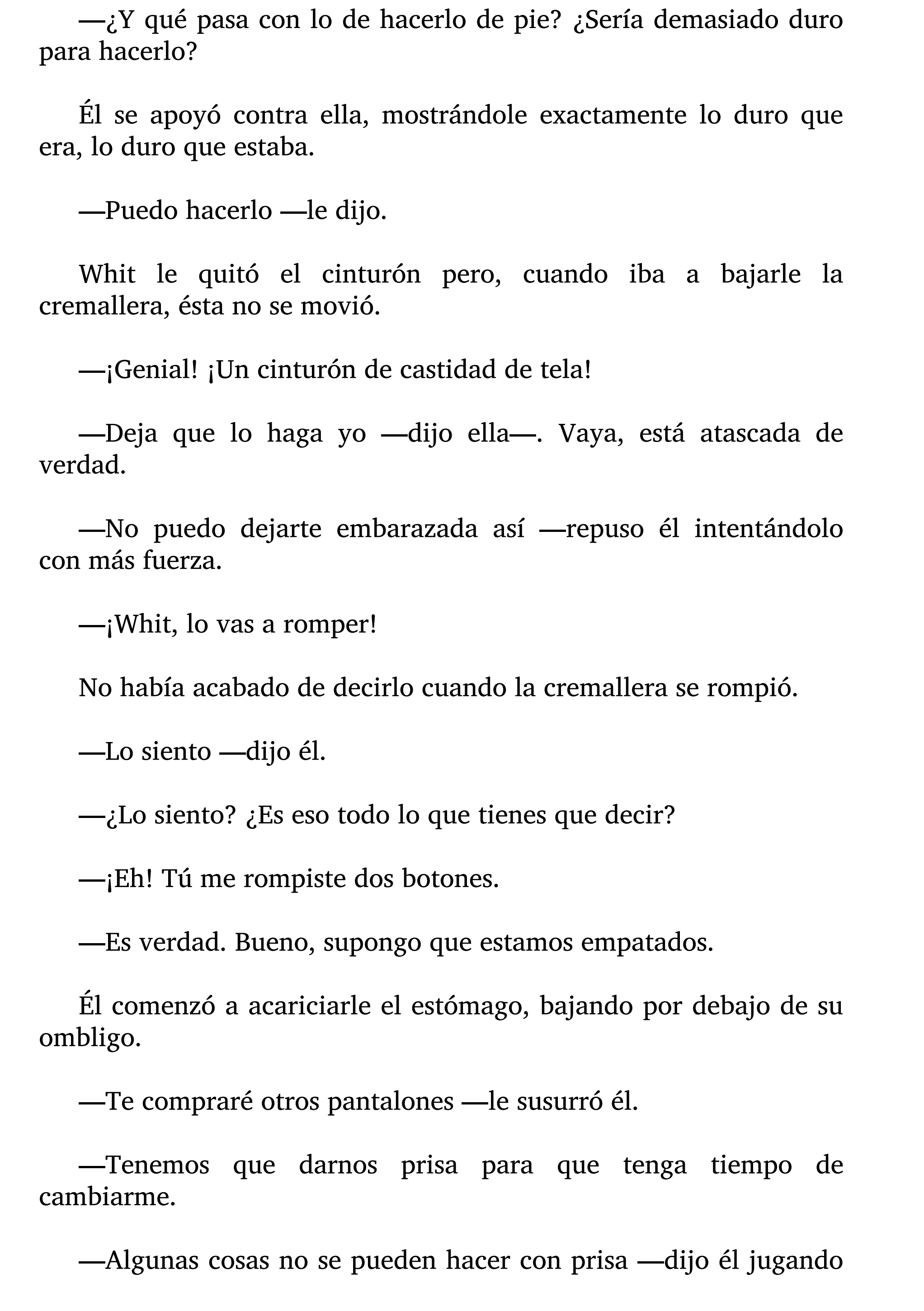
Cuando se separaron, Mallory le deshizo el nudo de la corbata, se la quitó y la tiró al suelo. Empezó a desabrocharle los botones y, sin querer, le arrancó dos que salieron disparados.

—¡Vaya!

—Será mejor que nos dejemos casi toda la ropa puesta antes de que la destrocemos.

—No voy a quitarte la camisa, sólo quiero abrirla.

Él la dejó hacer y se alegró cuando ella comenzó a acariciarle el torso con las manos. No había nada como el contacto de las pieles. Le quitó a ella la chaqueta, descubriendo una camisola negra de seda. La subió y frotó su torso contra el pecho desnudo de Mallory, buscando su boca para otro profundo beso.



Casi al borde del precipicio, él tomó su cara entre las manos.

—Probemos en el sofá —le dijo.

—¿Y qué pasa con lo de hacerlo de pie? ¿Sería demasiado duro para hacerlo?

Él se apoyó contra ella, mostrándole exactamente lo duro que era, lo duro que estaba.

—Puedo hacerlo —le dijo.

Whit le quitó el cinturón pero, cuando iba a bajarle la cremallera, ésta no se movió.

—¡Genial! ¡Un cinturón de castidad de tela!

—Deja que lo haga yo —dijo ella—. Vaya, está atascada de verdad.

—No puedo dejarte embarazada así —repuso él intentándolo con más fuerza.

—¡Whit, lo vas a romper!

No había acabado de decirlo cuando la cremallera se rompió.

—Lo siento —dijo él.

—¿Lo siento? ¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—¡Eh! Tú me rompiste dos botones.

—Es verdad. Bueno, supongo que estamos empatados.

Él comenzó a acariciarle el estómago, bajando por debajo de su ombligo.

—Te compraré otros pantalones —le susurró él.

—Tenemos que darnos prisa para que tenga tiempo de cambiarme.

—Algunas cosas no se pueden hacer con prisa —dijo él jugando

con la goma de sus braguitas de leopardo—. Es hora de ir de safari.

Pero antes de que pudiera deslizar su mano, ella lo agarró por la muñeca.

—¿Has oído eso? ¡Alguien está en la puerta!

—Si estamos callados, se irán. Mantén eso en mente cuando quieras gritar dentro de un minuto…

Pero entonces oyó a alguien sacudiendo el picaporte.

—Whit, ¿qué estás haciendo ahí?

Maldijo entre dientes y dejó que su frente cayera contra la de Mallory. Nadie como Field Manning para interrumpir un placer de media tarde como aquél.

Capítulo Ocho

Mallory O'Brien se había confundido de profesión. A juzgar por la rapidez con la que se había vestido, podía haber sido bombera. Él en cambio, apenas se había abrochado los pantalones.

—Whit, ¡abre la maldita puerta!

—Estoy en una reunión privada, papá. Te veo en tu oficina dentro de diez minutos.

—¿Quién está ahí contigo?

Pensó en mentir, pero no creía que fuera a moverse de la puerta.

—Es Mallory —contestó él.

—¿Y qué estáis hablando de lo que no podéis hablar en casa?

—Una fiesta de cumpleaños. Para su madre —repuso él pensando con rapidez.

Ella lo miró con cara de extrañeza y él se encogió de hombros.

—Los Barclay van a llegar en menos de una hora, Whit. Tenemos que repasar el diseño antes de que lleguen. Así que tienes que detener lo que sea que estés haciendo allí.

Whit rastreó todo el despacho en busca de algo que indicara a su padre de lo que acababa de ocurrir allí. Había una clara sospecha en el tono de su padre y quería hacer lo indispensable para no avergonzar a Mallory. Ella se pasó las manos por el pelo, escondió la cremallera rota tras el bolso y asintió. Antes de abrir la puerta, le dio un beso en los labios y la miró arrepentido.

—¿Estáis planeando una fiesta? —preguntó su padre con incredulidad.

—Es una fiesta sorpresa —repuso Mallory—. Bueno, luego te veo en casa y nos ocupamos de las invitaciones —añadió mirando a Whit.

—Buena idea —respondió él.

De lo que tenía Whit que ocuparse era del estado en el que su visita lo había dejado, algo que seguramente no había pasado desapercibido a ojos de su padre.

—Bueno, señor Manning, me alegro de verlo de nuevo. Hasta luego —se despidió ella.

—Lo mismo te digo —repuso Field—. Tenemos que cenar un día de éstos. Le diré a Rebecca que te llame. Saluda a tu familia de mi parte.

Mallory salió deprisa, dejando a Whit solo con la ira de su padre.

—¿Qué es lo que de verdad pasa entre tú y Mallory? —le preguntó de manera directa.

—Ya te lo he dicho, estamos planeando una fiesta.

—Mientes, hijo —dijo señalando otra parte del despacho—. Tu corbata está allí y tu camisa arrugada. ¡Hasta le faltan un par de botones!

—¡Maldita tintorería! No pueden hacer nada bien —dijo él fingiendo sorpresa.

—Déjate de tonterías. Porque, a no ser que ahora lleves pintalabios, me parece que tú y ella no estabais hablando ni mucho menos.

—Lo que haya entre nosotros no es asunto tuyo —repuso él, sabiéndose pillado por su padre.

—Lo es si lo haces en horas de trabajo en mi edificio.

—¡Muy bien! Es tu edificio. Tu reino. No quieres mancillar el suelo santificado.

—No se trata de lo que haces sino de con quién lo estabas haciendo.

—¡No te atrevas a criticarla! —repuso Whit indignado.

—No la critico. Mallory es una mujer encantadora y se merece algo mejor.

—¿Quieres decir algo mejor que yo?

—Algo mejor que un rápido revolcón en un despacho. No merece que le hagan daño. Puede que espere más de ti de lo que estás dispuesto a darle.

—Puede que te sorprenda, papá —dijo él preparado para ser sincero—. ¿Quieres saber de verdad lo que pasa? Mallory quiere quedarse embarazada y me pidió que fuera el padre. Me eligió a mí.

Field se quedó atónito, pero pronto recobró la compostura.

—¿Lo sabe su familia?

—No, nadie lo sabe. No íbamos a decírselo a nadie hasta que se quede embarazada. Así que espero que seas discreto, aunque sólo sea por respeto hacia ella.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Por supuesto. Mallory tiene algunos problemas físicos y podría tener dificultades en concebir. Lo hemos hablado mucho y estamos de acuerdo en que es algo que los dos queremos.

—¿Un bebé sin compromiso? ¿Por qué querrías algo así? ¿Estás seguro de que eso es todo lo que quiere o que te dice lo que cree que quieres oír porque sabe cómo eres con las mujeres?

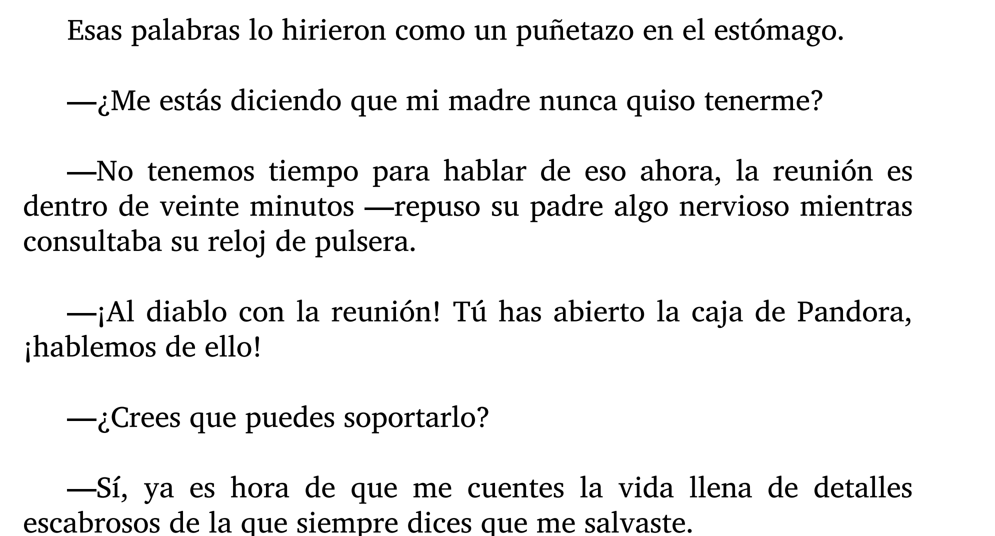
Whit se giró, fue por la corbata y se encaró con su padre.

—No sé por qué demonios te lo he contado. No tienes ni idea de lo que es para una mujer desear un bebé tanto como lo hace ella.

—Tienes razón. Pero he conocido a una mujer que no quería a un bebé y me hizo creer que sí.

—¿Quién?

—Tu madre.



Esas palabras lo hirieron como un puñetazo en el estómago.

—¿Me estás diciendo que mi madre nunca quiso tenerme?

—No tenemos tiempo para hablar de eso ahora, la reunión es dentro de veinte minutos —repuso su padre algo nervioso mientras consultaba su reloj de pulsera.

—¡Al diablo con la reunión! Tú has abierto la caja de Pandora, ¡hablemos de ello!

—¿Crees que puedes soportarlo?

—Sí, ya es hora de que me cuentes la vida llena de detalles escabrosos de la que siempre dices que me salvaste.

Field atravesó el despacho y sacó una silla de la mesa.

—Siéntate.

—Muy bien —repuso él haciendo lo que le decía—. Estoy listo.

Su padre estudió un momento el techo y después se concentró en su hijo.

—Antes de casarnos, tu madre me dijo que no quería tener hijos. Pero la presioné hasta que la convencí para quedarse embarazada. Cuando te tuvo, lo hizo lo mejor que pudo, pero no tenía el corazón en lo que hacía. Le importaba su carrera más que tener una familia.

Whit se tomó un momento para digerir todo eso. Tenía un nudo en el estómago.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me lo explicó?

—No quería que te culparas.

—¿Por qué no me lo dijiste tú?

—Porque no quería que pensaras mal de ella por culpa de mi error. Si no hubiera insistido tanto en tener hijos, no habrías sufrido tanto cuando ella te abandonó.

—Y yo no estaría aquí, ¿no?

—No, no estarías.

Whit se había dado cuenta ya de adulto de que su madre no había tenido instintos maternales, pero de niño, no había sabido qué pasaba.

—Ahora entiendo muchas cosas. Probablemente más de lo que quisiera saber —le dijo.

—Quería arreglar las cosas, pero ella me pidió el divorcio —explicó él—. Y tuve que dejarla ir.

Llevaba años pensando que había sido al revés, se había pasado mucho tiempo culpando a su padre. Entonces, a pesar del dolor, entendía en parte por qué había hecho lo que había hecho.

—Deberías habérmelo dicho antes.

—Lo sé. Y tú deberías saber que nunca dejé de querer a tu madre, pero no podía hacerla feliz.

Tenía muchas cosas en la cabeza en ese momento, sentimientos que tendría que empezar a aceptar de una vez por todas, contra los que llevaba mucho tiempo luchando.

—Como ves, entiendo que Mallory quiera un bebé —le dijo Field—. Pero también quiero que te des cuenta de lo que eso implica. ¿Y si vuestra relación no acaba bien?

—No lo sé —admitió Whit.

Lo único que sabía era que tenía que intentar darle lo que tanto deseaba.

—¿Pensáis casaros? —preguntó Field.

—Hoy en día, eso no es necesario. Acordamos criar juntos al niño y seguir siendo amigos.

—¿Amigos? ¿Es eso todo lo que ella es para ti? ¿Una amiga?

—Sí. Tenemos una gran relación. Vuelvo a casa cada noche y hablamos sobre lo que ha pasado ese día, o no hablamos,

simplemente disfrutamos de la compañía del otro. Y, esto puede que te sorprenda, pero no he estado con ninguna otra mujer desde que ella se mudó a mi casa. La verdad es que, ahora mismo, no quiero estar con ninguna otra persona. Quiero darle este bebé y lo deseo más de lo que he deseado algo en mucho tiempo.

También la deseaba más que a ninguna mujer de su pasado. Y era su mejor amiga.

—¿Acabas de oír lo que me has contado? —le preguntó Field sonriendo.

—Sí, te he dicho que Mallory y yo seguiremos siendo amigos cuando todo esto termine.

—Sólo te ha faltado decir que estás enamorado de ella.

—Yo no he dicho eso —repuso Whit tragando saliva.

—No has tenido que decirlo directamente, pero queda claro en tus palabras —le dijo Field acercándose a su hijo—. Te conozco bien. Te gustan las mujeres. Mejor dicho, te gusta acostarte con ellas. Y acabas de decirme que Mallory significa para ti algo más que un simple revolcón. Probablemente más de lo que piensas.

Whit reflexionó un momento antes de cerrarse en banda.

—Cree lo que quieras, pero todo lo que sé es que voy a ser padre, lo que te convertirá en abuelo si tenemos suerte. Será mejor que te hagas a la idea.

—Y tú será mejor que te hagas a la idea de que has encontrado a tu media naranja. Vas a tener problemas si no aceptas eso, porque puede escaparse y te arrepentirás el resto de tu vida.

Whit no quería pensar en ello en ese momento, no podía creerse que su padre estuviera en lo cierto y él se estuviera enamorando de Mallory. Quizás ya lo estaba. Sólo podía pensar en comprarse un billete de avión para las Bahamas y pasarse allí el fin de semana solo, pero pensó en la acusación de Mallory la primera vez que le habló de su idea de quedarse embarazada.

—¡Típico! Siempre sales huyendo —le había dicho entonces.

Quizás estuviera huyendo de sus sentimientos, pero no podía huir de ella. Esa vez no. Si ella se quedaba embarazada, se quedaría a su lado. Lo curioso era que quería hacerlo. Y no sólo por el bebé, por ella también.

Aparte de sus carreras matutinas, las famosas estampidas de Whit Manning podían estar llegando a su fin.

Mallory temía la conversación que Whit hubiera tenido con su padre. No la había llamado, así que no sabía qué habría pasado después de que ella saliera del despacho. Tenía una ligera sospecha de lo que Field le podía haber dicho a su hijo y se imaginaba que no habría sido agradable. Empezaba a pensar que lo suyo no era el sexo espontáneo, al menos no cuando podían descubrirles agentes de seguridad de los parques o padres fisgones.

Al llegar a casa, se escondió en su dormitorio, esperando y preocupándose por lo que habría pasado entre padre e hijo. Se entretuvo leyendo artículos en *Internet* sobre consejos sexuales escritos por hombres. Ahora sabía tanto de anatomía masculina, posturas preferidas y lenguaje erótico que podría haber llenado enciclopedias con sus conocimientos. Estaba obsesionada con convertirse en el tipo de amante que consiguiera obnubilar a Whit Manning. Decidió probar algunas cosas de las que acababa de aprender, esa noche u otra. En el caso de que Whit aún le hablara.

Pocos minutos después, oyó la puerta de entrada abrirse. El corazón se le disparó a mil por hora. Saltó de la cama, pegó la oreja a la puerta y escuchó cómo subía las escaleras hasta su propio dormitorio. Cuando oyó la puerta cerrarse, decidió salir de su escondite e ir al salón.

Se tumbó en el sofá y se prometió que, al menos durante los próximos días, sólo haría el amor con Whit en la intimidad de su piso. A no ser que él hubiera cambiado de opinión que, teniendo en cuenta todo por lo que había pasado, no podía culparlo si se echaba atrás.

Veinte minutos después, se dio cuenta por la ropa que llevaba Whit, que no estaba pensando en lo mismo que ella. Mallory se había puesto un breve y *sexy* camisón negro. Él, en contraste, llevaba una camiseta de algodón blanco y los pantalones del

pijama. Esa visión la desilusionó más que todas las interrupciones que habían sufrido.

Fue hasta el sofá y se paró a su lado, mirándola de arriba abajo. Vio un destello de deseo en sus ojos que le dio esperanza, pero no se movió. Así que ella decidió tomar las riendas.

—¿Y bien? —le preguntó ella.

Él le levantó las piernas, se sentó en el sofá y las colocó a ambos lados de sus sólidos muslos. Dejó que sus manos se perdieran por encima de sus rodillas.

—¿Y bien qué? —respondió él.

—¿Me tomas el pelo? ¿Qué dijo tu padre cuando casi nos pilla metidos en harina?

—Me dijo que sabía lo que estábamos haciendo —repuso él dejando que sus manos se deslizaran más arriba de sus muslos—. Yo aún tenía pintalabios en la boca y me faltaban dos botones…

—¿Qué dijo?

—Le conté lo del bebé.

Mallory se alarmó un poco.

—No se lo dirá a nadie, ¿verdad?

—No, le dejé claro que no queríamos que nadie lo supiera hasta que estuvieras embarazada. Después siguió con su sermón habitual, diciéndome que no estoy jugando limpio contigo, que tú te mereces algo mejor, etcétera.

—Está equivocado. No tiene ni idea —dijo ella tomándole la mano entre las suyas y dejándola sobre su pecho—. Estás siendo muy bueno conmigo. Muy bueno.

Él le dedicó una mirada que podía haber prendido fuego a todo el piso.

—Y tú no tienes ni idea de lo que quiero hacerte ahora mismo.

Podía imaginárselo, pero quiso preguntarle de todas formas.

—¿A qué te refieres?

—Deja que te cuente cómo he pasado el día, O'Brien. He estado toda la tarde sentado en una reunión tratando de ocultar mi erección tras la mesa de la sala de juntas y sin poder concentrarme en nada. De camino para acá, casi me salto dos semáforos, atropello a un peatón y me trago una señal de tráfico para llegar pronto y poder acabar lo que empezamos. ¿Contesta eso tu pregunta?

—Sí. Lo entiendo perfectamente.

Ella se había sentido igual. Había tenido la cabeza ocupada por él toda la tarde. Pero había algo en la manera en que le hablaba que le decía que estaba reservándose algo y no podía permitirlo.

—Bueno, Manning. Desembucha, hay algo que no me estás contando —le dijo.

—No, creo que te he dado todos los detalles. Bueno, no, también le grité a uno de los miembros de mi equipo de diseño por decirme que lo que necesitaba era un revolcón… —comentó él comenzando a acariciar el pecho de Mallory.

Pero ella le apartó la mano.

—No hablo de sexo. Lo que digo es que no me estás contando todo lo que tu padre te dijo.

—No quiero hablar de eso. No quiero hablar y punto.

—No voy a ceder, así que será mejor que desnudes tu alma y me lo digas —insistió ella.

—Preferiría desnudarte a ti —le susurró él seductoramente en el oído.

—Puedes hacerlo en cuanto me digas lo que ocurrió con tu padre. Todos los detalles.

Whit suspiró y se incorporó. Estiró los brazos y miró al techo.

—Me contó cosas que no sabía sobre mi madre.

—¿Como qué?

—Como que nunca quiso tener hijos. Y que fue ella la que le pidió el divorcio y no al revés. La razón, que no era realmente una madre ni quería serlo. Por eso se fue como lo hizo. Supongo que también por eso es por lo que no he sabido nada de ella en todos estos años.

Mallory se deshizo por dentro, le dolía verlo sufrir, como ocurría siempre que hablaba de su madre. Bajó las piernas y se acercó a él, apoyando su cabeza en el hombro de Whit.

—No puedo imaginarme que alguien no quiera tener un hijo, pero hay gente que simplemente no está hecha para ser madre. No puedo entender por qué ella no te querría tener.

—Pues así fue y eso es algo con lo que he tenido que aprender a vivir —dijo él tocándole el muslo—. Pero tú eres distinta, Mallory. Tú te mereces ser madre.

—Y, ahora que sabes la verdad. ¿Cambia la imagen que tienes de tu padre? —le preguntó ella.

—En parte. No me gusta todo lo que ha hecho, pero lo entiendo mejor. Y sé que él siempre me quiso, aunque ella no lo hiciera —dijo mirándola a los ojos—. También me confesó que nunca dejó de quererla. Su segundo matrimonio fue de rebote, pero ahora es feliz con Rebecca.

—Me alegro. Parece que merece ser feliz —repuso ella.

—Supongo que sí. Y, ¿sabes de qué me he dado cuenta?

—¿De qué?

—De que quiero hacerlo mejor con nuestro hijo. De que no quiero caer en los errores de mis padres. Podemos lograrlo juntos.

—Sí, podemos.

En momentos como aquél, se sentía afortunada de que él fuera a ser el padre de su hijo, si es que lograba quedarse embarazada. Era una suerte tenerlo como amigo y amante.

—Podemos usar a tus padres como prototipos, son una pareja modelo.

—Sí, pero también han tenido sus problemas, sobre todo con…

—Kevin —terminó Whit—. Sí, pero cinco buenos de seis no está mal. Siempre hay una oveja negra.

Mallory rió con ganas.

—Tienes razón. Pensé que iba a cambiar después de conocer a Corinna.

Whit la rodeó con su brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Sabes qué? Me he dado cuenta de que no puedes confiar en nadie para que te cambie. Tiene que venir de ti mismo, aunque tengo que admitir que tú me has cambiado.

Mallory contuvo el aliento, con la esperanza de que ocurriera algo, aunque no sabía muy bien el qué. Quizás una declaración de que ella era para Whit algo más que una amiga o que le jurase amor eterno. Ninguno de los dos, eran propios de él. Tampoco hubiera sido lógico.

—¿Cómo te he cambiado?

—He desarrollado gusto por el pescado —contestó él.

No se parecía en nada a lo que soñaba escuchar, pero Mallory lo besó en la mejilla de todas formas.

—De nada —dijo mirándolo a los ojos—. Como has tenido un día tan duro, no te culparía si quisieras irte a la cama.

—Quiero irme a la cama, pero contigo.

Ella se puso la mano en el pecho y fingió asombro.

—¿Estás dispuesto a renunciar al sexo de pie? Eso significa nada de niño.

—Ahora mismo no me importa si tenemos niño, niña o

serpiente. Por ahora, tendré que posponer lo del sexo de pie porque, cuando termine contigo, no vas a poder siquiera andar.

Mallory se estremeció sin poder evitarlo.

—¡Madre mía!

—Eso es —dijo él comenzando a trazar círculos alrededor de sus pezones y sobre el satén de su camisón—. Ya veo que la idea te excita.

La excitaba más de lo que podía explicar, así que optó por callarse.

Él se puso en pie y tiró de ella para levantarla.

—¿Qué llevas esta noche bajo ese *sexy* camisón? ¿Más estampados de tigresa?

—No, no llevo nada.

Comenzó a besarle la mandíbula y acarició su trasero desnudo bajo el camisón.

—Me encanta «nada», sobre todo en lo que se refiere a ropa interior —dijo mirándola a los ojos—. Al dormitorio —la ordenó—. Ahora mismo.

Por muy estúpido que pareciera, ella aún tenía fobia a las camas. Se imaginaba que acabaría por superarlo, pero quería esperar hasta tener más práctica sexual, quizás entonces tendría más confianza.

—Tengo una idea mejor —dijo llevándolo de la mano hasta donde estaba su alfombra favorita—. Hagámoslo aquí.

Whit miró la alfombra y después a ella.

—¿Qué extraña fijación tienes con este chisme?

Ella se arrodilló y lo animó para que hiciera lo mismo. Whit se sentó a regañadientes.

—Es suave y peluda, es como tener a tu animal favorito en casa.

—Es como tener en el salón a un bicho atropellado en la carretera —repuso él enfurruñado.

—No es verdad —repuso ella acariciando la superficie de la alfombra—. Es perfecta.

—Tú sí que eres perfecta —replicó él besándola en la mejilla y en la nariz—. Perfecta en todas partes.

A Mallory lo que le parecía perfecto y maravilloso era cómo la tocaba él, deslizando los tirantes del camisón y dejando al descubierto sus pechos. Whit los acarició con las manos y después con la boca. Ella le asió los lados de la cabeza. Se deshacía de placer con cada incandescente caricia de la lengua de Whit sobre sus excitados pezones. En contraste con su intento de encuentro sexual en la oficina, los prolegómenos de esa noche estaban siendo deliberadamente lentos y sensuales. Nadie la había tratado nunca con tanto cuidado. Nunca se había entregado tanto a un hombre y dejado que hiciera con ella lo que quisiera. Pero ese hombre era Whit. Y sólo él había sido capaz de derribar sus barreras físicas y emocionales. La falta absoluta de control la asustaba, pero, por esa noche, iba a dejarse llevar.

Whit se separó de ella y se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—A asegurarme de que he cerrado la puerta por dentro. Si alguien llama, las luces puede que estén encendidas pero, en lo que a mí respecta, no hay nadie en casa…

—Quizás deberíamos apagar las luces —sugirió ella y cubrió su pecho con un cojín.

Él se sacó la camiseta por la cabeza con un solo movimiento.

—Ni hablar. Quiero verte. Quiero ver cada parte de ti. Apenas me dejaste hacerlo anoche en la ducha. Tienes que pagar ahora.

Sus palabras la pusieron algo nerviosa, pero no lo suficiente como para protestar, sobre todo cuando él volvió a su lado quitándose los pantalones del pijama. No llevaba nada más que una sonrisa sugerente y una mirada de deseo. Ella dejó que sus ojos viajaran de la cara al torso de Whit y de allí, siguiendo una fina

línea de vello, hasta el ombligo y más abajo. Por alguna razón, quizás los nervios, le entró la risa.

—¿Sabes qué, O'Brien? Un hombre menos seguro que yo palidecería al verte reír.

—Lo siento, no me rió de ti. Prometo no hacerlo más.

—Eso ya lo sé —dijo llegando hasta donde estaba ella.

Se arrodilló y le quitó el cojín que ella sujetaba con vehemencia.

—Ahora vas a pagar por insultar mi miembro viril. Vas a pagar de una manera muy agradable…

Mallory sintió una presión creciente y húmeda entres sus muslos. Le parecía increíble que Whit pudiera provocarle tanta excitación sólo con una promesa. Reacción que no hizo sino intensificarse cuando él comenzó a quitarle el camisón poco a poco hasta tenerlo a sus pies. Pensó en qué tendría en mente para hacerle pagar el insulto y le habría preguntado de no haber comprobado cómo él comenzaba a demostrárselo, trazando una línea con su lengua que bajaba por su estómago y se detenía en la zona del ombligo. Levantó la cabeza desde donde estaba y la miró con sus letales ojos color chocolate.

—¿Te hizo esto Larry alguna vez?

No se molestó en corregir el nombre de su ex ni quiso preguntarle a qué se refería. Ya lo sabía.

—No, ni siquiera lo intentó.

Whit se colocó entre sus piernas y le besó seductoramente el interior de los muslos.

—¿Y el tipo del bufete con el que saliste? ¿Lo intentó?

—No —repuso ella con voz aguda.

Le temblaban incontroladamente las piernas, no podía dominarlas.

—Yo quiero hacerlo —le dijo él con su profunda voz rozando su

piel.

Y ella quería que lo hiciera, se moriría de ganas, a pesar de su primera necesidad de oponerse. No temía a Whit, temía no poder soportarlo. Pero sólo había una manera de descubrirlo.

—Pues hazlo —le dijo con gran esfuerzo.

—Bien. Me alegra ser el primero en hacerte esto —replicó él arrodillándose.

Ella se sentía un poco cohibida, pero estaba cada vez más excitada.

—Te va a gustar, Mallory. Más de lo que te ha gustado antes nada.

Y lo comprobó cuando él se situó entre sus muslos y comenzó a usar su boca. Casi pegó un salto cuando su lengua dio con el lugar exacto y siguió atormentándola un poco más tirando con suavidad de sus labios. Pero era un tormento tan gratificante que no volvió a preguntarse si sería capaz de soportarlo porque había perdido la capacidad para pensar, sólo se dejó llevar por las sensaciones. Justo cuando estaba a punto de llegar al punto álgido, él se retiró.

Quiso gritarle «¡No!», pero sólo pudo emitir un gruñido a modo de protesta.

Él se puso detrás de ella y la movió para que quedara de lado, de espaldas a él.

—No te preocupes, cariño, aún no he terminado contigo —le dijo él de forma seductora.

—¿Qué se supone que estamos haciendo?

—Bueno, dijiste que nunca habías tenido un orgasmo —explicó él encajándose a su espalda—. Creo que ésta es una buena manera de que lo experimentes de una forma global —añadió mientras se deslizaba dentro de ella y colocaba una pierna sobre la cadera de Mallory.

No recordaba que esa postura estuviese en la lista, pero en ese momento, no le importaba el sexo del bebé, sobre todo cuando él

comenzó a acariciarle el pecho y después el lugar especial donde su lengua había estado segundos antes.

Mantuvo un ritmo continuo, moviéndose dentro de ella mientras la acariciaba. No le gustaba no poder ver su cara ni sus ojos mirándola, pero tenía que reconocer que era maravilloso. La tensión comenzó a acumularse y la presión empezó a desarrollarse, de forma intensa y fuerte hasta que una explosión de placer la partió en dos. No pudo contener un largo y casi angustioso gemido que le llenó la garganta. No le importó, quería que supiera lo que le había hecho sentir.

—Lo sé, cariño —le dijo él al oído—. Es genial. Y no sabes lo maravilloso que es para mí estar dentro de ti y sentirlo.

Ella alargó la mano y le agarró el trasero, quería sentir sus músculos contrayéndose con cada movimiento de las caderas de Whit. Él comenzó a respirar de forma entrecortada y se tensó, dejándola saber que a él tampoco le quedaba mucho para alcanzar el momento álgido. Entonces recordó algo que había leído sobre una zona erógena en los hombres, pero no estaba segura de si se atrevería a tocarlo. Pero, al fin y al cabo, estaba con Whit, un amante experimentado y ella quería darle tanto como recibía de él.

Decidida a intentarlo, deslizó la palma de sus manos sobre sus caderas, después la curvó y se metió entre sus muslos, cerca de sus nalgas. Apretó ligeramente el punto que, según la revista, haría que se volviese loco. Whit se estremeció de forma violenta y comenzó a gemir, abrazándola con más fuerza. Podía oír su respiración entrecortada y sentir la humedad entre el torso de Whit y su propia espalda. Siguió temblando sin control unos minutos y, durante una décima de segundo, ella temió haberle herido de alguna manera. De ser así, nunca querría que lo tocara de nuevo y mucho menos hacerle el amor. Pero se había preocupado sin razón.

—¡Dios mío! ¡Ha sido increíble! ¿Dónde has aprendido eso? —le dijo él finalmente.

Pensó que el conocimiento le daba poder y le encantaba tener poder sobre él. Lo miró y sonrió.

—¿Me creerías si te digo que ha sido casualidad?

—¡Claro que no!

—Muy bien, lo confieso. Es algo que leí en un artículo. ¿Lo hice bien?

—¿Bien? ¿Que si lo hiciste bien? Mejor que bien —repuso él aún sin aliento—. Ninguna mujer me lo había hecho antes.

—¡Qué bien! Me alegro de haber sido la primera en hacértelo —le dijo ella encantada.

—Yo también, Mallory —repuso él abrazándola y besándola en el cuello.

Ella se regodeó en ese instante, era como estar en otro mundo, sabía que nunca lo olvidaría. El sexo entre ellos era genial, pero para ella no había nada como estar después así y sentirse entre sus fuertes brazos. Le encantaba tener a Whit unida a ella de forma tan íntima. La verdad era que le encantaba tener a Whit. Pensó en decirle lo agradecida que estaba de que hubiera aceptado su propuesta, pensó incluso en contarle lo del bebé perdido, pero se calló, porque era un momento de alegría y no quería estar triste.

—Que nadie vuelva a decirte que no eres buena amante, Mallory. Eres la mejor que he tenido.

Era todo un halago viniendo de él, pero implicaba que ella tendría otros amantes en el futuro. Mallory, en cambio, no quería otros amantes, sólo a Whit. Pero no iba a poder tenerlo, al menos no de esa forma. Con suerte, tendrían un hijo y lo criarían juntos, pero nunca estarían juntos como ella empezaba a desear. Juntos para siempre.

Darse cuenta de los sentimientos que albergaba en su interior le hizo desear poder huir, como solía hacer él, pero no podía hacerlo, no si quería un bebé. Así que tendría que recordar que lo que habían compartido y lo que compartirían sólo tendría sentido porque estaban intentando procrear.

Tenía que separarse de él, se sentía emocionalmente agotada y debía irse a la cama pronto, le esperaba un duro día en el trabajo. Se sentó, se puso el camisón y se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó él—. Si es a la cocina, no me importaría comer algo, cualquier cosa que me dé energía —añadió

con una mirada seductora.

—Me voy a la cama.

—Buena idea, siempre he querido meterme en tu cama —dijo abrazándola de nuevo.

Quería apartarlo, pero le faltó voluntad.

—Me voy sola a la cama, Whit. Si no, ya sabes lo que pasará y mañana tenemos que madrugar.

—Te garantizo que te levantarás temprano, por eso quiero estar en tu cama.

—Esta noche no. Aún tengo trabajo que hacer antes de acostarme.

—Mallory, no entiendo por qué sigues evitando la cama —repuso él comenzando a vestirse.

—No lo hago —mintió ella—. Sólo prefiero irme sola a la cama, ¿vale?

—Muy bien. «No» significa «no». Hasta mañana —dijo él subiendo escaleras arriba—. Quiero más de esto, Mallory. Mucho más. ¿Lo entiendes? —añadió deteniéndose en el rellano.

Pero ella creía que nunca querría más de ella que sexo y un bebé. Ella le haría el amor durante algún tiempo más mientras se preparaba emocionalmente para cuando las cosas terminaran entre ellos, con suerte por la llegada del bebé.

—Muy bien. Yo también quiero seguir haciéndolo.

—Genial —repuso él.

—Al menos durante un par de días más —añadió ella—. Hasta que deje de ovular.

—Ya veremos —la amenazó él subiendo hasta su dormitorio.

Mallory sabía que el conocimiento era poder, pero a veces le dejaba a uno sin ningún recurso. Se sintió como si estuviera

conduciendo a doscientos por hora por una autopista con un solo destino: terminar enamorada de Whit Manning.

Y no sabía si iba a poder encontrar el freno.

Capítulo Nueve

—La señora McMillan quiere verte —le dijo Rosalyn.

—Pensé que seguía fuera de la ciudad —contestó Mallory confusa desde la puerta de su despacho.

—Creo que se enteró de los planes del marido y decidió acortar el viaje.

Era la peor manera de empezar un lunes. Menos mal que había tenido un fin de semana fantástico y salvaje. Miró el reloj de la pared.

—¿Puedes decirle que vuelva en otro momento? Tengo que ir al tribunal dentro de media hora.

—La vista ha sido pospuesta, me acaban de llamar. Según el abogado del señor Wilkinson, están pensando en reconciliarse.

—¿En serio? La última vez que los vi juntos en la misma habitación, pensé que iban a pegarse.

—Apuesto lo que quieras a que volvieron a casa y lo arreglaron en la cama —dijo su secretaria.

A Mallory le parecía que todo el mundo estaba obsesionado con el sexo. Claro que ella no era quién para hablar, se había pasado toda la noche y gran parte de la mañana pensando en Whit y en su cuerpo. Pero ahora tenía que concentrarse en Anna McMillan y su lucha por la custodia.

—Muy bien, dile entonces que pase.

—De acuerdo. Ha traído al bebé con ella.

No le extrañaba que no quisiera separarse del crío, ni siquiera un segundo. Anna quería mucho a su pequeño y le quedó claro en cuanto entró en el despacho, con el pequeño dormido en sus brazos. Mallory le indicó con un gesto que se sentara en el sofá. El niño siguió durmiendo con la cabeza apoyada en el regazo de su madre. Ella se sentó frente a madre e hijo en una silla.

—Es un niño precioso.

—Es lo que más importa del mundo, por eso estoy aquí.

—Rosalyn me ha dicho que ya sabes lo que pretende tu marido.

—Sí, me llamó él para decírmelo. Es ridículo. No tiene ninguna relación con Robbie. Ni siquiera le ha cambiado un pañal. No entiendo por qué lo hace —dijo ella limpiándose con el revés de la mano las lágrimas que le caían por las mejillas—. Supongo que es su venganza por el divorcio.

—Podría ser. Por fortuna para ti, la mayoría de los jueces aún tienden a otorgar la custodia a la madre, a no ser que haya algún motivo para creer que la madre es incapaz.

—Richard aducirá algo en mi contra para probar que lo soy. Usará las circunstancias en las que nos conocimos para hacerme parecer inapropiada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mallory algo más preocupada.

—Mientras estudiaba en la universidad, me pagaba las clases como camarera en un club nocturno. No me quitaba la ropa ni nada parecido, sólo servía las mesas. Richard era uno de los habituales y una noche empezamos a hablar, después comenzamos a salir y acabé dejando el trabajo unas semanas después. Él me lo pidió. Para entonces, ya hablábamos de casarnos.

—¿Hay alguna otra cosa que crees que puede usar en tu contra?

—No, pero no me extrañaría que se inventase algo de mi pasado.

—¿Y él? ¿Hay algo que podemos usar contra él? ¿Otra mujer?

—No solía pensar eso, volvía pronto del trabajo y me llamaba cuatro o cinco veces. Siempre quería saber dónde estaba. Después comencé a pensar que quizás quisiera saber dónde estaba yo para que no le pillara con otra mujer. No volvió a tocarme desde que me quedé embarazada de Robbie. Si ha tenido una vida sexual desde entonces, no ha sido conmigo.

Mallory sospechó que Anna podía estar en lo cierto.

—Y él no quería que te quedases embarazada, ¿verdad?

—Al principio me dijo que le parecía bien, aunque no estaba muy entusiasmado con la idea. Cuando me quedé embarazada, me dijo que nunca había querido tener un hijo.

No pudo evitar recordar a la madre de Whit.

—Voy a hacer todo lo posible para asegurarte la custodia. Incluso quiero contratar a un detective.

—Si cree que puede ayudar… —dijo ella con la vista perdida—. No siempre ha sido así. Cuando nos conocimos, era divertido y encantador. Sabía que le gustaba controlar un poco, pero no tenía ni idea de lo mal que lo iba a llevar. A veces no conoces a la gente tan bien como crees. En ocasiones me arrepiento de haber tenido a Robbie, por cómo afectó al matrimonio, pero sólo durante medio segundo. Él es toda mi vida y todo lo que tengo ahora. Por eso no puedo perderlo.

Mallory se sentía muy cerca de ella. Le recordaba a su matrimonio fallido y el bebé perdido.

—Trabajaré para que no ocurra. Mientras tanto, llámame si se te ocurre algo que podemos usar en su contra. Con un hombre como tu marido, preferiría tener algo más de munición.

—Es un hombre muy rico. Es todo lo que le importa. Si supiera que me iba a dejar en paz si le permito quedarse con todo el dinero, lo haría.

—No tienes por qué hacerlo. Has vivido con él durante diez años y te mereces lo que vas a recibir según el acuerdo prenupcial. ¿Has encontrado ya trabajo?

—El mercado laboral está fatal y no tengo ningún talento. No terminé la carrera, pero volveré a trabajar de camarera si tengo que hacerlo.

—Esperemos que surja algo pronto. Pediremos una pensión alimenticia para el niño y el pago de tus gastos legales.

Anna se levantó y tomó de nuevo al niño en sus brazos.

—Sólo quiero tener a mi hijo, eso es todo.

Mallory la acompañó hasta la puerta y volvió a sentarse. Tenía un mal presentimiento con ese caso, aunque en circunstancias normales no tendría por qué perder la custodia. Pero todo dependía del juez, de lo que pensase del pasado de Anna y otros temas.

Aparte del divorcio, no podía dejar de pensar en algunas cosas que había dicho Anna.

«Cuando nos conocimos, era divertido y encantador… Al principio me dijo que le parecía bien, aunque no estaba muy entusiasmado con la idea. Cuando me quedé embarazada, me dijo que nunca había querido tener un hijo», recordó en su cabeza.

Sabía que no tenía sentido comparar a Whit con Richard McMillan. Además, ellos no estaban casados así que no iba a haber divorcio. En cuanto a la custodia, sabía que él nunca intentaría quitarle el niño. Seguirían siempre siendo amigos, al menos eso esperaba.

«A veces no conoces a la gente tan bien como crees», pensó de nuevo en sus palabras. Eso le había pasado con Jerry y no podía dejar que ocurriera con Whit. Quizás había llegado el momento de reconsiderar su situación.

Whit dejó las llaves en el salpicadero del coche, salió del vehículo y caminó hasta su proyecto de casa. Acababan de terminar el tejado, las ventanas y los ladrillos. La mayor parte de la electricidad y fontanería también estaba terminada y estaban empezando a pintar, por dentro y por fuera. No quedaba mucho para empezar con los detalles finales.

«Ya parece una casa», pensó mirándola desde el alto vestíbulo. Además, era su escondite preferido. Pensó en los últimos días mientras se sentaba en la escalera. El plan para concebir un hijo había desencadenado algo salvaje entre los dos. No parecían cansarse el uno del otro. El viernes por la tarde, Mallory fue a buscarlo a la puerta en cuanto lo oyó entrar. No llegaron más allá del vestíbulo antes de desnudarse por completo y acabaron tumbados en el sofá y disfrutando de otro encuentro excitante. El

sábado por la noche, terminaron bañándose en la piscina de la azotea a las dos de la mañana. Empezaron a jugar con el agua y acabaron jugando el uno con el otro. El domingo, él estaba leyendo el periódico cuando levantó la vista y se encontró con Mallory bajando las escaleras llevando sólo una camisa de Whit. Decidió en ese instante que tenía que tomarla en sus brazos y llevarla a la cama, tenía que hacerle allí el amor, un sitio que aún no habían explorado. Pero acabaron enredados en el rellano. Aún tenía algunos moretones y arañazos en la espalda, pero había merecido la pena, igual que los momentos que seguían al sexo, cuando estaban abrazados, charlaban o se quedaban simplemente en silencio.

El lunes acabó con sus encuentros íntimos. Era verdad que los dos habían estado ocupados trabajando, pero seguía deseándola con cada poro de su piel, aunque no la había presionado con el tema durante las últimas noches, no pensaba en otra cosa que no fuera meterse en su cama y hacerle el amor toda la noche. Pero ella le había dejado saber que ya no estaba ovulando y había comenzado a mantener las distancias, creando una muralla emocional entre los dos. No sabía qué hacer, odiaba no poder tocarla, pero le disgustaba mucho más no poder hablar con ella.

Y, en vez de enfrentarse al problema, había pasado más tiempo que de costumbre en la casa que estaba construyendo, aliviando su frustración a golpe de martillo. Varios días había estado hasta tarde en la oficina, preparándose para un viaje a Boston que tenía al día siguiente. Estaría fuera cinco días, limando los detalles para un proyecto multimillonario que tenían pendiente. No le atraía nada el viaje, pero al menos tendría tiempo para reflexionar sobre la situación en casa.

Decidió que la traería a ver la casa tan pronto como regresara de Boston. También quería hablar con su padre de sus planes de futuro.

Lo único que tenía claro era que valoraba mucho su amistad con Mallory, pero no quería conformarse sólo con ello. Y aunque esa idea lo aterraba, iba a tener que aceptarlo y empezaría esa misma noche.

—¿Dónde has pasado las últimas noches? —le preguntó ella en cuanto él entró en casa.

—Ya te lo he dicho, preparándome para el viaje de negocios —repuso él desplomándose en el sofá.

—No llevas los trajes que sueles llevar a la oficina —comentó ella con suspicacia.

—Me cambié después de que se fuera todo el mundo para estar más cómodo.

—Ya.

—¿Qué pasa, O'Brien? —preguntó él viendo que ella no quedaba satisfecha con su respuesta.

—Nada. Perdona que te haya preguntado. Lo que hagas de noche no es asunto mío —repuso ella levantando de nuevo un muro de incomunicación entre ellos.

—He estado trabajando, Mallory. Si crees que te miento, estás equivocada. Me conoces bien.

—¿Seguro? —dijo ella mirándolo—. Mira, Whit, me doy cuenta de que sólo acordamos hacer esto para concebir un niño. Si quieres salir con otras mujeres, lo entiendo. No quiero que cambies tus costumbres por mí, sólo espero que seas sincero. Eso es todo.

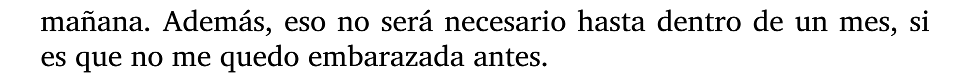
—¿Mis costumbres? ¿Me has visto salir desde que empezamos a acostarnos? Ni siquiera he salido desde que vives aquí.

—Es cierto, pero no quiero que pienses que tienes que cambiar tu vida por mi culpa —le dijo ella volviendo su atención a los documentos que estaba leyendo—. He hecho la colada, la cesta está en la cama. Me imagino que querrás hacer la maleta, como tu vuelo es muy temprano…

Lo que menos le importaba en ese momento era el viaje. Se levantó para quedar frente a ella. Quería convencerla de que no deseaba a nadie más. Quería toda su atención. La deseaba.

—Puedo hacerlo después. Ahora lo que quiero es hacerte el amor. Esta vez en una cama.

—Preferiría terminar de trabajar, tengo que prepararme para


mañana. Además, eso no será necesario hasta dentro de un mes, si es que no me quedo embarazada antes.

—¿Necesario? —repitió él—. Mientes, O'Brien. A mí y a ti misma.

—¿En qué estoy mintiendo? —preguntó ella con toda la atención en él.

—Me deseas tanto como yo a ti. Tanto que puedes sentirlo en el aire. No tiene nada que ver con concebir. Lo que hay entre los dos va más allá. Lo has sentido cuando te abrazo y cuando estoy dentro de ti. Y estás tan asustada que no quieres aceptarlo, ¿verdad?

—Tú no me asustas y yo no soy una de las chicas con las que sales. No voy a correr a tus brazos sólo porque sabes justo lo que hay que decir para llevártelas a la cama. El sexo no lo es todo.

No la entendía, pero sabía cuándo era momento de retirarse.

—Tienes razón. El sexo no lo es todo. Hace mucho que aprendí eso —dijo levantándose.

Tomó sus llaves, que estaban en la mesa, y fue hacia la puerta de entrada.

—¿Adónde vas? —le dijo ella.

—Salgo —repuso él sin molestarse en mirarla y dando un portazo para cerrar.

Bajó las escaleras de dos en dos y comenzó a andar por la calle a buen paso. Sabía que no era buena idea huir así, pero se sentía cansado y sobrecargado emocionalmente. Tenía que pensar. Al llegar a la esquina, entró en uno de sus bares favoritos. No había mucha gente, para ser viernes. Casi todo eran parejas. Él sólo quería tomarse una cerveza sin nadie que lo molestara.

—Dame lo de siempre, Cal —le pidió al camarero.

—¡Whit! ¿Dónde te habías metido? Pensé que te habrías mudado de vecindario.

—He estado muy ocupado últimamente…

Ocupado haciéndole el amor a su amiga para hacer un bebé y enamorándose en el proceso.

—A ésta te invito yo —le dijo sirviéndole su cerveza favorita.

—Gracias —repuso él dándole un buen trago e intentando concentrarse en las noticias.

Pocos minutos después, Cal le dejó otra cerveza delante.

—Pero si aún no me he terminado la primera…

—Es de parte de esas chicas en la mesa de la esquina.

Se dio la vuelta y vio a una rubia y a una morena preciosas. Lo saludaron y rieron. Él les dio las gracias con un movimiento de cabeza y volvió su atención al televisor.

—¿No vas a sentarte con ellas? —preguntó Cal sorprendido.

—No. Voy a quedarme aquí y terminarme la cerveza.

—¿Estás enfermo?

—No, simplemente no me apetece.

—Entonces debes de tener algún tipo de virus… —le dijo Cal inclinando la cabeza y entornando los ojos—. Tienes pinta de haber perdido a tu media naranja.

Y ése era, resumido, el problema de Whit. Tenía miedo de poder perder a Mallory.

Sola en la cama, Mallory intentaba dormir sin suerte. Se sentía fatal por haber sido desagradable con él. Se había mantenido distante y no porque no quisiera seguir acostándose con él. Lo había hecho para protegerse emocionalmente, pero sabía que se había pasado y no tenía nada que echarle en cara. Y tampoco tenía razones para pensar que había algo más entre ellos que el interés en concebir un niño. Pero ella quería más, mucho más. No podía evitar llorar y lo achacó a las hormonas. Lo que significaba que tendría

pronto el periodo o que estaba embarazada.

Se dio media vuelta e intentó no pensar en nada. Oyó la puerta del dormitorio y todos sus músculos se tensaron. Como sabía que Whit había entrado, se hizo la dormida, de otro modo no iba a poder resistirse y acabaría entre sus brazos.

—Mallory, tenemos que hablar —dijo él sentándose en la cama.

—Estoy cansada, Whit.

—No soy un idiota como tu exmarido.

—Lo sé.

—Voy a tener este hijo contigo y estaré a tu lado.

Pero ella temía que su compromiso no fuera más allá y se limitara a ser el padre del bebé.

—Quizás todo haya sido un error. A lo mejor nos precipitamos y sería mejor no volver a hacerlo.

—¿Qué? ¿Después de convencerme ahora me dices que has cambiado de opinión?

—La verdad es que no sé lo que quiero, Whit.

—Te diré lo que yo quiero, Mallory. Quiero tener este bebé tanto como tú, tanto que no hago otra cosa que pensar en él. No sería justo que cambiaras ahora de opinión.

—Sólo necesito algo de tiempo para pensar en todo —le dijo ella.

—Muy bien, te daré tiempo para pensar —repuso él levantándose de la cama—. Mientras estoy fuera puedes pensar en ello. Cuando te dije que sí a todo, me daba cuenta de lo que implicaba. Querías quedarte embarazada, que criáramos al niño y seguir siendo amigos. Pero nunca pensé…

Mallory se giró al ver que no terminaba la frase.

—¿Nunca pensaste que qué?

—No importa —contestó él después de vacilar unos segundos—. Ahora no importa. Tienes tiempo de sobra para pensar mientras estoy de viaje, no te molestaré en absoluto. Cuando vuelva, me dices lo que has decidido, ya que es obvio que yo no tengo nada que decir en el tema.

Salió del dormitorio y a Mallory le dio un vuelco el corazón. Pensó en lo que casi le había dicho. Quizás nunca pensó que fuera a pasárselo tan bien. Quizás nunca pensó que fueran a probar tantas posturas. O quizás nunca pensó que fuera a enamorarse de ella. Deseó con todas sus fuerzas que fuera la tercera opción, pero nunca lo sabría si no se lo preguntaba.

Aún estaba a tiempo, podía ir tras él y confesar lo que sentía. Pensó que podía arriesgarlo todo al hacer algo así, sobre todo si él no sentía lo mismo. Así que decidió quedarse donde estaba y dedicar los siguientes días a reflexionar.

Además, pensó que para cuando él volviera quizás tuviera noticias que darle sobre si habían tenido éxito encargando el bebé. Ya le había entregado su corazón y ahora deseaba darle el hijo que tanta ilusión le hacía a Whit.

Whit maldijo su cobardía. La noche antes de irse había tenido la oportunidad perfecta para decirle a Mallory lo que sentía por ella, pero no la había aprovechado. Había salido huyendo.

No sabía por qué le resultaba tan difícil expresar sus sentimientos, llevaban meses hablando de manera abierta de casi todo. Aun así, le costaba ser honesto ahora.

Y durante los últimos cinco días, había sido un desastre, no tenía la cabeza en lo que hacía. Por suerte, su padre le había dejado respirar y, para variar, sin quejarse de su comportamiento. Pero, ahora que llevaba una hora de viaje en avión de vuelta a Houston, sintió que Field quería decirle algo.

—Creo que hemos tenido unos días muy productivos —comenzó.

Whit no se esperaba ese tipo de conversación y suspiró aliviado.

—Muy productivos, parece que las negociaciones van a dar buenos resultados.

—Sí, pero desde que llegaste has tenido la cabeza puesta en lo que dejaste en casa…

—Tengo mucho que hacer.

Lo primero que quería hacer era hablar con ella y sincerarse.

—Hay algo que quería comentarte —le dijo él aprovechando el momento de conversación entre padre e hijo.

—Te escucho —repuso Field.

Whit se terminó su copa de un trago y miró el vaso vacío.

—Quiero construir casas, no rascacielos. De hecho, ya he empezado una en un barrio residencial al norte de Houston.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? —preguntó Whit asombrado.

—Los dos trabajamos en la construcción, Whit, y esas cosas se saben. Los contratistas son muy charlatanes…

—¿Y no me dijiste nada?

—¿Qué iba a decirte? Es tu negocio y tu dinero. Hace tiempo que sé que no eres feliz.

Whit pensó en el pasado, en un tiempo en el que podían hablar.

—¿Sabes? En parte, es culpa tuya que quiera construir casas. El verano que cumplí dieciséis…

—Te llevé a que trabajaras conmigo en ese programa benéfico para construir casas para madres solteras. Recuerdo cuánto te gustó. Además, se te daba muy bien.

—Fue una experiencia estupenda.

—La necesitabas. No puedes apreciar lo que tienes hasta ver lo que les falta a los demás.

Whit empezaba entonces a darse cuenta de todo lo que su padre había hecho por él. Field siempre había estado ahí, a pesar de que se pasaban el tiempo discutiendo y criticándose.

—Te agradezco todo lo que has hecho, papá. Todas las veces que dejaste de lado el trabajo para ir a mis partidos, las charlas, incluso los consejos.

Field se reajustó la corbata, estaba claro que se sentía incómodo con la conversación.

—De nada, hijo, es lo que se supone que tienes que hacer por tus hijos —repuso sonriéndole.

—Entonces, entenderás que quiera empezar mi propio negocio.

—No.

—Mira, papá, yo…

—Quieres ser independiente. Lo entiendo. Pero no hay razón para que no lo hagas desde donde estás ahora, desde nuestras oficinas. Puedes pasarte al departamento de residencial tres pisos más abajo. Ya tienes empleados y puedes contratar más. Cuando me retire tendrás toda la empresa para ti. Puedes hacer lo que quieras con ella, incluso soñar con que tu hijo se haga alguna vez cargo de ella.

No podía creer lo que oía.

—¿Sin compromisos? ¿No esperarías que diseñara personalmente los grandes proyectos?

—No, aunque no me importaría poder consultarte de vez en cuando, si tienes tiempo. Puedo ascender a Leland para que ocupe tu puesto. Pero sí me gustaría que terminaras lo de los Barclay.

—Por supuesto. Termino lo que acabo, siempre lo hago.

—¿Incluye eso tus planes para tener un hijo con Mallory?

Whit sabía que el tema iba a salir tarde o temprano.

—Sí, si es que ella está aún en casa cuando vuelva.

—¿Tenéis problemas?

Whit se pasó la mano por el pelo y aflojó la corbata.

—Ella los tiene a la hora de confiar en mí, y no la culpo. Ella tuvo un mal matrimonio con un tipo que le era infiel y a mí no se me conoce por…

—¿Tu afición a la monogamia? —terminó su padre por él con una sonrisa.

Su comentario le dolió.

—Lo admito, nunca he querido sentar la cabeza, pero he cambiado de opinión. Ahora quiero comprometerme con esta relación. Por desgracia, tuvimos una discusión la noche antes de salir de viaje y salí huyendo. He intentado llamarla, pero nunca llego a hacerlo. Tengo miedo de que ya no quiera hablar conmigo.

Field lo miró con seriedad.

—Whit, has heredado mi cabezonería. A veces es buena, a veces no. Pero no heredes la tendencia de tu madre a huir de los conflictos. Lo mejor que puedes hacer es decirle lo que sientes.

No le gustaba pensar que era el hijo de su madre, pero en algún sentido lo era.

—Se me da muy mal expresar lo que siento.

—Lo primero que tienes que hacer es decirle que la quieres —dijo Field—. Porque la quieres, ¿verdad? —añadió al ver que su hijo suspiraba.

Aquello era muy duro, más de lo que podía preveer. Le costaba admitir algo tan personal frente a su padre, algo que sólo estaba empezando a aceptar él mismo.

—Sí, así es. Más de lo que pensaba.

Lo dijo y se sorprendió de que los cielos no se abrieran ni el avión cayera al vacío.

—Entonces, díselo, Whit. Y, ya que estás, comprométete de verdad con lo que tienes con ella. Pídele que se case contigo.

—Eso es lo que se te da bien a ti, papá —le dijo Whit mirándolo con escepticismo—. Mallory ya ha estado casada y parece estar bastante en contra del matrimonio.

—No lo sabrás hasta que no se lo preguntes. A mí quizás me ha costado tres veces conseguir un buen matrimonio. Pero tú puedes tener suerte a la primera. Mallory merece la pena.

Whit ya lo sabía. Lo que no tenía tan claro era si él la merecía. Pero luego reflexionó y supo que sí, se merecían el uno al otro, se complementaban, fuera y dentro de la cama. Y, durante las largas noches que había pasado fuera, se había dado cuenta de que no le había hecho el amor sólo para dejarla embarazada sino porque llevaba tiempo enamorado de ella, seguramente desde la noche en que la vio bajar las escaleras de su casa, vestida para el baile de primavera y lista para su primera cita. Pero durante años había escondido sus sentimientos, en parte al creer que el ser hermana de su amigo la convertía en inalcanzable y en parte porque ella había elegido a otra persona. Alguien que no se había merecido ser su marido.

En cuanto llegara a Boston, iba a decirle que se había pasado gran parte de su vida corriendo de ella cuando debería haber corrido hacia ella. Tenía ganas de pedirle que se casara con ella y conseguir que dijera que sí usando cualquier táctica que fuera necesaria. Y más que nada, se moría de ganas de oírla decir que estaba embarazada de su hijo.

Capítulo Diez

No estaba embarazada.

En ese instante necesitaba a Whit más que nunca. Lo necesitó esa mañana cuando se hizo el test de embarazo, rezando para que fuera positivo y recibiendo malas noticias a cambio. Y lo necesitaba en aquel momento mientras esperaba a que la recibiera el doctor. Tenía que hablar con él.

El tiempo pasó lentamente mientras esperaba en el despacho del médico. Necesitaba preguntarle de nuevo por la posibilidad real de que se quedara embarazada. Y lo quería saber antes de que Whit volviera de viaje esa misma noche.

Se abrió la puerta y entró el doctor Iverson, un famoso obstetra. Ella se preparó para la dura conversación a la que tenía que enfrentarse respirando profundamente.

—Me ha comentado la enfermera que está preocupada sobre la posibilidad de concebir, ¿verdad? —le preguntó directamente el doctor sentándose a la mesa.

—Sí. Me hice un test está mañana, pero dio negativo —dijo no sin dolor—. Y eso me ha hecho pensar en varias cosas.

El doctor Iverson se dejó caer sobre el respaldo y se subió las gafas.

—¿Cuántos días de retraso tenías? —le preguntó.

—Bueno, según mis cálculos unos dos días. Nunca he sido muy regular.

—Es verdad —dijo él mirando su historia médica—. Dos días no es mucho tiempo.

—Pero en la caja del test pone que puede reconocer un embarazo con sólo un día de retraso…

—Sí, pero no siempre son exactos.

—Lo sé, pero me ha dolido el pecho y me he sentido bastante cansada y emocional.

Sabía que todo eso eran síntomas de la llegada de su periodo.

—Supongo que estaba ansiosa por saber si lo estaba.

—Mallory, no hay razón para creer que no puedas concebir y que el bebé nazca bien, si es que eso es lo que te preocupa.

—Sí, pero la primera vez no fui al médico de inmediato. De hecho, esperé hasta estar casi de dos meses antes de confirmar el embarazo.

—Aunque lo hubieras sabido antes, no podías haber evitado lo que ocurrió. Fue una de esas cosas trágicas que ocurren a veces. No siempre sabemos las razones.

Mallory quería creerlo, pero muchas veces se preguntaba si no habría perjudicado al niño su preocupación por ese embarazo.

—Como te he comentado, parece que aún funciona tu otro ovario, pero sólo el tiempo lo dirá.

—¿Y si no funcionara apropiadamente?

—Te sugiero que sigas intentándolo. Podemos esperar entre seis meses y un año y después pensar en otras opciones.

No podía imaginarse que Whit fuera a querer esperar tanto, no podía pedírselo.

—Si ésa es la única opción, supongo que no hay otro remedio.

Él comenzó a escribir algo en su libro de recetas.

—Para estar seguros, me gustaría hacerte unos análisis de sangre —dijo dándole el volante—. Lleva esto a los laboratorios.

—¿Es necesario? —preguntó ella mirando el papel—. Ya me los hicieron la última vez que vine.

—Es por precaución. Queremos asegurarnos de que tu salud está en buena forma.

—Muy bien —dijo poniéndose en pie y dándole la mano—. Gracias, doctor Iverson. Gracias por recibirme con tan poca antelación.

—No hay de qué. Hoy en día, no se sabe cuándo puedo yo necesitar sus servicios.

—Bueno, sólo llevo divorcios y adopciones. A menos que considere uno de los dos, no me va a ver profesionalmente —repuso ella sonriendo.

—Ninguna de las dos cosas a mi edad. Tengo siete hijos propios y una mujer que me soporta, sólo Dios sabe por qué —replicó él riendo.

Mallory pensaba que quizás no fuera a tener la misma suerte con Whit, no creía que él siguiera soportándola, sobre todo después de contarle lo que acababa de comentarle el obstetra.

—Muy bien, entonces, hasta dentro de seis meses.

—O quizás antes, Mallory —repuso él mientras ella se giraba para salir—. Y escucha una cosa…

—¿Qué?

—Intenta mantener la fe. Si está escrito que ocurra, lo hará —le dijo él.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que salir del despacho antes de que se pusiera a llorar allí mismo. No era muy optimista, no creía que fuera a quedarse embarazada. Y tenía mucha menos fe aún en su relación con Whit, podía acabar confiando en él, pero parecía que no iba a poder darle un hijo. Pensó que quizás lo mejor que podía hacer era irse, antes de terminar también con su amistad.

No podía creerse que se hubiera ido. Y lo peor de todo era que ni siquiera se había molestado en decírselo a la cara. Parecía que había aprendido de él más de lo necesario. Había aprendido a huir cuando las cosas se ponían difíciles.

La nota sólo decía: *No puedo hacer esto*. El test de embarazo negativo al lado del papel hablaba más que la misiva. Pero no entendía por qué se había rendido tan pronto, aunque quizás temiera por su amistad y, con la reputación de Whit, decidiera que él no merecía la pena.

Se lamentó por no haber ido directamente desde el aeropuerto esa mañana, eso quizás la habría detenido. En vez de eso, se había pasado la tarde haciendo algunas llamadas y arreglando las cosas para darle una sorpresa. Una sorpresa que esperaba la convenciera de que ellos se pertenecían el uno al otro y debían estar juntos. No sólo por el bebé sino para siempre.

Whit hizo una bola con el papel y la tiró a la basura junto con el test. No iba a dejar que nada lo detuviera, no cuando tenía un objetivo en mente. Encontraría a Mallory, sabía exactamente dónde podía estar.

Entró en el salón y tomó el teléfono, ignorando la luz intermitente del contestador, y marcó un número. La madre de Mallory contestó pronto.

—¿Diga? —saludó con voz apagada.

—Lucy, soy Whit. ¿Está ella allí?

—¡Whit! ¿Qué ha pasado? Está muy disgustada, pero no quiere hablar con nosotros.

—Salgo ahora mismo para allá, pero no le digas que voy.

—¿Qué es lo que pasa?

—Ya lo explicaré después.

Esperaba que la explicación que le diera después fuera acompañada de buenas noticias y un final feliz para esa situación.

Whit colgó y pulsó el botón del con testador, esperando oír la voz de Mallory.

—Soy Rosalyn —decía el primer mensaje—. Quería decirte que la señora McMillan ha llamado. El detective ha sido un acierto, ha descubierto que tenía dos amantes y el marido ha decidido no

seguir adelante con la petición de custodia. Justo ahora que estaba afilando el cuchillo… Bueno, te veo mañana.

El segundo mensaje tuvo que escucharlo varias veces para asegurarse de que lo había entendido correctamente. Después, sintió un miedo y pánico como no había sentido en su vida.

Se moría de ganas de estar con Mallory, pero antes tenía que devolver esa llamada y obtener más información. Después iría por ella, estuviera donde estuviera, tenía que ser suya.

Mallory necesitaba otra caja de pañuelos desechables. No era normal que llorara tanto pero, por otra parte, nunca se había sentido tan triste en su vida. Se imaginaba que Whit ya habría llegado a casa y visto que se había ido, habría encontrado la nota y el test. Esperaba que la llamara, quizás lo hubiera hecho ya. Les había dado a sus padres claras instrucciones de que no quería hablar con nadie. Sabía que tarde o temprano tendría que hablar con él y decirle por qué había decidido irse. Sus razones le habían parecido válidas en ese momento, ahora le sonaban como un montón de excusas. Se había basado en listas para vivir sus últimas dos semanas, pero ninguna de ellas le explicaba qué hacer con su magullado corazón.

Pero no podía ignorar que estaba enamorada de él, pero tampoco le podía pedir a Whit que se implicara en una relación más allá de lo que tenían, porque ya había fracasado ese intento con otro hombre y a pesar de que sabía que él no era como Jerry. Todo lo que a su exmarido le faltaba, Whit lo tenía en abundancia. Lo único que tenían en común era su debilidad por las mujeres, pero tenía que admitir que él no había salido con nadie desde que se mudó a su piso. Y, que ella se diera cuenta, ni siquiera recibía llamadas de otras mujeres. Pero nada de eso importaba si no veía en ella más que a una buena amiga y a una amante temporal. Pensaba que aunque él tuviera otros sentimientos hacia ella, quizás ni siquiera pudiera darle un bebé.

Alguien llamó en ese momento a la puerta, sobresaltándola tanto que casi se cae de la cama. Si Whit fuera a verla, no sabría qué decirle, por mucho que ensayara las palabras que tenía atrapadas en la garganta.

—Mallory, ¿puedo pasar?

No era Whit, era su padre.

—Claro.

No le vendría mal tener su hombro para llorar, aunque hubiera preferido tener a otro hombre a su lado, Dermot O'Brien era experto consolando a sus hijos.

Mallory se secó las lágrimas con la mano, intentando ocultar que había llorado, pero era demasiado obvio. Cuando entró, se sentó en la cama con ella y la abrazó. Ella lloró contra su pecho, sacando fuera toda su confusión y tristeza, hasta mojarle todo el frente de la camisa.

—Lo siento —le dijo apartándose de él.

—No hay de qué, cariño —contestó él dándole golpecitos en la espalda—. Pero me gustaría saber por qué estás así.

—Es complicado, papá. He cometido algunos errores y no sé cómo enmendarlos —le dijo llorosa.

—Podrías empezar hablando con el joven que espera de pie en mi salón. No sé cuál de los dos tiene peor aspecto y parece más afectado, aunque a él no le ha dado por llorar. Aún.

Mallory abrió los ojos con sorpresa.

—¿Whit está aquí?

—Así es y dice que tiene que verte.

—No creo que sea buena idea ahora mismo —repuso ella bajando la mirada.

Dermot le tomó la barbilla para levantársela y sonrió.

—Sí, hija. Yo creo que sí que lo es. Deberías intentar solucionar esos problemas del corazón con la persona a la que amas.

—No he dicho que lo amase.

—No tenías que hacerlo, lo veo en tus ojos. Y también me di cuenta la noche de la fiesta de Logan. Y está en los ojos de Whit, también.

—No importa si lo quiero. Puede que no sea capaz de darle lo que necesita.

—Claro que sí, cariño. Estará encantado de tenerte.

—Puede que no pueda darle un bebé.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó su padre extrañado y con el ceño fruncido.

—Hace algún tiempo que lo sé. Es una historia muy larga y ahora estoy demasiado agotada para contártelo, pero no sería justo que le negara eso.

—Lo que no sería justo para él es que no le dieras la oportunidad de que lo decida él. Los niños son una bendición, pero el amor es el mejor don. Podrías tener eso con Whit.

Mallory sintió ganas de llorar de nuevo.

—Whit no me ha dicho que me quiere.

—Pero lo hace, siempre te ha querido. Y siempre he esperado que cumpliera la promesa que me hizo hace años.

—¿Qué promesa?

—Cuando tenías unos catorce años, me dijo que algún día se casaría contigo. Pero después se fue a la universidad y tú empezaste a salir con Jerry. Por cierto, ese tipo era más inútil que un encendedor de cigarrillos en una moto. Pero Whit no es así, mi amor. Él es un buen hombre y será un buen marido.

Pero Mallory no podía ni siquiera imaginarse que él quisiera casarse. Las promesas hechas más de quince años atrás no eran válidas ya.

—No me ha pedido que me case con él, papá. Y no estoy segura de que lo vaya a hacer nunca.

—Nunca lo sabrás con certeza hasta que escuches lo que tiene que decirte, ¿no? —dijo él limpiándole otra lágrima de la mejilla—. Ahora, hazme un favor. Vete al salón y escúchalo —añadió mientras la tomaba de las manos para levantarla de la cama—. Tu madre y yo os dejaremos que habléis tranquilos.

Mallory sonrió aunque estaba asustada y nerviosa.

—Muy bien, iré a hablar con él, pero no te hagas ilusiones con lo de la propuesta de matrimonio.

—Cariño, a veces son las ilusiones las que nos hacen sobrevivir. Y a veces tu viejo padre presiente las cosas.

Esperaba que estuviera en lo cierto, que Whit esperara de ella más que el bebé. Esa esperanza fue la que hizo que saliera del dormitorio para enfrentarse con el hombre al que amaba.

Whit estaba sentado en el porche de los O'Brien como un chico con granos esperando a llevar a una chica a su primer baile. Cuando oyó la puerta tras él, se levantó y giró, con las manos en los bolsillos y un espectacular nudo en la garganta. Creía que sería Dermot, viniendo a decirle que ella no quería verlo. Pero fue a Mallory a la que vio salir por la puerta, dudar sólo un segundo y entonces echarse a correr hasta llegar a sus brazos.

Escondió la cara en su hombro y Whit se dio cuenta de que estaba llorando, otra cosa que no esperaba. Sintió cómo su esbelto cuerpo temblaba entre sus brazos y aquello hizo que se agudizara el dolor que sentía.

Minutos después, Mallory levantó la vista, mirándolo con sus maravillosos ojos verdes.

—Whit, lo siento, lo siento muchísimo… —le dijo entre sollozos.

Él le tomó la cara entre las manos y la besó en las mejillas.

—Eh… No pasa nada, cariño.

—Sí que pasa.

—Todo saldrá bien, lo prometo —dijo viendo detrás de ellos a un satisfecho Dermot que los miraba desde la puerta—. Vamos a dar una vuelta en la furgoneta.

—¿Adónde?

—A un sitio donde podamos hablar.

Rodeándola con su brazo, la llevó hasta la furgoneta y la ayudó a entrar. Él también lo hizo.

—Quiero que estés a mi lado —le dijo él señalando el hueco que los separaba.

Ella hizo lo que le pedía y hasta dejó que le pusiera el cinturón. Mallory se apoyó en su hombro y él comenzó a conducir sin soltarle la mano, como si temiera que fuera a saltar del vehículo. Era una idea bastante extraña, pero en ese instante no podía pensar con claridad. Se sentía indefenso, ansioso pero también esperanzado.

Mallory no le preguntó de nuevo adónde iban, era como si confiara en que fuera a cuidar de ella. Sólo esperaba que confiara en que él pudiera cambiar también las cosas entre ellos, haciendo todo mucho mejor. Pero decidió, mientras aparcaba frente a la casa que había construido él, que lo sabría muy pronto.

—¿Dónde estamos? —le preguntó entonces ella enderezándose.

—Ya lo verás —dijo saliendo de la furgoneta y ayudándola a ella.

La tomó de la mano y la llevó por el camino de sus sueños hasta la casa, que era ese día exacto en más de un sentido si ella terminaba accediendo.

—Yo he diseñado esta casa, Mallory. Ayudé a poner los cimientos con mis propias manos. Aquí es donde he estado viniendo cuando llegaba tarde a casa, no estaba con otra mujer.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque quería darte una sorpresa y quizás también porque tenía demasiado orgullo.

—¿Para quién la estás construyendo? —le preguntó ella con algo de esperanza en el tono.

Algo que hizo que Whit sonriera.

—Al principio pensé en tenerla como casa piloto, para que la gente la viera —le dijo—. Pero me di cuenta hace poco que no la he estado construyendo para el público en general, ni siquiera lo he hecho conmigo en mente. La estaba construyendo para ti.

—¿Para mí?

—Bueno, mejor dicho, para los dos —dijo mirándola a los ojos —. Te quiero, Mallory. Siempre te he querido.

Sus ojos se humedecieron de nuevo.

—Y yo a ti, Whit. Eres mi mejor amigo.

Él sintió algo de frustración creciendo en su pecho.

—No te quiero como a una amiga, Mallory. Te quiero como cualquier hombre en sus cabales lo haría —dijo tragando saliva—. Te quiero más de lo que puedo expresar.

Ahora sí que la lágrima que amenazaba con caer rodó por su mejilla. Él la limpió con el pulgar.

—Yo también te quiero, Whit. De la misma forma.

Whit suspiró entonces y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Cásate conmigo, Mallory O'Brien.

—Pero…

Él le cubrió los labios con un dedo.

—Nada de peros. Sólo di que sí, quiero oírte decir «sí».

Ella se apartó un momento.

—Tengo algo que decirte antes. ¿Y si nunca podemos tener un

hijo? ¿Y si no puedo quedarme embarazada? ¿Me querrías entonces?

—Mallory, deja que te cuente algo. Hace años, cuando no éramos más que críos, le dije a tu padre que algún día me casaría contigo.

Ella sonrió temblorosa.

—Lo sé, acaba de decírmelo él mismo.

Pero su padre no le había contado el resto porque no lo sabía, nadie lo sabía.

—Entonces, pensaba que era mi obligación protegerte, como tus hermanos lo habían hecho. Pero cuando tuve que sentarme en ese banco de la iglesia y observar cómo te casabas con ese sinvergüenza, prometiendo amarlo hasta que la muerte os separara, me di cuenta de que yo era el que debía estar allí, frente al altar, contigo. Yo debería haber sido el que te besara al terminar la ceremonia y el que hiciera el amor contigo cada noche. Pero no, continué con mi vida, metiéndome en una espiral de relaciones efímeras y vacías. Hasta ahora no sabía por qué. La razón es que ninguna te llegaba a los talones. Y no voy a quedarme sentado esperando a que te cases con algún otro. Quiero oírte pronunciar los votos del matrimonio frente a mí y decírtelos a ti. Con bebé o sin bebé.

No pudo contener las lágrimas, esa vez de felicidad.

—¿Quién iba a decirme que eras un tipo tan romántico? —le dijo ella.

—Y aún no has visto nada. Pero lo harás en cuanto me digas que sí.

—Bueno, no aguanto el suspense —repuso ella sonriendo—. Así que supongo que me casaré contigo.

Whit la atrajo entonces entre sus brazos y la besó con pasión, durante largo rato, con un amor que pensaba que no podía existir. Después, tomó su mano y le enseñó la casa, mostrándole las habitaciones y sus funciones, dejando lo mejor para el final. Antes de abrir la puerta, se colocó tras ella y le cubrió los ojos con las

manos.

—Recuerda, no está terminada porque tú te encargarás de la decoración, pero he traído algo para celebrar la ocasión. Mantén los ojos cerrados.

Whit abrió la puerta y la ayudó a entrar.

—Ya está. Abre los ojos.

—¿Qué es eso?

Preguntó ella con los ojos abiertos de par en par.

—Bueno, eso explica muchas cosas, Mallory. Si no puedes reconocer una cama cuando la ves, me imagino que por eso nunca hemos estado en ninguna.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ya sé que es una cama, pero ¿por qué está aquí si aún no está enmoquetado el dormitorio?

Él fue hasta una esquina de la habitación y encendió una lamparita. La única luz que había en el dormitorio. Después fue hasta los pies de la enorme cama con dosel y señaló la alfombra que estaba a sus pies.

—¡Mi alfombra favorita! —exclamó ella sorprendida y riendo.

—Sí, pero esta noche no vamos a hacer el amor en ella.

—¿Hacer el amor? —repitió ella cruzando los brazos sobre el pecho y mirándolo seductoramente—. Tienes mucha seguridad en ti mismo, Manning.

—No, O'Brien, es más que eso, estoy determinado a hacerlo —dijo andando despacio hacia ella—. No vamos a pensar en hacer un bebé y no vamos a hacerlo contra la pared, en las escaleras o en el suelo. Voy a hacerte el amor muy despacio, en una cama. Después te sostendré entre mis brazos y si estás dispuesta, te haré el amor de nuevo —añadió ya a pocos centímetros de ella—. Lo haremos por amor, no será sólo sexo.

Ella alargó la mano y le desabrochó un botón de la camisa.

—No voy a oponerme, si eso es lo que estás esperando…

—Ya no espero más, Mallory. He esperado demasiado tiempo a tenerte. Unos veinte años, para ser exactos.

Se quitaron la ropa corriendo, pero eso era lo único para lo que Whit tuvo prisa. Le había costado mucho esfuerzo y dinero que le llevaran la cama a tiempo, pero más le había costado conseguir a Mallory y se tomó su tiempo haciéndole el amor. Usó sus manos y su boca por todo su cuerpo, entreteniéndose en sus lugares favoritos. Ella le devolvió el favor, volviéndolo completamente loco antes de dejar que se deslizara en su interior. Esa vez fue distinta a las anteriores, diferente porque por fin se habían reconocido sus sentimientos y sabían que se pertenecían el uno al otro.

Después, él la abrazó, sintiendo por fin que había atravesado la barrera de intimidad que se había alzado entre ellos. Aún tenía mucho que decirle.

—Siento mucho no haber estado contigo cuando te hiciste el test. Ojalá me hubieras esperado.

Ella lo besó en el hombro y se acercó más a su corazón.

—Lo pensé, pero supongo que quería darte buenas noticias cuando llegaras a casa. Y eso me recuerda que hay algo más que tengo que decirte.

—Yo también tengo un par de cosas pendientes —le dijo él.

—Esta vez, necesito empezar yo —insistió ella con una sombra de tristeza en sus ojos—. Cuando Jerry y yo llevábamos unos cinco meses casados, me enteré de que estaba embarazada. Durante un tiempo, no quise aceptarlo. Cuando por fin confirmé el embarazo, perdí al niño dos semanas más tarde —añadió con evidente dificultad—. Entonces no estaba preparada para ser madre, era demasiado joven y mi matrimonio era un fracaso. Cuando me hice ese test años atrás, maldije el chisme por darme un positivo. Esta mañana, sin embargo, soñaba con todo lo contrario.

—¿Por qué no me contaste antes todo esto? —le preguntó él abrazándola con ternura.

—No se lo había contado a nadie. Creo que me sentía culpable porque no quería estar embarazada y cuando me di cuenta de que me gustaba la idea, fue demasiado tarde. Durante mucho tiempo, pensé que no me merecía ser madre después de lo que había pasado.

—Pero no es verdad, Mallory, te mereces ser madre. Ahora, prométeme que no nos guardaremos más secretos, porque yo tengo un par.

—Lo prometo —respondió ella—. ¿Qué secretos?

—Uno tiene que ver con tu hermano.

—Le dijiste que estamos intentando que me quede embarazada.

—No, pero Helena está embarazada.

Mallory se tensó.

—¡Genial! Ella lo consigue y yo no.

—No necesariamente.

—Admiro tu optimismo, Whit.

De mala gana, él se sentó y sacó un papel de un bolsillo de su pantalón.

—Antes de ir a buscarte, escuché el contestador, tenías un par de mensajes. El primero de Rosalyn, dijo algo de una tal señora McMillan y las amantes de su marido. Él ha decidido no seguir adelante con la petición de custodia.

—Vaya, una noticia fantástica.

—Sí y, antes de hablarte del mensaje más importante, tengo que enseñarte algo —dijo mostrándole un par de *boxers* con cigüeñas rosas—. ¿Qué te parece?

—Me parece que nunca había visto nada igual, espero que nos traigan suerte.

—No necesitamos suerte —dijo mirándola a los ojos—. El otro mensaje era de tu médico, hablaba de unos análisis de sangre.

—Sí, fui a verlo hoy. Supongo que llamaba para contarme los resultados del análisis. ¿Comentaba algo sobre ellos en el mensaje?

—El mensaje era de la enfermera, decía que era importante que llamaras, así que lo hice por ti.

—¿Qué te dijo?

—No mucho, de hecho, al principio no quería ni hablar conmigo, ni siquiera cuando le dije que era tu prometido. Pero usé todos mis encantos y, cuando eso tampoco funcionó, la presioné hasta que me contó una cosa, aunque no podía darme los resultados de los análisis. Me dijo que había encargado en una farmacia algo para ti. Unas vitaminas que he recogido para dártelas.

—¿Vitaminas? ¿Tendré anemia? —se preguntó ella con el ceño fruncido.

Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, toda la tarde.

—Son vitaminas prenatales, O'Brien.

—¿Qué? —preguntó confusa y atónita.

—Estás embarazada.

Mallory se cubrió la boca con las manos, pero no pudo ahogar un grito de alegría.

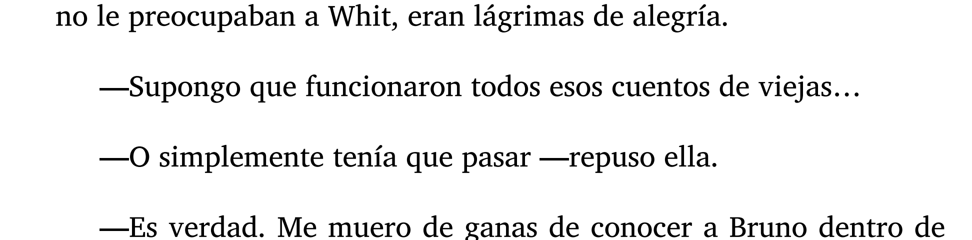
—Dime que no estás bromeando, por favor.

—Nunca bromearía con algo tan importante. Tú y yo, Mallory, ¡vamos a ser padres!

—¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

—Quería que te casaras conmigo porque eso es lo que deseas, no porque vayamos a tener un niño. Te quiero y no puedo vivir sin ti. Con bebé o sin él.

Ella lo rodeó con sus brazos y volvió a llorar. Pero esas lágrimas



no le preocupaban a Whit, eran lágrimas de alegría.

—Supongo que funcionaron todos esos cuentos de viejas…

—O simplemente tenía que pasar —repuso ella.

—Es verdad. Me muero de ganas de conocer a Bruno dentro de unos ocho meses.

—A quien vas a conocer es a Betsy. Hazte a la idea. Deberías haberme hecho el amor contra la pared mientras tuviste oportunidad.

—Lo hemos hecho de tantas formas que alguna sería buena para concebir un niño.

—¿Sabes qué? —dijo ella besándolo y con una sonrisa de oreja a oreja—. Lo único que me importa es que sea un bebé sano, feliz y querido.

—Recuerda que yo me dedico a diseñar, O'Brien. El bebé estará construido a la perfección.

Rieron juntos hasta que Whit vio una sombra de preocupación en sus ojos.

—¿Qué pasa, Mallory?

—Tienes que saber que, durante las próximas semanas estaré algo nerviosa, al menos hasta que sepa que el bebé está bien.

Él la abrazó de nuevo.

—Puedes contar conmigo para cuidar de ti y del bebé. Pasaremos este tiempo juntos.

—Yo también cuidaré de ti.

Y Whit sabía que así iba a ser, como habían cuidado el uno del otro durante los cinco meses anteriores. Esperaba seguir igual durante los siguientes cincuenta años.

Epílogo

—¿Dónde están los novios?

Mallory miró a Corinna. Ambas estaban esperando en el sofá del salón de los O'Brien a que llegaran Logan y Helena, que se casaban al día siguiente.

—No lo sé, la cena terminó hace más de una hora —repuso Corinna.

—A lo mejor han pensado en adelantar la luna de miel —comentó Mallory con una mueca.

Durante la preparación para la boda, había podido presenciar la peor cara de Helena.

—A lo mejor uno de los dos ha cambiado de opinión —dijo Corinna—. Y no sería tan mala idea, no creo que estén hechos el uno para el otro.

Por el tono de Corinna, supo que algo estaba molestándole.

—¿Dónde está mi hermano?

—Me imagino que de camino a casa desde Atlanta.

Le extrañó que no estuviera segura del paradero de Kevin.

—¿Qué tal su trabajo?

—Muy bien. ¿Y qué tal para ti la vida de casada?

—Maravillosa.

Y era verdad, ese matrimonio no tenía nada que ver con el primero.

—Me sorprende que no tuvierais una boda oficial.

—Ya lo hice la primera vez —repuso Mallory—. Además, con la gran boda de Helena y Logan a la vista, no quería que mis padres

tuvieran que preocuparse de nada más. Fue en el juzgado y fue perfecto —añadió mirando a su marido.

Whit estaba hablando con Kieran y Aidan. Él la miró, sonrió y le guiñó un ojo. Aún conseguía dejarla sin aliento, sobre todo ahora que compartían casa y cama cada día. Planeaba contarle a su familia que estaba embarazada una semana después. De momento se sentía bien, sólo un poco cansada. Whit cuidaba mucho de ella.

Se abrió la puerta y entró Logan, pero entraba solo. Casi sin saludar, le hizo una señal a Whit para que saliera afuera con él.

—¿Qué crees que pasa? —preguntó Corinna.

—No lo sé, pero voy a enterarme.

Cuando Whit entró de nuevo en la casa, se levantó para hablar con él, pero Whit se detuvo a comentarle algo a Dermot. Estaba claro que pasaba algo.

—Escuchad todos —comenzó el padre—. Me temo que tengo malas noticias. Parece que no va a haber boda después de todo.

Lucy casi tira al suelo la bandeja de canapés. Todo el mundo estaba atónito.

—El caso es que desconozco los detalles, pero será mejor no darle vueltas a eso esta noche. Tenemos mucha comida y bebida y creo que no es buena idea perder la oportunidad que tenemos de celebrar una fiesta. Así que me gustaría continuar la celebración en honor de mi hija, Mallory, y de su nuevo marido, Whit, que hicieron a sus padres el favor de casarse casi de incógnito en el juzgado.

La familia y amigos levantaron sus copas y brindaron mientras Whit se acercaba a ella y la besaba en la boca.

—Sólo quiero añadir algo más —dijo el padre—. Lo primero es para Whit. Te doy una joya así que trátala como tal y espero tener un nieto de aquí a un año.

Whit miró a su mujer antes de responder.

—Intentaremos satisfacer tus deseos, Dermot.

—Y a mi querida hija Mallory. Tal y como decían nuestros ancestros irlandeses, ningún hombre puede llevar una bufanda tan cálida en el cuello como el brazo de su hija —dijo levantando su copa—. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, papá —repuso ella levantando su vaso de zumo.

La verdad es que la noticia no le había disgustado y parecía que todos se sentían igual.

—¡Es increíble! —le dijo a Whit—. No puedo creer que ella se echara atrás tan tarde.

—No fue ella, fue tu hermano.

—Por una parte estoy contenta, pero las cosas se complican con el bebé…

—La verdad es que no hay bebé, ella se lo inventó. Creyó que era la única manera de convencerlo para que Logan se casara con ella.

—¿Cuándo lo descubrió él?

—Hace una hora. Está muy enfadado, pero es mejor saberlo ahora que después de la boda.

Whit se quedó ensimismado. Ella sabía en qué estaba pensado.

—¿Hablaste con tu madre?

—Sí —le dijo sin mirarla—. Me ha dicho que felicidades por la boda y que le mande fotos del bebé.

—¿Eso es todo?

—También me dijo que siente no haberse mantenido en contacto, pero que ahora es feliz.

—Aún no entiendo cómo pudo abandonarte. A ti y a tu padre.

—Eso es porque tú nunca lo harías. Y yo no soy como ella. Ya no huyo más.

—Ya lo sé. Tendremos que esforzarnos en conseguir que los dos seamos felices.

—Tú me haces muy feliz, Mallory —dijo sonriente—. Pero, ¿sabes qué me haría más feliz?

—Me imagino que tiene algo que ver con la cama…

—Pues sí. Siempre y cuando te sientas bien.

—Estoy fenomenal. Y el médico me ha dicho hoy que no hay razón para dejar de hacer lo que normalmente hacemos. Pero es un poco pronto para que nos vayamos a casa.

—¿Quién ha dicho nada de irse?

Mallory miró a su alrededor, casi todos los invitados estaban en el jardín.

—¿Te gustaría ver mi habitación de soltera, Whit?

—¡Mallory O'Brien-Manning! Por eso estamos juntos, porque me puedes leer la mente.

—Y también tu lenguaje corporal —repuso ella pellizcándole el trasero.

—Entonces, ¿te apetece? —le preguntó Whit tomándola en brazos.

—Por supuesto. Te quiero, Whit Manning.

Whit la besó de nuevo, con gran amor y ternura en sus ojos.

—Y si tenemos suerte, no nos pillarán in fraganti.

—Al menos esta vez estamos legalmente casados —dijo tomándolo por la mano y llevándolo a su dormitorio sin importarle las miradas de algún curioso.

Una vez en el dormitorio, Mallory se dejó caer en la cama, apartando a todos los peluches mientras él cerraba la puerta.

—¿Has cerrado por dentro? —le preguntó mientras bostezaba.

—Sí —repuso él con el ceño fruncido—. Pero pareces cansada, quizás deberías dormir una siesta.

Le encantaba que se preocupase tanto por ella. De hecho le gustaba todo en él.

—Estoy bien y el médico piensa igual. Estoy engordando bastante, creo que podrían ser gemelos.

—¿Gemelos? —repitió él atónito.

—Al fin y al cabo, tengo antecedentes familiares, no sería tan raro. Lo descubriremos mañana, cuando me hagan la ecografía.

—Con mi suerte, la dos serán niñas. Seguro que me lo merezco.

—Lo que nos merecemos es un bebé sano y feliz, del género que sea.

Él comenzó a besarla y desabrocharle los botones de la blusa.

—Y lo conseguiremos, cariño.

—Lo sé —replicó ella.

Él era la razón de su optimismo. En él había encontrado a un compañero, amigo y amante, mucho más de lo que nunca había soñado.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? No puede ser la carrera de espermatozoides, ni la policía. Y espero que no sean mis padres.

Whit apoyó una oreja en la tripa de Mallory.

—Bruno se está quejando porque, tal y como hace su madre, Betsy está intentando reorganizar el espacio…

Mallory rió con ganas. Risas que se apagaron poco a poco cuando su marido apagó las luces y comenzó a hacerle el amor con gran cuidado y ternura. Después, se quedaron abrazados y ella

pensó en el tiempo que habían tardado en encontrarse, en llegar a lo que tenían entonces.

Algunos pensarían que había sido una pérdida de tiempo, pero ella creía que los dos habían necesitado ese tiempo para crecer y volver a encontrarse. El camino hasta ese momento había sido duro y difícil, pero sólo hacía que saboreara más aún la dulzura de ese instante.

Y lo mejor era saber que aquello sólo era el principio.

Fin